

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR, EDITORES

CUENTOS MARAVILLOSOS

ORIGINALES DE

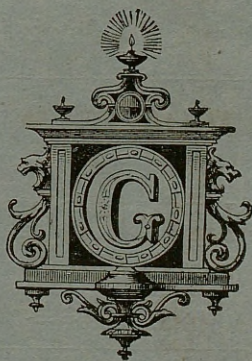
RAFAEL COMENGE

PRIMERA PARTE

Sal neutra.—El Doctor Hermes Venidero

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS

PRECIO, 1,25 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA



GASPAR, EDITORES

4, PRINCIPE, 4

MADRID.—1882

FM
172

GASPAR, EDITORES.—MADRID, PRÍNCIPE, 4.

OBRAS
DE
LABOULAYE.
EDICION ILUSTRADA.

UNA PESETA CADA CUADERNO.

París en América.
El Príncipe Perro (rey de los Papamoscas).
Abdallah, ó El Trébol de cuatro hojas.
Cuentos azules.
Nuevos cuentos azules.

Se anunciará oportunamente la que ha de seguir.

OBRAS DE ERCKMANN-CHATRIAN
ILUSTRADAS CON MAGNÍFICOS GRABADOS.

El amigo Fritz.....	Pesetas. 1,25
Historia de un quinto de 1813.....	» 1 »
Historia de la Revolución francesa, 8 partes, cada una.....	» 1 »

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

WATERLOO (segunda parte de la Historia de un quinto de 1813).

LA VIDA ES SUEÑO,
POR
D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Edicion ilustrada con grabados y el retrato del autor.

UNA PESETA.

CUENTOS ESCOGIDOS
DE
CRISTIAN ANDERSEN,
ILUSTRADOS CON GRABADOS.

TRADUCCION

DE DON RAIMUNDO FERNANDEZ CUESTA.

Un tomo en 4.º, de 368 páginas, 3 pesetas.

CUENTOS MARAVILLOSOS

CUENTOS PARA NIÑOS

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR, EDITORES

CUENTOS MARAVILLOSOS

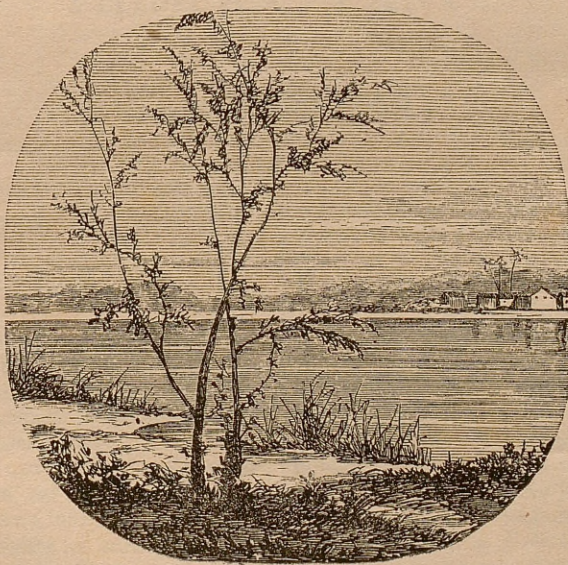
ORIGINALES DE

RAFAEL COMENGE

PRIMERA PARTE

Sal neutra.—El Doctor Hermes Venidero

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS



GASPAR, EDITORES
4, PRÍNCIPE, 4

MADRID.—1882

Ayuntamiento de Madrid

FM
172

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE CASAS E EDICIONES

CUENTOS DE MARAVILLAS

DE

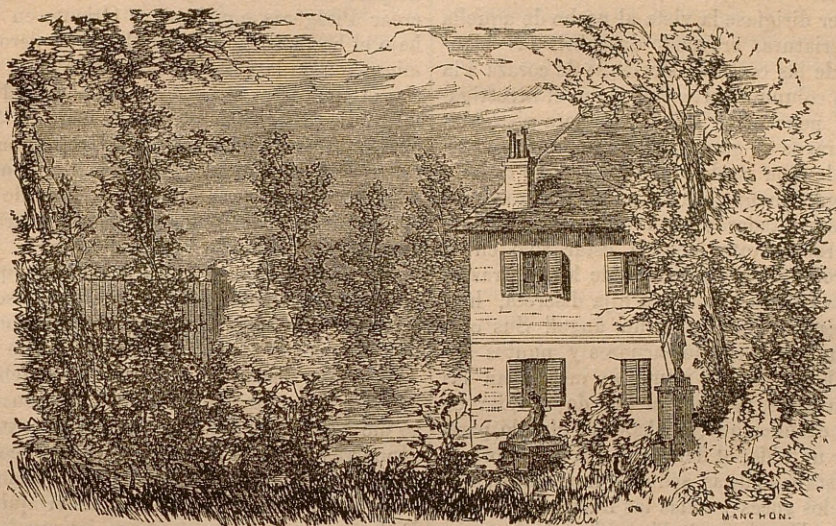
RAFAEL GÓMEZ

PRIMERA EDICIÓN

del autor, la casa de la casa

EDICION ILUSTRADA CON DISEÑOS

Es propiedad de los Editores



CUENTOS MARAVILLOSOS

PRIMERA PARTE

SAL NEUTRA.

Pedro Cienojos

CAPÍTULO I.

PRESENTACION.

Don Pedro Cienojos era un boticario retirado. Viudo, y con mediana fortuna, decidió abandonar la farmacia para dedicarse exclusivamente al estudio de la Química, ciencia á que desde jóven habia manifestado singular afición.

Con este fin, alquiló una casita en Chamberí, muy propia para el caso por su agradable apartamiento, si su génio ácre é intolerante no hubiera echado sobre su triste figura las burlas de cuantos chiquillos vagan por aquel barrio.

Salir á la calle y encontrarse rodeado de muñecos que le perseguían con gritos y disparos de majuelas, era asunto irremediable; pero alguna vez don Pedro hacia prisioneros de guerra, y entonces se vengaba tirándoles de las orejas.

El azar hizo que los chicos conociesen su apellido, y uniendo al temor que les inspiraba un parentesco imaginario, el tio Cienojos tomó proposiciones estrambóticas en las mentes infantiles.

Por desgracia, la casa no tenia más piso habitable que el bajo, y los niños de la vecindad se entretenían en golpear los cristales del laboratorio y estudiar armonía en las cruces de la reja.

¡Cuántas veces estando absorto, fijos los ojos en el crisol, á punto de descubrir mil maravillas de afinidad, cristalizaciones inesperadas y reacciones temidas, un pelotazo importuno vino á cortar el vuelo de las ideas!

Los periódicos científicos de todas las naciones publicaban elogios de sus viajes, análisis, estudios químico-orgánicos y descubrimientos; D. Juan estaba reputado como eminente entre los farmacéuticos y químicos: á él se le consultaban cuantas dificultades insuperables ocurrían en el ejercicio de la profesion y cuantas cuestiones insolubles preocupaban los ánimos estudiosos; pero el vulgo desconocía estas cosas sin ver en él más que un viejo feo, súcio y extravagante.

Y... tenían razon: Cienojos era un hombrecillo pequeño, enjuto de carnes, de color aceitunado, ojos negros, encendidos, verdaderas brasas que chispeaban entre las cenizas de sus cabellos grises, arremolinados en desorden sobre la marchita

frente: su cabeza parecía un cráneo con dos luces en el interior.

Sin querer dirigióse la vista al pecho de aquella mezquina criatura, creyendo descubrir las blancas curvas de las costillas, sirviendo de coraza á la accidentada columna vertebral; pero el investigador de más penetrante mirada hubiera visto embotarse los rayos de su ansiedad en el apretado tejido de un leviton pardo, que el continuo trabajo jaropístico y los menjurges habían recubierto de capas, espesas ocultadoras de su pristina coloración.

Ser tan repugnante merecía estar solo en el mundo; pero Dios, que es amigo de los contrastes porque es la belleza, dióle una hija discreta, hermosa y buena. ¡Paulina era un ángel! Sus ojos azules tenían vagos reflejos acuosos y puntos áureos; en la boca fresca y riente se mezclaban las rosas con la leche, moríase el sol de envidia en los dorados cabellos, que, anudados en círculo, parecían formar un nido, el del amor, y á la sombra de aquellas pestañas largas, sedosas, llameantes, dormían todos los goces y todas las ilusiones.

El mismo Hegel no hubiese desechado como modelo estético la línea ondulante del magestuoso cuerpo, suave en el rostro, atrevida, buscando la esfera en el casto seno, combinada á la recta en las estremidades.

Al interrogar las nubes con la mirada, pintábase en sus ojos la nostalgia del cielo.

A tener á las hubiera desaparecido de la tierra para volar á los coros celestiales en que los bienaventurados ensalzan al Altísimo.

Cuando murió su madre no había cumplido diez años. D. Pedro la obligó á aprender Química durante algún tiempo; pero después, siguiendo las indicaciones de un su amigo, D. Juan Oliveres, gran médico y misántropo ingerto en hombre de bien, que se pasaba los días solo en los bancos de la Iglesia, desgranando el rosario, con la cabeza torcida, destilando agua por el alambique de su tremenda nariz y cruzadas las manos sobre el voluminoso vientre, la encerró en el convento de las Ursulinas, cuyas madres la educaron con esmero. Allí permaneció seis años. D. Pedro invirtió este tiempo en viajar, coleccionando de pasada mil objetos que él creía útiles á sus estudios. Cráneos diversos, mómias, huesos de hombres ilustres, cenizas, pequeños residuos, todo lo acaparó. Algunas veces había llegado hasta el crimen para conseguirlo. Un bramim en la India lo derribó en tierra á golpes de maza en el momento que trataba de apoderarse de los despojos mortales de un *rajá*.

El general Roberts tuvo que mandar fuerzas poderosas para rescatarle. En Heidelberg adormeció con ópio al guardian de los restos de Kant y los robó. En París durmió tres noches en un nicho del cementerio del Padre Lachaise, logrando recojer varios huesos pertenecientes á distintas celebridades, y con este solo objeto recorrió todos los países. A su vuelta encontróse en el Escorial forzando las urnas del panteón de los reyes, y fué preso y encerrado en Leganés. Se le juzgó loco.

Sacóle D. Juan bajo fianza, y volvió D. Pedro á hacer de las suyas.

Perseguía la resolución del problema, según él, más grande que pudo ocurrírsele á sábio alguno,

y las cenizas de los hombres ilustres eran el punto de partida. Para Cienojos la verdad empezaba al crear Pitágoras aquel nuevo Oriente en Crotona, bajo el hermoso cielo de la Calabria, pero la tras migración de la vida quedaba reducida á la materia; el alma para el boticario no pasaba de los límites de abstracción pura y la consideraba como obstáculo para el progreso. A Laplace no le hizo falta Dios al fundar el sistema del Universo; el vendedor de drogas eliminaba el alma de la ciencia. Para D. Pedro todos los hombres eran *desalmados*.

Su amigo íntimo creía firmemente que la locura no le abandonaba, y santiguábase con devoción al oír de sus labios estas revelaciones. Paulina lloraba y el farmacéutico se tiraba de los pelos.

—¿Qué, decía, no es bastante prueba de mi cordura la reputación adquirida, las consultas que se me hacen, el aprecio de los sábios extranjeros? ¿Incurres tú en la necedad de los médicos alienistas, monomaniacos con título, de creerme loco?

—No, no, le gritaba; pero ¡que si quieres! don Pedro se ponía triste y era preciso que la niña ¡picaruela! le disparase un fuego graneado de besos, y que apoyada en su brazo le dijera al oído ciertas palabritas mágicas que la experiencia demostraba ser de efecto maravilloso.

Entonces la sangre volvía al pálido rostro de Cienojos, sus pupilas revoloteaban en aquellas órbitas huesosas, ceñía con los delgados brazos la cintura de Paulina y quedábase embobado contemplando la nítida blancura de su rostro y la variada red de arteriuelas que serpeaban en las mejillas.

Ningun artista admiró su obra maestra con mayor embeleso. Ni hubo iluminado que gozase de visión tan encantadora.

—No cierres los ojos, hija mía, soy tan feliz viéndome dentro de ellos: ¿acaso te doy miedo?

—¡Oh! no; si los cierro es porque no te vayas; yo soy también feliz al contenerte, le contestaba ella.

Y con estas lindezas tenía sorbido el seso. Hubiera bajado al infierno si Paulina fuese gustosa en ello; pero la pobre no pensaba en demoniuras; curábase tan sólo de los rosales y geráneos, que, entrelazados, crecían en un ancho cajón de madera repleto de tierra oscura, y de los jazmines blancos como la nieve, y las pálidas madreselvas que en cariñoso abrazo tapiaban los bordes del corral, donde media docena de gallinas esponjaban el plateado plumaje al rayo del sol que se abría paso por entre las verdes hojas de la acacia, lleno de átomos relucientes y películas de oro.

Nunca pensó que su padre estuviese loco, le quería demasiado para pensar en ello; tenía, sí, por sabihondo, testarudo y poco sufrido, y guardábase bien de interrumpirle en sus meditaciones ni de entrar en el laboratorio, á no ser por él llamada, sobre todo en los días tristes en que las plomizas nubes ocultan el sol, y el aire y la lluvia azotan los vidrios con discordante armonía.

En tales momentos, Cienojos estaba furioso, la falta de luz le impedía continuar los experimentos del gran problema, aquél germen de locura para los extraños y los médicos, base de su inmortalidad, motivo de lágrimas para su hija.

Mil veces el padre quiso explicarle en breves palabras su colosal idea, y otras tantas eludió Paulina su conversacion, medrosa de que tornase con ella el acceso de dislates, causa del encierro en el manicomio. ¿Qué le importaban la materia, transmigracion, evoluciones, rueda vital y otras palabras no ménos oscuras? ¿Podía ella variar el mundo? ¿A qué, pues, empeñar luchas titánicas con lo desconocido? Tenia bastante con la casa y con soñar.

A los diez y seis años, habiendo espejos en que sonreír se sueña siempre, y era de ver cómo de noche, al apagar la luz, entraban por la cerradura de la puerta amorillos alados que entretegían de flores los rubios cabellos, posaban los rojos lábios sobre la púdica frente de la doncella, y bailaban á su alrededor desconocida danza de misteriosos movimientos.

El cerebro juvenil no evocaba más que plácidas imágenes; aún estaban sin vestir los amorcillos, como los desnudos ángeles de los retablos de la Iglesia, porque Paulina tenia por costumbre dejar libre espacio á sus fantásticas quimeras en la nave del templo y llenábanse allí de místicos deliquios y santos goces.

Cierto día la comenaron que D. Pedro Cienojos tenia por comunicar á Paulina sus estudios, investigaciones y esperanzas, tomó mayor incremento y quiso enterarla enseguida. Bajó al jardín, que hacías veces de corral, según antes dijimos, y vió á su hija sentada al pié de la acacia haciendo *crochet*, ese trabajo con que las mujeres hacendosas entretienen las horas de holganza.

Estaba lindísima; las Gracias no encontraron más bella á Vénus sobre la nacarada concha cuando el dulce concento de las olas anunció su creacion.

Paróse D. Pedro á contemplarla y la miró como mira un padre! Paulina al verle acercóse á él con los brazos abiertos.

—Quita de ahí, zalamera.

—Dáme un beso, papaito, le dijo: y alargaba los lábios como para sorber las caricias que pedía.

—Tenemos que hablar, interrumpió Cienojos, besándola en la frente.

—¿Sobre qué?

—Sobre un asunto serio.

—Ya sabes que me gusta la alegría.

—No es triste lo que me propongo decirte.

—Pues empieza; y Paulina acercó la silla al boticario y tomó asiento en el paredon de cal y ladrillo que rodeaba el árbol.

—¡Hija mía! Tú no eres una mujer vulgar, y puedes, merced á los estudios que bajo mi direccion hiciste, comprender los argumentos que trato de explicarte; préstame atención y guarda en tu memoria mis palabras.

—Hablemos de otra cosa, dijo con mal reprimida emocion Paulina, conociendo á dónde iba á parar con aquel preámbulo.

—Oyeme.

La niña era sumisa y se dispuso á escuchar, obedeciendo aquel imperativo paternal.

—El asunto tiene tal trascendencia, que yo no he querido exponerme á morir sin haberlo legado á la humanidad. Tosió Cienojos y continuó su narracion de este modo. Es axiomático en química, tú ya lo sabes, dijo, que la materia no se

aniquila, y como la invariabilidad de la masa es el solo hecho que justifica científicamente la nocion de sustancia en su aplicacion á las cosas materiales, únicas que existen, nada autoriza á buscar el origen de los fluidos imponderables en otra parte que en la materia; ¡calor, luz, electricidad, magnetismo, causas determinantes de la voluntad, no sois otra cosa que productos materiales!

—¿Entonces mi amor hácia tí es materia? Yo misma lo soy, dijo candorosamente la niña. Don Pedro se inmutó ante aquella pregunta.

Aquel hombre que profundizaba los secretos de la vida, aquél á quien los problemas indescifrables parecían cuestiones inocentes y no encontraba dificultades á su actividad acuciosa en el campo científico, que dudaba de todo, menos de su infalible batería de frascos y aparatos, sintióse pequeño ante su hija. Si no se juzgó Dios, fué porque se admiraba de su propia obra.

Paulina tenia razon; si sólo existía la materia, si aquellos labios aterciopelados era tierra vil, y aquellos ojos, centros de felicidad, infame ceniza, habia que convenir en que la ceniza y la tierra tienen clases y que algunas eran dignas de los atributos divinos. El idealismo luchaba á brazo partido con el materialismo.

Paulina recordaba, es cierto, la perfeccion eterna; pero él, él mismo, habia creado todo aquello con su piel de serpiente y la boca cavernosa, rasgada como la del lagarto. ¡Qué extraños contrastes presenta el acaso con singular dependencia! El larva negruzca que se arrastra por los suelos infectos; Paulina, mariposa sutil de variados colores que juguetea entre hilos de oro; D. Pedro, especie de topo sábio, capaz de agujerear la tierra escudriñando sus misterios; ella, ave de relucientes plumas ansiosa de remontar el vuelo para bañarse en la luz; el padre, con la color verde, súcio y asqueroso, leyendo el fondo de las retortas, parecia un estúpido alquimista de los que buscaban la piedra filosofal á la inquieta llama del azufre: la hija, suave como el raso, hermosa y pensativa, una de esas Vírgenes que adornan los códices de la Edad Media, y cuyo sublime encanto quedó entre sus apercaminadas hojas para no ser imitado; uno la noche, otro el día; él mago, ella diosa. Y sin embargo, tenían entre sí la relacion más estrecha.

—El cariño, dijo D. Pedro rehaciéndose, se explica siempre por la ley de polaridad; tu amor hácia mí es tan irremediable como la atraccion que ejerce sobre el acero el iman; pero eso es otro asunto; vamos á lo que importa. Y prosiguió de este modo la interrumpida oracion. La materia es eterna; existe por sí; es infinita, se agrupa y forma los mundos, pero sus partículas llenan los espacios interplanetarios para que se cumplan las leyes de la vida...

—Papaito, dijo la niña haciendo graciosos mohines, yo no quiero oír esas cosas; yo venero en tí á mi progenitor y no un tronco ó un peñasco; el día que reduzcas á leyes fatales mis sentimientos, y en que el cariño, la veneracion, el deber no sean más que simples movimientos, yo me avergonzaria de tí. ¿Comparas tu amor con la afinidad de las moléculas de este ladrillo? Y al decir esto le amenazaba con el dedo índice de la mano izquierda, levantado en actitud ofensiva.



....lleno de átomos relucientes y películas de oro.

—¡Oh! no, dijo conmovido el boticario; pero...

—Figúrate que tienes razón, que la ciencia, esa vieja calculadora y fría, deshace con sus aguzadas uñas las doradas telas que fabricó la poesía; figúrate que es punible necedad permanecer en esta supina ignorancia en que el pensamiento se tiñe de color de rosa y vaga con alas transparentes por el campo de la fantasía; figúrate que me demuestras que el cielo no es azul, ni rojo, ni anaranjado, aunque así yo lo vea y me deleite, y aun así, ¿crees tú que no sería criminal imprudencia matar mis ilusiones, condenarme á ser piedra, despertarme de un sueño que me hace muy feliz?

El químico estaba absorto; aquella argumentación le mortificaba sin convencerle. Al verle vencido levantóse Paulina y le besó.

—Advierte, dijo, si hay algún reactivo capaz de producir en tí el efecto de mis caricias.

—¡Bien dicho! gritó en aquel punto un hombre alto, pelinegro, de nariz aguileña y redondas formas, que apareció en el dintel de la puerta.

Don Pedro se volvió con enfado; mas al ver al recién venido, murmuró:

—¡Hola! ¿Eres tú, Juan?

—¿Qué discutís? dijo el obeso visitante.

—Nada; papá se empeña en presentarme la tierra árida y sin vegetación, y á mí me gustan los bosques y las enramadas, y claro está, no me convence.

—Vamos, con franqueza, ¿te habló de su gran problema?

—Sí, de eso hablamos; no quiero morir sin dejar sucesor que continúe mis investigaciones.

—Malo, malo, pensó el médico; la *besania* levanta el gallo, y añadió en voz alta:

—¿Con que buscas continuadores? Aquí estoy yo, deja en paz á la niña.

—¡Tú! me juzgas loco, —dijo con ironía el boticario.

—Esa será mi opinión, si te empeñas en guardar silencio.

—Mejor es, papá, que se lo cuentes á él. Cien-

ojos titubeó un momento; pero al fin habló en estos términos:

—Ha llegado la ocasión de que reformes tu diagnóstico; ven, vas á saber mi secreto; luego juzgarás con cuánto motivo estuve en Leganés. Sígueme.

Los dos amigos entraron en la casa.

Mirólos Catalina alejarse, fijóse distraída en dos mariposas amarillas, que giraban veloces sobre la encendida corola de un clavel, y murmuró, enjugándose las lágrimas:

—¡Dios mío, qué desgracia!

CAPÍTULO II.

REVELACIONES Y DESCUBRIMIENTOS.

Boticario y médico entraron en el laboratorio, espacioso salón rectangular, cuyas paredes, tapizadas de grandes armarios de pino, sostenían á inmensa altura el abovedado techó.

Allí se hacinaban miles de frascos, aparatos, retortas, almiércoles y tubos de extrañas formas, tan revueltas como las ideas en el cerebro de los eruditos.

Botellas de colosales dimensiones miraban por encima del hombro á botes liliputienses, todos desprovistos de rótulos, como si el insecto ceniciento á que pertenecían no necesitase de clasificaciones previas para distinguir entre sí las más diversas sustancias.

En ventrudos frascos se bañaban en alcohol despojos humanos, dedos de larguísimas uñas, dignos de ser envidiados por la dama china más elegante, golpeaban su estrecha cárcel de cristal.

Un feto de achatada figura, verde, en fuerza de ser pálido, desdentado, arrugada la cabeza, con la boca abierta y la lengua sin color, cabecaba muy á gusto dentro de un licor amarillento.

Dos buhos disecados se contaban sus penas en el alfeizar de la ventana con la seriedad de los diplomáticos.

Aquí yacía una momia egipcia, envuelta aún en el tradicional vendaje; veíanse allí indios amenazados de muerte por horribas culebras de cascabel; más allá tres esqueletos disformes reñían singular batalla con otros tantos armados, todos de redondos escudos y cortas anchurosas espadas.

En el centro, sostenidos por hierros y alambres se encorvaban los huesos de dos brazos sujetando un violín y un vetusto arco. Al pié del aquel extraño trofeo leíase: *Paganini*.

El arco caía sobre las cuerdas del violín, pero éstas no vibraban con sublimes acordes. En la silenciosa noche, cuando el cierzo sutil del Guadarrama entraba por las rendijas de las puertas, se oían melodiosos sonos de incomprensible ritmo. Era el espíritu inmortal del célebre artista que al columpiarse en las cuerdas hacia entonar un himno á la muerte.

El hornillo y dos alambiques ocupaban el frente del salón; á ambos lados, en los estantes que recubrían las paredes, estaban almacenados talegos de *cautchouc*, de cuyo retorcido cuello pendían menaguadas tablas con inscripciones sorprendentes. Leíase en una Sócrates, en otra Platon, en la de

allá Aristóteles, en la de acullá Giordano Bruno. Era un compendio de historia universal, desbarajustado y sin orden; el emperador Alejandro caía con el duque de Wellington sobre Napoleón; Campanella soportaba el peso de Fichte, á quien Kant inclinaba hácia afuera para dejar sitio á Hegel; Rousseau ocultaba á Danton; Voltaire al gran Federico y Saavedra Fajardo casi reventaba teniendo encima á Maquiavelo.

Las tablillas que sostenían los nombres de Cervantes, Murillo y Calderón miraban en frente las del Dante, Rafael y Shakespeare. Herrera junto á Miguel Ángel; César y Gengiskan sostenían á Franklin y Washington; Tácito y Santo Tomás estrechaban á Gutenberg, y Colón no dejaba ver á los Reyes Católicos.

En el fondo se agrupaban en alborotada mezcla, los mil útiles que hacen de cada laboratorio antros diabólicos bastantes á fomentar las más disparatadas lucubraciones en la mente de los necios.

Sentóse el médico en la desvencijada silla que allí se encontraba, y aguardó tranquilo á que Cienojos empezase sus revelaciones.

Por los vidrios de la ventana que daba al patio, filtrábase la luz amarillenta de la tarde, coloreando de melancólicas tintas los objetos; el horno, cargado de leña, despedía rojizos resplandores, y en el techo movíanse á compas las telarañas que la incuria dejó crecer como ténues álas de vampiros que pugnasen en vano por adormecer el espíritu del filósofo.

El boticario, de pié, con el color aceitunado de su cutis, el sucio levitón abrochado hasta el cuello y la montera murciana, prenda en él indispensable para discurrir, calada hasta las orejas, parecía la estatua burlesca de la alquimia tallada en piedra berroqueña.

—¡Prometes escucharme hasta el fin? preguntó al médico con seriedad.

—Lo prometo, contestó éste.

—Pues entonces, oye. Al estudiar la historia de la humanidad se adivina una ley constante, á saber: que los génius marcan casi siempre el camino del progreso. De aquí se deduce que si la masa de la tierra es ahora la misma que fué en su origen, á excepcion hecha de los areolitos y piedras volcánicas que hayan entrado en la esfera de atracción, debe la materia dividirse en dos clases: la primera especie común y ordinaria que ha servido para moldear á casi todos los séres; la segunda, preciosa, delicada, casi divina, de la cual nacieron los héroes legendarios, los pensadores profundos, los habilidosos inventores. A diversos efectos, distintas causas.

Quizás en la sucesión de los tiempos los mismos átomos se hayan reunido para formar dos sábios, ó dos valerosos capitanes: César heredó á Alejandro como Virgilio á Homero.

—¡Pero hombre, si fueron inhumados á muchas leguas de distancia! objetó D. Juan, riéndose.

—No importa nada para mi asunto; yo no sostengo que eso sea una verdad, sino un ejemplo. Continúa. Encontrada esa materia, ¿no nos sería difícil hacer atrevidos navegantes ó generales invencibles, sin necesidad de escalar el Olimpo como Prometeo para robar el fuego sagrado?

—Veamos, veamos; tú quieres agitar las aguas

de la muerte para producir la vida, hacer de la existencia un círculo...

—¿Pues qué otra cosa es? La química fisiológica enseña que las sustancias albuminóideas están unidas por una relación extraordinaria en sus transformaciones; la caseína de la leche, que es un albuminato alcalino, conduce á la albumina de la sangre, la más pura; de esta se derivan los principios constitutivos de las células y las sustancias intercelulares, la gelatina y la condrina (cuya analogía con la materia *colágena*, base orgánica de los huesos y del tejido conectivo no se te escapa), y de todos estos principios nace la mucina, que á su vez puede engendrar la caseína, origen y terminación de esta rueda. Y bien, este círculo pequeño ¿no puede formar parte de uno superior, cuya base sea la materia desconocida de que te hablaba?

—Verdaderamente es posible: pero, ¿dónde encontrarla y cómo conocer si es de la clase superior que tú buscas?

—La química debe dirigir sus esfuerzos á descubrirla. Ahora te explicarás mis viajes, mis colecciones, mis ansiedades, mis esperanzas; mis esperanzas sí, porque ya no dudo alcanzar el éxito deseado.

—¿Tan adelantado estás? dijo el médico con aire burlón.

—Sí, yo he sorprendido el secreto. ¿Crees que he estado en la India expuesto á los rigores de un sol de fuego, luchando con fanáticos creyentes en balde, piensas que atravesé el Africa sin motivo, que inverné en la Siberia por distraerme, entiendes que he gastado mi fortuna recorriendo Europa y América por el simple placer de viajar? No, yo había vislumbrado una gran verdad.

—¿Y cruzaste el mundo para encontrarla?

—El ideal estaba en mi conciencia, pero como hecho, la fui recogiendo á trozos. Los restos mortales de los sabios, filósofos, guerreros, artistas y conquistadores, contienen pequenísima cantidad de esa materia desconocida, esto es indudable; pero por escrupuloso que sea el coleccionador, aunque las haya recogido como yo en los mismos sepulcros, ¿puede humanamente asegurarse que á esos venerables restos no se haya complicado inmundo barro capaz de inutilizar por completo las excelentes condiciones de aquella? Hasta ahora los experimentos así lo indican.

Al llegar á este punto, la fisonomía de D. Juan sufrió extravagante cambio; las pestañas, que antes aleteaban con insistencia, se pararon; los gruesos labios se contrajeron, surcó una arruga la dilatada frente, y las pupilas, inquietas y brillantes, quedaron estáticas como si sus rayos quisieran penetrar en el cráneo del químico. Tales discursos ofendían á Dios, y el galeno era católico. Estaba loco su amigo cuando se atrevía á discurrir de ese modo en su presencia. Y no cabía duda; la mirada sin fijeza, la fantasía descabellada de que hacia alarde, el poco comer y ningún sueño, todo hacia pensar que el cerebro del boticario andaba á la greña con la razón.

Así, saltando de idea en idea, descubriendo en su exaltación cuantos signos le eran necesarios, dió por loco sin advertir que aquel imaginar suyo hacía ver realidades que no existían.

—Aquí tengo las cenizas de Alcibiades, dijo

Cienojos mostrando enorme cacerola de latón, en cuyo fondo parecía hervir un menjurje viscoso y grisáceo; aquí está Alcibiades, el hombre práctico por excelencia que se mostraba aficionado á los deleites y el ocio, en Jonia; en Tracia dado á beber y á cabalgar; con el sátrapa Tisafernes, suntuoso y magnífico hasta el punto de dudarse cuál de los dos era el persa, y en Esparta austero y laborioso; pues bien, yo he separado con especial interés las sustancias minerales de las orgánicas, los cuerpos simples de los ácidos y bases libres, he sorprendido los ácidos carbónico y clorhídrico en sus eternas combinaciones con los óxidos de sodio, hierro, manganeso y cobre, hasta la ínfima cantidad de agua que la humedad depositó: los alcoholes, los ácidos y sales crasos y nitrogenados; las glicerinas amidas y sustancias albuminóideas; nada ha resistido mi análisis; pero hay algo que se me escapa, algo que yo presiento diferente á todo, causa de la vida y germen del génio.

—Desdichado, ese algo es el espíritu de Dios, que mueve las hojas de los árboles, las olas del mar y la vida de las criaturas, gritó con unción evangélica el misántropo.

—¿Qué me importa! replicó el boticario con sublime desprecio, toda esta perfección que te encanta, esta máquina tan hermosa puede hacerse y subsistir sin él.

Y luego, como si recogiese el olvidado hilo del discurso, añadió:

—He apurado los reactivos y nada acusa la presencia de lo que busco.

—Porque el Sér Supremo cegó tu soberbia.

—Solo uno me resta por ensayar antes de declararme vencido, añadió sin parar mientes en aquellas cristianas observaciones. Y como si estos largos razonamientos le hubiesen fatigado, D. Pedro se apretó las sienes con ambas manos.

El médico pensaba distraído en el medio de curarle, mas al oír esta confesión replicó con voz atronadora:

—Ensáyale, quiero presenciar la derrota del orgullo. Don Juan tenía la convicción de que los monomaniacos sanan llevándoles la contraria.

El químico saltó hácia atrás como el atleta que se apercibe al combate, y con una actividad inesperada de aquel enfermizo cuerpo, acercó una cubeta mesmérica, tomó la cacerola en que se tostaba Alcibiades, vertió el contenido é hizo maniobrar el aparato. Los residuos del héroe griego se agitaron ante la violencia de las descargas, ligeras partículas de color azulado saltaron aquí y allí sobre la plancha de acero que rodeaba la máquina.

Cienojos las recogió con cuidado, examinólas con el microscopio, las reaccionó por medio de todos los óxidos y ácidos conocidos, y cuando convencióse de que aquellas *monadas* permanecían íntegras, aun entre los líquidos más concentrados, exclamó: «¡Por fin, ya lo ves; aquí está lo que deseaba: saber, valor, inspiración, sois mis esclavos!»

Don Juan permaneció impasible; borbotones de recetas y planes curativos estallaron de pronto en su pensamiento como florecen en los aires las mil luces de que hábil pirotécnico cargó el cohete.

El exaltado boticario, convencido de que sus palabras no daban á entender lo bastante su alegría, púsose á dar saltos y cabriolas, zapatetas y bati-

manes, que ni los de D. Quijote en Sierra-Morena.

Repuesto de su entusiasmo vió cinco ó seis cabezas rubias con la nariz aplastada en los cristales de la reja, riéndose á mandíbula batiente de aquellas extravagancias.

Don Pedro cogió un palo en ademán amenazador y los muchachos huyeron despavoridos lanzando alegres risotadas. Marchára en su seguimiento el colérico sábio si la férrea mano de D. Juan no le contuviese.

—Ya ves, le dijo mostrando los niños que huían como bandada de parleros gorriónes sorprendidos en flagrante hurto; el mundo, paga tu gran descubrimiento con una carcajada!

CAPÍTULO III.

DUDAS Y ENSAYO.

Pasaron los días sin que el ciclópeo Hipócrates encontrase remedio á la enfermedad de su amigo.

Cienojos estaba cada vez más tranquilo; pintábase en su rostro extraña satisfacción é iba engordando visiblemente.

Paulina enflaqueció; se veía sola en aquella viejísima casa; huérfana de madre; sin padre, porque el boticario no se cuidaba de ella desde que no oyó la relación de su extravagante problema, sin amigos, sin dicha.

El correo le trajo nuevas de una compañera de colegio; noticiábale ésta su casamiento y las impresiones sufridas; el vestido blanco, la guirnalda de azahar, los melodiosos acentos del órgano en la nave de la iglesia, el perfume del incienso, los retorcidos bigotes del capitán, su esposo, el resonar de las espuelas en la cámara nupcial, el amanecer del día siguiente, todo le fué narrado con tan vivos colores, que la pobre niña tuvo envidia de tanta felicidad.

También ella, cuando se arrebolaba el cielo, dábale á imaginar bienandanzas y placeres, fantasías y desvaríos, poblando de ilusiones las nubes que se estrechaban en las alturas. ¡La carta fué una revelación! La niña, separada del mundo, no apreció nunca el amor, el hogar, la familia, y de repente todas estas imágenes habían inundado su alma. Pensó mil tonterías, y como la cavilación es hija del desvelo, Paulina enfermó; dióse á hacer juicios en los aires y á perder el apetito.

—Es preciso cuidarse, hijita, decía el médico con tono bondadoso; hay que tomar hierro.

La doncella almacenó una mina en el estómago, y sus mejillas, cada vez más blancas, no dieron muestras de agradecerlo.

El padre levantábase con el alba y permanecía encerrado en el laboratorio hasta las doce, hora en que comía con avidez unos garbanzos, cuyos aguiluchos rostros parecían cuchichear burlescamente revueltos en el plato de la original seriedad del químico.

Una tarde D. Pedro salió á las cuatro y volvió al anochecer, trayendo en su compañía un perro de Terranova de sedosas lanas negras, orejas gachas y larguísima cola. Metióse con él en el estudio. A la media hora Paulina oyó ladridos rabiosos primero, quejidos de persona moribunda despues, y luego nada.

Un temblor nervioso agitó aquel débil cuerpo;

tuvo miedo, ¿de qué? ¿Acaso podía ella explicarlo? Su primer impulso fué llamar á la anciana que los servía, mas se arrepintió; ¡por ventura no había presenciado mayores acontecimientos sin inquietud!

Tratando de alejarse se acercaba sin querer á la puerta del laboratorio, porque lo terrible tiene atracciones insuperables.

Su corazón golpeaba el pecho en acelerado movimiento. Paulina le comprimió con ambas manos, medrosa de verse denunciada por sus latidos.

Deslizóse como una sombra por el oscuro corredor y se acercó á la puerta. Ayes y sollozos salían suspirando de adentro; la jóven miró por el ojo de la llave y horrible cuadro presentóse á su vista; en el centro, sobre una mesa de pino, yacía el perro sujeto y amordazado; de la pierna derecha brotaba un surtidor de sangre, y el boticario, remangado hasta el codo, sostenía con las rojas manos endeble geriguilla que llenaba á trechos de un licor incoloro en ancha cacerola que cerca de allí estaba, derramándole al instante en la entreabierta herida del infeliz animal que gruñía impotente bajo las apretadas ligaduras.

Paulina dió un grito y huyó presurosa á su cuarto, cayendo de rodillas ante una imagen de la Virgen, en cuya inefable sonrisa hallaron consuelo sus dolores.

Esparciéronse por su espíritu ideas de muerte, y pasáronse las horas entre el dolor y el abatimiento.

Media noche sería por el filo, cuando sobreco-gida la jóven de frío y de pavor, se metió en la cama temblando.

Cerró los ojos; errantes lucecillas trazaron en el espacio siniestros círculos, persiguiéndose unos á otros como si trabasen entre sí descomunal lucha; comparó Paulina aquel correr y vagar sin cuento á las ideas que borboteaban en su imaginación, y la calma apaciguó sus irritados nervios, sintió gran pesadumbre en los párpados, y se durmió.

A la mañana siguiente, su padre paseaba por el corralillo con D. Juan, alegre y contento como unas Pascuas.

—¿Qué te ha dicho el doctor Kuver?—decía el boticario.

—Lo mismo que el químico parisiense, que eso, y mostraba un paquete que el farmacéutico oprimía entre sus manos, que eso es una sal neutra de componentes desconocidos é irreducibles por medio del análisis.

—Lo que yo te dije; son unos ignorantes, no lo conocen.

—Poco á poco; el doctor Kuver cree, sin embargo, que la margarina y el ácido sulfhídrico se manifestaron claramente.

—Tontería; esto es la materia pura, tanto tiempo buscada por los sábios. ¿Dudas aún?

—Yo dudo de todo lo que va contra la ley de Dios.

—Pues he hecho la prueba.

—¿La prueba! ¿De veras?

—Mírala. Cervantes, toma, Cervantes.

El hermoso perro de Terranova se acercó co-jeando á los dos amigos.

—¿Es esta la prueba? preguntó D. Juan con irónica entonación.

—Sí, señor; le he inyectado la materia simple del autor del Quijote; esa sal neutra, como os empeñais en llamarla vosotros.

—Yo, no; replicó con brío el médico, temiendo irritar demasiado al paciente, porque para don Juan, Cienojos era un loco extraordinario que, á vueltas de muchos disparates, decia cosas profundas ó inventaba utilísimos remedios, y no se atrevia á manifestar claramente su opinion temeroso de un renuncio.

—Anoche hice el prodigio; por cierto que creí por un momento que se muriese el animalito, pero los perros son fuertes y hoy está ya como si tal cosa.

Cervantes ladraba, haciendo correr y volar las gallinas, que, temerosas de caer entre sus dientes, armaban un cacareo capaz de ensordecir las tapias. Despertó en la vida con buen apetito.

—¡Aquí, Miguel! ¡Aquí! clamaba el boticario.

El perro acercóse con la cabeza baja, enarcado el lomo y el rabo entre piernas, en actitud humilísima, porque la personalidad de Cervantes no excluía la del perro.

—¿Qué tiene en la pata, dijo D. Juan reparando, quizá alguna espina?

—No, hombre; estás trascordado, olvidas la historia. El autor de Galatea era manco, y como ahora es cuadrúpedo, cojea; pero está acostumbrado á no servirse de ese remo y no le imposibilita para nada.

El médico abrió paso en sus enormes fáuces á una carcajada sonora y soltó el baston que traía para apretarse los hijares. El can le miró con extrañeza, mientras D. Juan contemplaba al perro con admiración.

—Lo ves, dijo el farmacéutico, esas maneras traen á su memoria recuerdos de Sancho Panza.

El médico volvió á apretarse el abdomen riendo la ocurrencia.

—Recítale un trozo de Quijote, decia con entrecortado aliento, á ver si lo conoce. Y reía que se las pelaba.

—Es verdad, no se me habia ocurrido, y acercándose á Cervantes empezó á decir en alta voz. —«El ferido de punta de ausencia, el llagado de las entretelas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia...»

Sentóse el perro sobre el cuarto trasero y escuchó absorto la relacion; de cuando en cuando agitaba la cola en señal de asentimiento. ¡Maravillaba verle; atendia como si lo comprendiera!

Don Juan sacó del bolsillo un arrugado periódico y se puso á recorrer sus columnas; el perro empezó á ladrar desaforadamente, y viendo que no se le atendia se abalanzó al diario y le hizo trizas entre sus poderosos colmillos.

—¡Chucho! este animal rabia, dijo el médico.

—¡Quiá, hombre! es que el periódico está muy mal escrito y Cervantes se enfurece.

Después del almuerzo, que fué breve, D. Juan manifestó deseos de pasear con el farmacéutico (por supuesto, teniendo en cuenta que la actividad muscular entraba en el plan curativo que debia seguir) pero Cienojos se negó.

—Tengo que extraer la base, la sal neutra, como dice Kuver, de Quevedo, es la única que me

falta y no quiero descuidarla: mañana pasearemos.

—Tengo que hablarte de tu hija.

—De mi hija.

—Sí, Paulina no está buena.

—¡Cómo! qué has dicho, habla; dijo el angustiado D. Pedro.

—Empiezan los síntomas de la anémia azulea la esclerótica, palidece la tez, late con fuerza el corazon, se transparentan las orejas, y la energía y el apetito desaparecen, pero yo espero que los prodromos no traspasarán el límite, triunfaremos.

—De modo que no corre riesgo alguno; estos malditos estudios han alejado de mí hasta los más entrañables afectos, dijo el químico recordando que sumido en el laboratorio habia casi olvidado á Paulina.

—Así, así te quiero, exclamó con verdadera alegría el médico, vislumbrando una rendija para intentar la curacion.

—Pues qué, ¿yo no quiero á mi hija sobre todas las cosas? ¿he de permanecer impasible al anuncio de su mal?

—Ya te he dicho que no te preocupes; media docena de drogas y volverán á florecer en sus mejillas las rosas de la salud con ayuda del cielo.

—¿Lo crees?

—Lo afirmo... *Deo volente*. ¡Ea! vámonos á tomar el sol.

Aquella revelacion hizo cambiar de idea al boticario, que despidióse de su hija y partió con su amigo hácia Madrid. Cervantes siguióles á corta distancia trotando con suma gallardía.

—¿Por qué no le has puesto un bozal á D. Miguel? dijo el médico jocosamente. Te expones á perder tu gran descubrimiento, si le dan morcilla.

—¡Morcilla á Cervantes! ¡Olvidas que fué un truchimán de siete suelas! ¡Para que á él se la peguen!

Y así fué riendo sus propias ocurrencias el médico, á pesar de la gravedad de su amigo, hasta la Castellana: atravesaron Recoletos, remontaron el Prado y subieron la cuesta de la Carrera de San Gerónimo.

Al llegar á la plazuela de las Cortes, el perro levantó el hocico olfateando el viento, y se fué escapado al jardín que rodea la estatua del inmortal autor de *Pérsiles y Segismunda*.

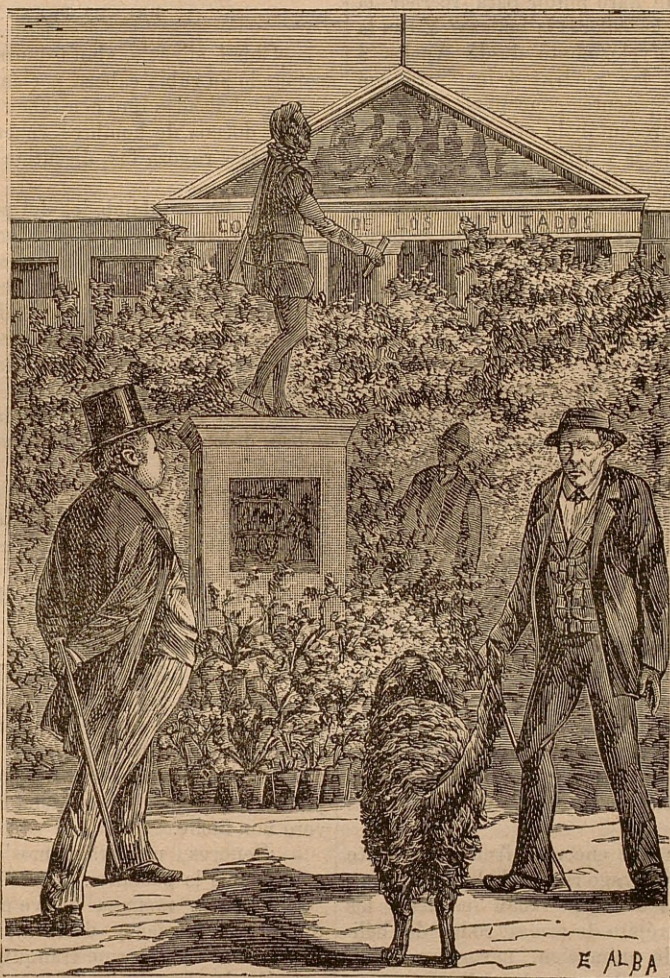
Perdiéronle momentáneamente de vista, mas cuando entraron en la plazoleta que circunda el raquítico monumento, se sorprendieron de ver al can mirando estático aquella mezquina fábrica, con la cola en alto, las orejas á la espalda y la vista inquieta.

El boticario no le quitaba ojo, y hasta el feroz galeno extrañó tan insistente actitud.

Cervantes dió la vuelta contemplando los bajos-relieves, paróse frente al molino de viento que sirve de garita al guarda, y cayó al suelo como herido por el rayo, arrojando espuma por la boca.

—Lo vés, la estrignina; te lo advertí al salir de casa, dijo el médico. ¡Adios tu descubrimiento!

—¡Calla, imbécil! Ha muerto de vergüenza al ver la ruindad de los españoles. ¡Mi problema está resuelto! Si alguna duda cabia en el terreno de los hechos, esta muerte inesperada la ha desvanecido. ¡Gloria á la ciencia!



...mirando estático aquella mezquina fábrica

—¡Desdichado, murmuró trunciendo el ceño D. Juan, no tiene cural

Cerraba la noche, el huracan rujia dando vueltas alrededor de la casa de Cienojos como iracunda fiera á quien se tapió la guarida, los berrugosos álamos azotaban el aire en todas direcciones con sus encorvadas copas, la veleta de la torre vecina chirriaba sobre los goznes girando en vertiginosos remolinos; de trecho en trecho se oía el ruido sordo y metálico de las chimeneas que caían con estrépito sobre las guijas del arroyo, blancos copos de nieve bajaron de lo alto en tan callada conversacion, que apenas se enteraba nadie de ella, empezaron á blanquear los tejados, y una claridad intensa, sucediendo á las tinieblas, llenó el espacio.

D. Juan, sentado en medio del laboratorio con el cadáver de Cervantes á los piés, meditaba. Dios, antes de crear el mundo, no pensó más grave-

mente las consecuencias. Y la situacion era parecida.

Las diarias operaciones químicas habian llenado tan completamente la habitacion, que en un pié cuadrado descansaban centenares de objetos.

Todos aquellos apretadísimos trastos parecian ser el signo esquemático de lo inextenso. Como si clamasen en sus estrechuras, «no hay espacio.»

Sobre la tinaja, repleta de agua hasta los bordes, sosteníase á duras penas veterano reloj, cuya carrilluda esfera, desprovista de saetas, parecia decir «no hay tiempo.»

El boticario permaneció buen rato engolfado en sus reflexiones; despues se levantó de la silla diciendo: «¡Es preciso tener valor! Será posible que este corazon de peña flaquee en el instante en que va á lograr el sueño de toda la vida.» ¡Animo! añadió golpeándose el pecho como si avisára á alguien que estuviera dentro.

—¿Pero por quién decidirme? Ante la barahunda de varones ilustres que aquí me rodean, ¿cómo

tomar una resolución que implica el fallo de la historia? Yo debo escojer el medio de ser útil á mis semejantes. ¿Me haré pintor para recrear la vista y encarnar en los colores la belleza? Y con la imaginación recorría velozmente desde Apeles á Rosales. ¿Animaré las piedras é inspiraré con ellas á los masas prepotentes conceptos? Y el correr de los tiempos presentábale crecidas huestes, capitaneadas por Fidas y Miguel Angel. Verteré mi cerebro en las delicadas hojas del papel viendo brotar las ideas, como manan las aguas de las fuentes, y los siglos pasaron llevando en sus caducos brazos todos los filósofos y pensadores: el de Pericles, viejo y achacoso, traía á la espalda enorme haz de sábios, y el XVII y XVIII jóvenes y esforzados, apenas si podían moverse con las voluminosas alforjas atestadas de génius y reformadores. ¿Seré atrevido navegante? Y al punto pintóse en su retina el honrado Colon, recorriendo la tierra como quien mendiga buscando la palanca de la sociedad para descubrir un mundo. Vasco de Gama, Franklin y Jaime Ross, se perdian á lo lejos entre sombras blanquecinas y horribles oleajes; ¿crearé cultos y religiones? Y Moises y Jesús aparecieron unidos por la razón; ¿subyugaré el orbe? Y Alejandro César y Napoleon vinieron precedidos de innumerables ejércitos.

Parecía tener delante el espejo negro de Cagliostro, y que este mago en persona, arrancaba á la historia con su varita mágica los arcanos sublimes del pasado.

¿Qué partido tomar? Y recorría ansioso los estantes como si quisiera escojer por el color físico lo que no acertaba á elegir por las cualidades morales.

Detúvose al azar y se encontró frente á frente de los conquistadores; vago rumor de lejanas trompetas alegraban los aires, piafaban inquietos los caballos, oíanse estrépito de armas, rodar de bélicos carros, gritos de animación, pavorosos quejidos y ayes lastimeros: despues, los vítores encendian los aires, volteaban alegres las campanas, tronaba el cañon, y lejos, muy lejos, se advertian lloros sin consuelo, desesperados lamentos, emanaciones pestilenciales y hálitos de muerte.

D. Pedro decidióse al fin: entre el hambre, la miseria, la oscuridad y la gloria, eligió la gloria.

Tomó el frasco que encerraba la base esencial de Napoleon, y abriéndose pequeña herida en el brazo izquierdo, inyectóle en su torrente circulatorio sin contratiempo alguno.

Terminada esta operación, y casi sin vendar el brazo, el boticario sintió la luz que huía de sus ojos, el cerebro creció, amenazando reventar la bóveda craneana, el corazon no latía, el aire le quemaba la garganta, y el frio paralizó sus movimientos.

La luz del quinqué multiplicóse hasta el infinito, sonó en el violin extravagante armonía, animáronse contra él los esqueletos, berrearón los fetos ahogados en ale: hol, silbó el cróalus, de los estantes de pino salieron visiones espantables que le exigian cuentas por no haber respetado el reposo de la tumba; hasta el perro Cervantes revoloteó por la sala como inmenso abejorro negro, y perdió el sentido.

CAPÍTULO IV.

PRUEBA PLENA.

—¡Chist! silencio, ahora duerme, dijo Paulina asomando su rubia cabeza por entre las azules cortinas flordelisadas que ocultaban la alcoba.

Una docena de hombres venerables, de plateada cabeza y rugosa faz, discutian á media voz en la sala.

Eran las notabilidades del protomedicato que se habian reunido á la cabecera del moribundo Cienojos para rematarle cuanto antes.

Parecian todos muy viejos; la muerte sin duda remuneraba sus servicios concediéndoles una longevidad á prueba de generaciones.

—El caso es notabilísimo, decia D. Juan con petulancia; la monomanía se ha complicado al cáncer, no cabe la menor duda; palidez verdosa, fiebre, dolor en el epigástrico, vómitos con posos de café...

—Eso no es nada, dijo el más jóven, autor de *El Paludismo*, obra premiada por varias Academias, y en la que se clasificaban 122 clases de intermitentes; dos millones de parásitos, una simple terciana que, con el ácido fénico, desaparecerá en seguida.

—*Erravisti*, voceó otro de la escuela griega. Hyeme vero pleuritides, capitis dolores, vertigines, apoplexia, como dice el maestro; el buen Cienojos padece una congestión cerebral; en mi concepto, hacen falta sinapismos, cantáridas y sanguijuelas aplicadas con valor, porque, *Solvere apoplexiam, vehementem quidem, impossibile; debilem vero non facile.*

—¡Señores, no divaguemos! exclamó otro, aún no sabemos lo bastante: ¿el enfermo delira?

—Toda la mañana estuvo metido en batallas, ejércitos, victorias y derrotas, contestó D. Juan.

—Y ahora, ¿duerme tranquilo?

—Por lo visto.

—Ubi sommus delirium se dat bonum, si el sueño calma el delirio, bueno. Pero, ¿se queja de la heridilla del brazo?

—No se queja.

—¡Malo, malo! *Quicumque aliqua corporis parte dolentes dolorem fere non sentium, vis mens aegrotat*, los que teniendo dolorida alguna parte de su cuerpo, apenas sienten dolor, no tienen el juicio sano: propongo que se le administren al paciente calmantes y baños frios de agua en la cabeza.

—En mi entender, añadió otro, se trata de una simple indigestión.

Y así cada cual veía de distinto modo la enfermedad.

Quién afirmó que era cólera, quién escorbuto, quién diabetes, y á permitirlo el sexo, alguien hubiera apuntado la idea de la preñez.

Sólo convinieron en una cosa; en que el boticario fallecería muy pronto; torcía la boca y los ojos, enarcaba las cejas, no oía, y el pulso era intermitente y débil, signos todos mortales.

Don Juan suscribió el dictámen con este aforismo hipocrático *«Ubi in febre non intermitente difficultas spirandi et delirium fit, lethale; cuando en la fiebre continúa hay respiración penosa y delirio, la enfermedad es mortal.*

Todos aplaudieron tan sabihonda sentencia, acordaron dejar á la naturaleza el encargo de matar á Cienojos, y se despidieron tranquilos.

—Y á pesar de la discusion, mi padre se muere, pensó Paulina al saber el resultado, cayéndosele de aquellos trozos de cielo que tenía por ojos rosarios de lágrimas que abrian en sus mejillas húmedos surcos.

—¡Waterlloo, Waterlloo! exclamaba D. Pedro tristemente.

—Vuelve el delirio, dijo la niña al matasanos, contemplando cariñosamente al enfermo.

—A ver, á ver, añadió D. Juan acercándose.

—¡Hola! ¿Eres tú Cambron? ¿Avanzan los ingleses? ¿Qué ocurre? tartamudeó el boticario.

—¡Padre! ¡Padre mio, balbuceó Paulina, soy yo! Don Pedro echó una mirada estúpida sobre su hija y pronunció estas palabras con energía, pero sin desprecio:

—¿Y quién eres tú?

—Paulina.

—¡Oh, ese dulce nombre rejuvenece mi sér; bendita seas por haberle pronunciado!

Y padre é hija se fundieron en estrecho abrazo.

Cualquiera, dotado de fina observacion, hubiera podido notar el truco que sufrieron las fisonomías de ambos durante el curso de esta historia. Mientras el boticario perseguia con inútil afán la solucion del problema, la niña estuvo fresca, buena, hermosísima: cuando descubrió Cienojos la materia preciosa, Paulina se marchitó como se mústian las rosas; enfermo su padre, ella levantaba la cabeza llena de vida como se hierguen en su pedúnculo las flores á la salida del sol.

Parecian dos lámparas alimentadas por el mismo aceite que invisible mano inclinase ya de un lado, ya de otro.

—¡Eal venga ese pulso, dijo conmovido el buen D. Juan; ¿qué tal te encuentras?

—A la verdad, no os debe extrañar mi confusion; anoche hice el ensayo del gran descubrimiento en mí, convencido de que nadie era capaz de prestarse á ello, y para gozar tambien antes que nadie de sus ventajas increíbles.

—¿Volvemos á las andadas?

—Sí, volvemos; pero hoy, ingrédulo de todos los diablos, no has de meter los duendecillos de la duda en mi cerebro: tengo la prueba plena: ¡soy Napoleon!

—¡Más te valdria ser duro hombre! Y el médico sonrió bondadosamente.

—¿Te sientes bien? preguntó con interés Paulina.

—No, dijo como saliendo de un letargo el químico; estoy triste, conozco que debia quereros, y me sois indiferentes; antes te abracé porque te creí mi hermana: ahora veo que eres Paulina, la hija del boticario retirado Cienojos; pero los recuerdos de este vejete apenas alientan en mí; no siento más que á Bonaparte; ¿no os asombra este vigor desconocido en mis palabras, ya que no por desgracia en mi cuerpo?

—¡Padre! gritó la doncella dirigiéndose á él ansiosa de amor; pero el químico apartó de ella la vista con indiferencia.

D. Juan frunció el ceño; á no ser por la incólume ortodoxia de los principios que profesaba, hu-

biera creído en brujerías, porque aquel demontre de Cienojos se le parecia como un huevo á otro huevo al emperador; la mirada de águila y plácido semblante estaban allí como desafiándole á que probase la inexactitud de la afirmacion de don Pedro.

—Bueno, dijo reponiéndose: D. Napoleon, ¿qué padece usted?

—Lo mismo que me mató en Santa Elena debe ser, porque yo soy él.

—Un cáncer del piloro, ya lo creo: he notado todos los síntomas.

—¡Cuando yo te lo decia que acabarias por ser de los míos!

—Verdaderamente es notable que aquel capitán, vencedor en cien combates, sucumbiese á una sublevacion de células epiteliales, porque ya sabes que el cáncer no es otra cosa.

—Yo no sé nada, parlanchin, pero deseo curarme.

—Si tienes esa enfermedad, lo dudo; te mató una vez.

—Bien, pero el verdadero Napoleon tenia sobre sí la derrota de Waterlloo, y á mí me importa un comino, porque sé perfectamente que he venido á ser emperador de soslayo.

—Sin imperio.

—Yo lo conquistaré.

Paulina sollozaba.

D. Juan demostró científicamente cómo el cáncer no podia transmitirse en su integridad, porque los epitelios estaban muertos en las cenizas. Calmóse Cienojos con esta histológica revelacion.

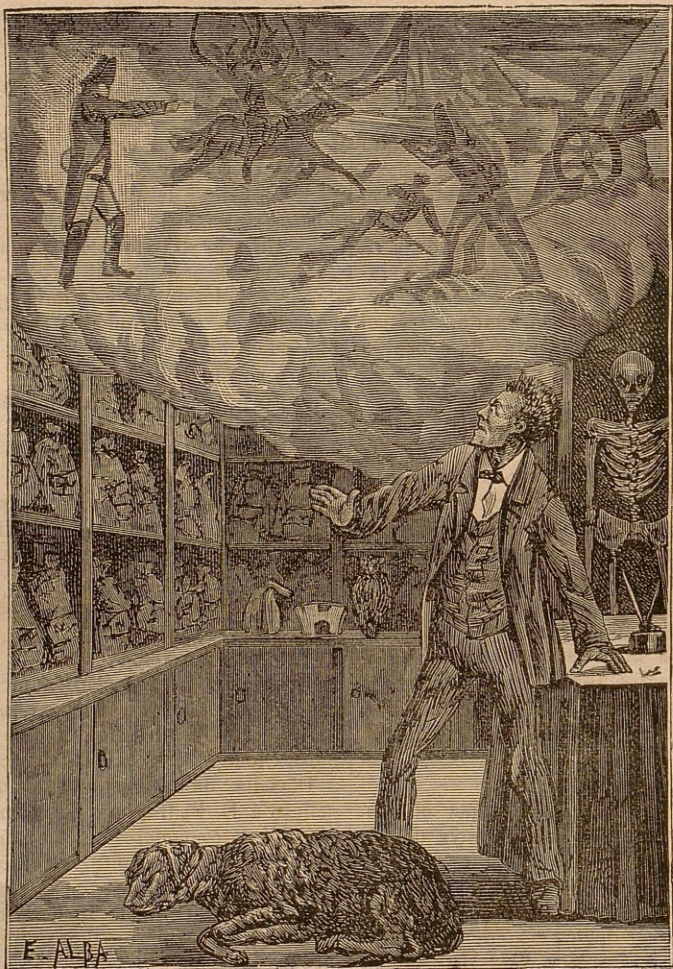
Diez dias de asíduos cuidados dejaron fuera de peligro á D. Pedro, que débil, muy débil, salia al corralillo á tomar el sol acompañado de Paulina, tan blanca y trasparente como esas yerbas nacidas en lugares oscuros, que se retuercen sobre su tallo amarillo tratando de adquirir en su propia debilidad fortaleza para llegar hasta la luz, fuente de toda vida.

Pasaron los meses, y el boticario fuerte y robusto entregábase sin descanso á estudiar planos y mapas, y á redactar un luminoso opúsculo que él intitulaba *Continuacion de las memorias del desterrado en Santa Elena*.

Discutiase por aquel entonces la organizacion de los ejércitos en la Sociedad de Amigos del País, y nuestro héroe terció en el debate haciendo tan exactas observaciones y refiriendo tan escrupulosamente las grandes batallas dadas por Napoleon, que el aplauso de los amigos del país, centuplicado por los periódicos, llenó los vientos de su vanidad.

Fué tan ruidoso el triunfo, que Cienojos creyó llegado el instante de reunir discípulos á quienes enseñar sus teorías y creencias, sin repulgos de empanada. Como en ningun sitio se oye á nadie con más sosiego que en una barbería, el boticario hizo centro de su erudicion militar y tribuna de su bélica oratoria, el maltrecho y atiborrado sillon de la peluquería situada más allá del Saladero, entre Madrid y Chamberí, como si dijéramos medio cortesana y campestre.

El dueño se llamaba Placer, nombre artístico y sonoro y atractivo: ¡quién no se afeita con placer! Mas el buen rapa barbas era, en las funciones



.... vinieron precedidos de innumerables ejércitos,

del arte, la antítesis completa de su apellido, y el incauto parroquiano que dejándose llevar de la tentadora y falaz muestra, á cuyos lados se balanceaban dos coruscantes vacías, traspasaba la puerta pintada de verde, en cuyos veteranos cristales, llenos de tiras, obleas y remiendos, mano inespera dibujó una tortilla de espárragos, pretendiendo hacer un frasco de sanguijuelas, sufría las de Caín ante los tajos y mandobles del señor Placer.

Con decir que no costaba más que cuatro cuartos el afeitarse, dicho queda si la concurrencia sería numerosa. A el público de la barbería paciente y sufridísimo dirigía Cienojos las más caliginosas arengas que siempre, preciso es hacer esta confesion, fueron oídas con religioso silencio.

Don Juan enseñó allí todo un curso de táctica superior, explicando el por qué de las victorias obtenidas en las acciones de guerra más desconocidas y los triunfos alcanzados en aquel auditorio, y en la Sociedad Económica le indujeron á provocar un

gran *meeting* donde poder desarrollar sus ideas.

Fué la reunion en Capellanes; gran número de individuos de la Milicia nacional, porque en aquel entonces habia Milicia, acudieron desde las primeras horas: horteras, tenderos de ultramarinos y estudiantes llenaron aquel recinto, en cuyas paredes florece una vegetación imposible y cuyo conjunto se asemeja á esos pañolones de Manila, bordados de castillos que vuelan, pájaros tan grandes como montañas y flores que sostienen palacios, todo confuso y apretado.

Inmensos carteles rojos, costeados por el barbero Placer y sus amigos, anunciaron *urbis et orbe*, que D. Pedro Cienojos disertaría el domingo 4 de Noviembre sobre «El interés de España,» y aunque los tiempos eran fértiles en esta clase de anuncios, mil desocupados llenaron en tropel las localidades.

Aquí fué donde el boticario expuso sus ideas de verdadero conquistador.

—¡Qué, decía irguiéndose sobre el escenario, es

posible que haya español alguno que sufra con paciencia el ultraje de que Gibraltar esté en posesión de los ingleses: yo os digo que 3.000 hombres de corazón bastan para conquistarle; yo los dirigiré; y estoy tan seguro de alcanzar la victoria como en Austerlitz y en Marengo!

Una lluvia de silbidos atronó al orador.

—¡Fuera, gritó un grupo de estudiantes, ese hombre está loco!

—¡Silencio! exclamó con voz de trueno Placer.

El presidente, zapatero de viejo por más señas, agitó la campanilla, pero su débil vibración era menguada para dejarse oír entre los tumultuosos espectadores, que ya iban apurando las últimas voces ofensivas y estaban próximos á presentar argumentos de más peso.

Los asíduos concurrentes de la barbería rodearon á D. Pedro, que se puso valeroso al frente de ellos gritándoles: «Desde esas pirámides nos contemplan treinta siglos de historia,» y señalaba los pilares que sostienen la bóveda. Tal era su excitación.

Entonces se formalizó el ataque: membrudos brazos, armados de fuertísimos bastones, hacían molinetes; las hojas de las navajas chasqueaban al abrirse como mandíbulas de irritada fiera; de hondos bolsillos, especie de sima de la miseria, salían amantilladas pistolas de sistemas variados, y el salón se llenó de injurias y amenazas, votos y juramentos.

Cuando sobrevinieron los polizontes, el polvo oscurecía la vista y los heridos y contusos impedían el paso; magullado, lleno de chichones y con los ojos como naranjas, yacía el boticario en tierra. Fué trasladado al hospital con los otros heridos.

Avisado D. Juan por un compañero de profesión de la desgracia ocurrida á su amigo, fué allá, y encontrándole en buen estado lo llevó á casa, donde con impaciencia aguardaba su retorno Paulina.

—Ya lo ves, hija mía, dijo el médico; es preciso vigilarle; desde hoy se le prohibirá terminantemente salir de aquí.

La aurora sorprendió á D. Juan y á Paulina velando el tranquilo sueño de su padre y amigo. La alcoba, iluminada por la escasa claridad de la mortecina y casi extinta luz que al rielar y descomponerse en el agua de un vaso cabrilleaba en los sombríos cortinajes, llenaba la habitación de misteriosos reflejos.

La esquila de la cercana iglesia tocó á misa y el devoto médico, después de santiguarse con grandísima compunción, marchóse á presenciar el Santo Sacrificio.

Paulina se recostó en el sofá apoyándose en un cojín el codo y la mano en la mejilla.

La estancia semejava un cuadro de Rembrandt, todo luz y todo sombra; la niña uno de esos querubines que guardan el sueño de los justos y balancean la cuna de los inocentes.

¿Habían resistido las aspiraciones napoleónicas de Cienojos á los vapuleos recibidos en el *meeting*?

Para saberlo es preciso leer el capítulo que sigue.

CAPÍTULO V.

ERRE QUE ERRE.

A no ser evidente el descubrimiento, Cienojos quedára convencido de su ruindad y mezquinas dotes militares. Le habían ganado la primera batalla: pero ¡caramba! es muy triste hallarse en posesión plena de la verdad y asegurar que lo que se conoce es la mentira. ¡Cuán triste no ha de ser sentirse emperador y renunciar á serlo por un chichón más ó menos!

Don Pedro continuó siendo Napoleon y se enfurecía cuando le llevaban la contraria.

El médico quiso convencer á la niña de la imprescindible necesidad de encerrarle en Leganés; pero Paulina, siempre amante y cariñosa, aunque su padre maldito el caso que de ella hacía, se negó.

Pasó el tiempo sin que el boticario mostrara deseos de conquistar la tierra ni sojuzgar al género humano. La calma renacía en el desvencijado caseron y la dicha coronada de hiedra, azules campanillas, dompedros, amarantos, margaritas, geranios y claveles se asomó á los balcones; las macetas, tanto tiempo olvidadas, hicieron este prodigio convirtiendo los huecos de la casa en escarcelas de la primavera.

El matrimonio de la tierra y el sol tiene por hijos las flores, geniecillos presuntuosos que gustan de exhibirse en la punta de las ramas y alisarse los pétalos al oreo del viento.

Las flores tienen algo de las mujeres cortesanas; cuando son bellas, suben por encima de las hojas como aquellas sobre las mujeres honradas; el céfiro las mueve dulcemente, el sol las besa, la creación entera las adora; cuando el frío dedo de la vejez marca en su frente las arrugas y hiela sus cabellos, caen en la sentina de la sociedad las unas, mueren las otras en el cieno que les dió vida, súcías y agostadas, sin brillantez y sin colores.

Mas no nos apartemos del asunto. Seguía, pues, soñando D. Pedro, Paulina enflaqueciendo, y el gigantesco médico recetando á padre y á hija todos los indicados de la terapéutica, sin alcanzar el logro de sus deseos.

Una mañana tempranito, las gentes de la casa vieron acercarse cautelosamente varios hombres, que ocultaban con cuidado voluminosos paquetes: al llegar á la puerta ¡criminales! sacaron de las fundas fagotes, trompas, clarinetes y cornetines, y apostados trás de aquellas amenazas para los oídos de la vecindad, dispararon á la atmósfera una polka mazurca capaz de destruir los más fuertes tímpanos.

El boticario se asomó por el ventanuco de su habitación, y pudo distinguir que á la cabeza de la murga venía el insigne Placer, la flor y nata de nuestros barberos, acompañado de algunos parroquianos.

—¡Viva nuestro sargento! gritaron estos á coro al ver la cara de D. Pedro pegada á los hierros, que le hacían dos surcos en las escuálidas mejillas.

—¡Viva el sargento de la cuarta! voceó Placer; y los ecos del coro oscurecieron los disparos de la murga, que en aquel momento destrozaba un himno patriótico.

Bajó Cienojos á la calle, hizo entrar á los visitantes, y de su boca supo que habia sido elegido sargento primero de la cuarta compañía del segundo batallón de milicianos nacionales.

Su primer impulso fué despreciar el cargo: ¡él, Napoleon, sargento de milicianos! Pero no se atrevió á disgustar á sus amigos, y dando muestras de tener el alma grande y digna del vencedor de Jena, les dió las gracias alegremente, repartió cigarros é hizo que Paulina subiera de la bodega un empolvado tarro de confitura y una botella de Pajarete cubierta de humedad y telarañas, que despacharon enseguida los apasionados electores.

Aquí fué el ir y venir de día y de noche al ejercicio, al cuerpo de guardia, á la conferencia y á la tertulia del comandante.

No hay que decir que el farmacéutico llevaba gallardamente el uniforme. Lo único que le molestaba era el morrion: hubiera preferido un sombrero de guardia civil como remate de la heroica frente de Wagram; en cambio la levita azul le entusiasmaba: mirábase al espejo con las manos á la espalda, y creíase al frente del ejército francés camino de Rusia.

Un solo pensamiento venia á agriar la ventura inefable que disfrutaba: ¿cómo no habia sido adivinado y reconocido! En las reuniones admiraban su vasta instruccion militar, sus conocimientos de táctica, fortificación y geografía; el mismo capitán general de Castilla la Nueva aceptó un plan suyo para el simulacro con que debia celebrarse el natalicio de la reina. Pero á pesar de todo, no avanzaba en la carrera de las armas, su ilusion; y cuando se dirigia á los compañeros para infundirles las ideas que burbujeaban bajo su cráneo, era atendido, mas no lograba convencerles.

—¡Tonto de mí decia; Napoleon no puede ser comprendido más que por sus allegados, por sus generales: hagamos gente que nos entienda.

Y al efecto habló á Placer y á sus íntimos con objeto de transformarles por inyeccion en generales. Resistieron algunos, pero el barbero les animó, y cierta noche, despues de comer un cochifrito y destripar holgado pellejo de vino, fueron á ver á Cienojos con ánimo resuelto de entregársele á discrecion.

El boticario no se hizo rogar, y en un periquete Placer se trocó en Ney; el zapatero, presidente del meeting, fué Murat, y los demás personajes de la barbería repartieron las sustancias de Junot, Dupont, Gerard, Suchet y otros no ménos ilustres. Algunos murieron á los pocos dias, pero la mayor parte quedó á los dos meses útil para toda especie de empresas.

Entonces llegó nuestro héroe al apogeo de la gloria. ¡Con qué cariño se abrazaban unos á otros, al verse por primera vez! Creían asistir á la resurreccion de la carne. Se encontraban torpes; aquel polvo, tantos años sin vida, animado de repente con afectos pasados, sentia en sus facultades el reposo de la tumba. Al pronto creyeron resucitar en otro planeta, pero Murat reconoció á Madrid y D. Pedro, digo Napoleon, les aseguró que estaban en la tierra.

Su primer pensamiento fué ir á Francia é inaugurar de nuevo los *Cien dias*; pero el boticario les contuvo diciéndoles. «No podríamos asegurar nues-

tra existencia y nos tendrian por locos; más vale quedarnos aquí donde cada uno tiene estado civil. Por lo demás, ¿qué importa el país? Si conquistamos el mundo con el ejército francés, ¿qué no haremos con el español?

Los aplausos más nutridos terminaron la arenga, porque bajo la capa de los generales del imperio se ocultaban los milicianos de la cuarta compañía.

Ocupado en estas cosas D. Pedro, no veia que Paulina se marchitaba como la azucena que el huracan arrancó, y moria, moria tristemente como una luz que se apaga. Napoleon no tenia hijas, y él habia dejado de darle este nombre á la suya.

El médico estaba desesperado, la ciencia no descubria ninguna lesion ni incomodidad en la niña, y sin embargo, la muerte llegaba con silencioso paso y se iba apoderando de su víctima poco á poco, como si se gozase en su larga agonía. Una mañana se presentaron síntomas alarmantes.

D. Juan decidió, por fin, manifestar al boticario la gravedad de Paulina: creíale demente, mas no descorazonado en los instantes de reposo.

Dejó la enferma al cuidado de la anciana criada, bajó al laboratorio y no encontró á su amigo. El químico estaba de guardia en el Palacio del Congreso de los Diputados con treinta números del segundo batallón, entre ellos los generales del imperio que las drogas de Cienojos habian hecho resucitar.

—¿Dónde está mi padre? Quiero verle antes de morir, dijo la hermosa niña á D. Juan con tenue voz.

—¡Quién piensa en eso! ¡Por la Virgen María! Me obligarás á enfadarme; ¡vaya, vaya! en cuanto tomes este jarabe, se te pasará esa excitacion.

—Para mí no hay remedio más que allí, y con la cabeza indicó al cielo.

—Allí iremos todos, dijo con emocion religiosa el médico; mas, ¿á qué tenerlo presente? Yo te lo aseguro; no tienes ninguna enfermedad.

—No importa: siento que me llama el sueño que no acaba; advierto sus frias manos sobre mi corazón, percibo el hálito del sepulcro y oigo magnetizadoras palabras en mi oído que me invitan á morir: «Ven, dicen, ven con nosotros á entonar el *hosanna* en las alturas; deja ese envoltorio terrenal para jugo de las hierbas del cementerio, y vuela á ocupar tu sitio al lado de Dios.» Pero yo no quiero marcharme sin ver á mi padre: ¡padre! ¡padre mio!

Y la jóven se retorcia en el lecho, como si luchara con algun sér invisible.

Don Juan lloraba como un niño, y no teniendo fuerzas para negarle lo que pedia, salió en busca del boticario.

.....
En la calle del Florin, junto al ángulo que forman los muros del Congreso, hay una portezuela que da entrada al mezquino zaquizamí, donde se acuartela el cuerpo de guardia.

Como jefe del pequeño destacamento, Cienojos estaba alerta y vigilante en medio de sus subordinados. Ney dormia: habia hecho la última centinela y sintióse quebrantado al dejar el fusil.

Velas de esperma embutidas en el cuello de las botellas recién vaciadas despedían pálidos fulgores

sobre el grupo de milicianos, cuyas cabezas estaban tan juntas y apiñadas como los granos de una mazorca.

Napoleon, á quien el Congreso no habia admitido la pretension que elevó para que se le diesen cinco mil hombres con el fin de conquistar el imperio de Marruecos, urdía con sus nobles generales la más negra de las conspiraciones.

Tratábase de dar un golpe de Estado, disolviendo á mano armada el Congreso.

—Se acerca el instante, decia Cienojos; yo iré al frente ¡buen ánimo! no hay que hacer uso de las armas sino en el caso increíble de la resistencia. A cargar los fusiles y en marcha, despertad á Ney.

Levantóse el barbero de mal humor, y restregándose los ojos. «Se me han acabado las sanguijuelas, dijo como si contestára una pregunta que nadie habia hecho; pero despues el espíritu guerero se sobrepuso á las mezquindades barberiles, y requirió el sable con varonil entereza diciendo: ¡Viva el Emperador!»

—¿Estamos? preguntó el jefe eludiendo con dignidad los aplausos de su hueste.

—Estamos, respondió el ejército en masa.

Un hombre alto, grueso, panzudo, apareció en la puerta del cuarto en este instante: los milicianos se apercibieron á la defensa.

—Detenéos, gritó el sargento, es un amigo, es Corvisart.

—Pedro, Pedro, tu hija... dijo el médico.

—Acaba.

—Tu hija se muere.

—¿Qué dices?

—Se muere y desea verte.

—¡Mi hija! añadió con acento estúpido don Pedro.

—Sí, Paulina está agonizando.

—¡Cielos! ella... ¡Paulina! exclamó con doloroso acento, como si la memoria volviese á él en aquel instante. Vámonos; Placer, queda usted encargado de la guardia; mañana daremos el golpe: vámonos, Juan. Los generales no comprendian aquel dolor porque en su bélico entusiasmo no recordaban que, este Napoleon era tambien boticario.

Los dos amigos se abalanzaron á un coche simon, que, contra lo que era de esperar, los llevó en pocos momentos á Chamberí. Don Pedro habia conservado gran presencia de ánimo, pero al ver á Paulina pálida, sin aliento, con el mortecino rostro extinto de gracia, y haciendo con las manos signos cabalísticos como si quisiera asir el flotante ropaje del Angel de la Guarda que debia velar á su cabecera, derramó copioso llanto.

—¡Hija! ¡hija de mi corazón! dijo con acento desesperado.

—¡Gracias, padre mio! Dios ha escuchado mis oraciones. Ya puedo morir tranquila, has vuelto á pronunciar ese dulce nombre.

—¿Quién habla de morir! Acaso he quemado mis pestañas á la luz de la ciencia, y he dormido sobre los libros durante mi juventud para no hallar solucion á este conflicto. Hoy puedo despreciar la muerte; soy inmortal como los héroes griegos; en mi laboratorio tengo embotellado el saber, el valor, la juventud, la gracia, la fuerza; cinco minutos y recobrarás la salud.

—La operacion me mataria; además que yo prefiero morirte amándote, á vivir siéndome tú indiferente.

—Pero yo no puedo dejarte morir, yo reconstruiré ese cuerpo.

—No es la materia la que se desmorona, es el alma que quiere dejar el destierro para confundirse con la causa creadora.

—El alma no existe, murmuró el boticario, la causa creadora es la materia que yo domino...

—¡Blasfemo! dijo entre dientes D. Juan.

El rostro de Paulina tomó el tinte del carmin, sus ojos se cerraron con expresion beatífica. Diríase al verla que gozaba de celestial vision.

—¿Crees, dijo D. Pedro dirigiéndose al médico, que podria resistir una sangría?

—Lo encuentro peligroso.

—No importa; yo lo salvaré: he tenido poder para resucitar á los generales del Imperio; alienta en mí Napoleon. ¿No he de hacer de Paulina un atleta? Yo puedo resucitar una época....

—¡Padre! suspiró la niña: no son los hombres los que crean las épocas, sino las épocas las que crean los hombres.

—¡Qué dices! extraña sabiduría habla por tu boca.

—Quieres apoderarte, dijo la moribunda como si leyese las palabras en un libro invisible; quieres apoderarte del espíritu, aprisionando la materia, y el espíritu se burla de tus reactivos y vuela con alas invisibles por las regiones de lo desconocido. ¿De qué sirve poseer el cuerpo si el alma inmortal no le acompaña?

Don Juan cayó de rodillas entonando cristiana oracion: Cienojos, con la cabeza hundida en el pecho, contemplaba á su hija en éstasis. A saber, hubiese rezado con fervor; pero las fórmulas científicas habian ahogado en él los recuerdos de la infancia y olvidaba el lenguaje con que los mortales hablan al Todopoderoso.

—¿Oyes, decia la niña, esa música? Son los ángeles que festejan mi entrada en el cielo: ¡oh, qué claridad! No veo... ¡Ah! sí; me hacen señas para que les siga. ¡Adios, padre mio, adios para siempre; voy á reunirme con mi madre!

El químico besó sus acardenalados lábios con la devocion de un místico, y salió de la estancia.

No habian trascurrido tres segundos cuando apareció cargado de botes é instrumentos.

—¿Qué intentas? le preguntó D. Juan al ver los aprestos que traía.

—Quiero salvarla; la inyectaré las cenizas de un gimnasta.

—Es tarde; con eso no le infundirías la vida al momento, y dentro de muy poco nuestra encantadora hija dejará de existir. Bien sabes que tú mismo tuviste que pasar una enfermedad.

—Intentaré, sin embargo. Elegiremos.

—Te lo prohibo; sólo podemos aguardar remedio de la Providencia.

—Pero...

—¡Silencio! exclamó el médico. ¿Vas á turbar con tus locas hipótesis la agonía de un moribundo?

Y al decir esto se transfiguró; parecia un profeta de Israel, que amenazara al pueblo judío con la cólera de Jehová.

.....

Multitud de curiosos se agrupaban al anochecer ante la abierta reja de la casa de Cienojos para contemplar un espectáculo tristísimo. Sobre cama imperial colgada de blanco yacía muerta Paulina, con las manos amoratadas, los ojos vidriosos, la boca sangrienta; centenares de insectos aleteaban en el tupido velo que cubría su rostro.

Cuatro blandones lloraban lágrimas de cera, que uniéndose á los lados formaban caprichosas estalactitas.

Al mirar tan horrible á la que en vida fué dechado de gracia y perfección, ¿quién no hubiera reñido con la muerte á no tener la seguridad de la derrota?

CAPÍTULO VI.

DIÓGENES.

El ruido de los coches que siguieron el fúnebre carro se perdió á lo lejos, y el boticario con la cabeza oculta entre las manos lloraba con ese silencioso dolor de los hombres de espíritu fuerte.

Don Juan contempló á su afligido compañero sin pronunciar una palabra. De vez en cuando sus ojos negros lanzaban fulminante mirada á los cielos, y movíanse los labios como si alguna idea deseara abrirse paso, pero el sufrimiento ahogaba aquella actividad y el médico quedábase en abstracción, fija la vista en las baldosas de la sala.

Al cabo, el levantisco pensamiento que tantas vueltas dió y tantas veces quiso aparecer, tomó cuerpo en las siguientes palabras: «No llores más, ya no hay remedio.»

—¡Ay! es que con ella, Juan, siento que se va mi alma, mi alma, sí; ¿te extraña esta confesión de mi parte?

—No, la aguardaba; es mucha la misericordia del Señor.

—Sí; siento inesperado desfallecimiento; parece que Paulina se llevó el secreto de mi existencia, está limitado mi pensar, mi imaginación se achica y no contemplo mi ser más que como inmundo haz de músculos, huesos, nervios; barro, podredumbre, en fin.

—El golpe ha sido terrible; ¿pero qué consigues con llorar?

—¿Crearás que lloro por Paulina? Si apenas hago caso de ello. Es algo más elevado lo que ha venido á sumirme en la desesperación: el gran problema ha fracasado después de vencer las más rigurosas pruebas. ¿Con que es verdad, gritó con exaltación, que los hombres no son nada si el medio que los rodea no les ayuda? ¿Con que para el desarrollo del genio hacen falta circunstancias extraordinarias independientes de la propia realidad de aquél? ¿Con que el talento no prospera sino en condiciones especialísimas? Verdaderas plantas exóticas, nada se lograria con rodearlas de vidrio para evitar el contacto del aire mortífero y fomentar su desarrollo con un calor artificial para darlas vida, capaz, sin embargo, para evitar la muerte y crear el raquitismo.

No basta ser Colon, porque con eso no sacaríamos del fondo del mar otra virgen América; ni Kant, porque la razón no es más que una y su crítica está hecha; ni Servet, porque la circulación ya

fué descubierta, ni Aristóteles, porque los estudiantes saben de memoria su política...

—¿Pero piensas todavía en tales insensateces? interrumpió D. Juan.

—Yo he mirado la vida desde el fondo de mi ignorancia, continuó el boticario, como si nadie hubiera hablado. ¡Soy Napoleón! Pero no he cojido de él más que lo deleznable, lo perecedero; la imaterialidad, el algo que animó sus hechos, cae fuera de mi jurisdicción, vive y alienta en él todavía sin reflejarse en mí. La época en que floreció ha variado á la faz de los mortales: el tercer conato de organizar la humanidad en estado universal, fracasó; no hacen falta guerras, sino estudio, para resolver los conflictos puestos sobre el tapete de la ciencia; el emperador aquí, como capitán, nada puede. España no atraviesa por la situación de Francia entonces, y mi empeño en conquistar el mundo sería tan estúpido como si alguien intentase que no rizara la superficie del mar más que una misma ola eternamente.

—Eres loco, y vas á contagiarme á mí también, dijo el médico furioso.

—En el mundo existen muchos hechos y cada cual ocupa el sitio que le corresponde; pestes, guerras, libros, discursos, cuadros, religiones, estatuas, poemas, es imposible conmover vuestros cimientos, de la misma manera que es imposible alterar los colores del espectro solar descompuesto en el prisma. No hay quien ponga el rojo en el violado, ni el azul en el amarillo. No se eliminan con el mismo cristal colores ni se crean. Nadie puede hacerlo todo añil, ni todo anaranjado, como nadie, aunque haya llegado hasta donde yo llegué, puede tampoco inventar guerreros por puro capricho, ni legisladores por vano juego de la voluntad.

—¿Por qué género de deducciones has visto claro lo que oscuro tenias?

—¡Paulina! Hé ahí toda mi razón; era mi alma, y está ya en el seno de la causa, dijo con sublime emoción el boticario.

Seis días después, D. Juan advirtió un cambio en su amigo; indiferente éste á cuanto veía, no manifestaba ni deseos de discutir ni apetitos de estudiar; hasta la sombra del conquistador moderno había desaparecido de su inteligencia; ya no se gallardeaba por el jardín luciendo el airoso uniforme de miliciano, ni intentaba disolver el Congreso. Tan sólo al lucir del alba, cuando los clarines del cercano cuartel tocaban diana, los nervios de Napoleón sacudían violentamente el cuerpo del boticario, haciéndole saltar del lecho. El frío de los ladrillos devolvía la tranquilidad al pobre Cienojos que, libre ya de extrañas impresiones, daba rienda suelta á su pensamiento.

—No es posible, decía, sujetar los hechos aunque se embotelle la voluntad, porque ésta es el agente más principal, pero no el único, de la vida. La actividad se escapa entre los hechos que solicitaron su concurso, mas yo puedo reformar las ideas, y es suficiente, para el triunfo de mi teoría, que los hombres piensen con rectitud. ¡Qué beneficios no ha de reportar mi descubrimiento pudiendo á placer ahogar en su espíritu las malas inclinaciones; el régimen penitenciario, reformado por completo, se limitará á corregir al culpable sin pri-

varle de libertad ni imponerle castigos que envilecen á los humanos. La sociedad debe aceptar mi pensamiento: si un individuo delinque y es ladrón, asesino, estafador, ¿qué concepto merece este hombre á las gentes de ciencia? ¿Es un criminal ó un enfermo? ¿Hay que echar mano de las cárceles ó de la terapéutica? Pues bien; estas cuestiones insolubles, hasta que yo he vislumbrado los secretos de la química, hoy son una futesa. El conflicto social se encierra en diminuta retorta. El delincuente más perverso, con una simple inyección de las cenizas de hombres de bien, queda curado; corregido, que es el fin del derecho, incapaz para delinquir, útil para la nación.

¿No sería éste el mejor medio de honrar á los buenos perpetuándolos?

Pocos días despues, el ministro de la Gobernación recibió, bajo repleto sobre, una larga exposición, en que el boticario Cienojos se comprometía á trocar en buenísimos ciudadanos á todos los presidiarios que estuvieren cumpliendo condena. Holgóse el ministro de que bajo el dominio de su partido germinase el ingenio y buen humor entre los gobernados, y hasta sacó de lo sucedido argumento que viniese á demostrar la excelencia de sus máximas de gobierno, que tan alegre y chispeante tenían al país. Dióle el documento á su secretario para que contestase jocosamente al farmacéutico, que tan á su sabor le había distraído de las amarguras y cuidados que el poder engendra, y no se volvió á acordar de la aquella exposición, llena para él de gracia y aticismo.

Mas no era hombre de grandes entendederas el secretario, y pensando, como buen empleado, que todo memorial es la base de un procedimiento más ó menos largo, remitió copias á todos los comandantes de presidios, con la prevención de que informasen sobre él lo que les pareciese oportuno.

¡Oh, desencanto! Ni uno de los reos quiso aceptar el cambio. «Estamos en una nación, dijo el más explícito, en que la bondad, virtud y honradez perecen de hambre; no somos imbeciles, de aquí podemos salir y conquistar una fortuna: ¿cómo la adquiriríamos siendo tontos? Hombres de bien, le interrumpió el comandante. Es lo mismo, dijo cínicamente el criminal, levantando los hombros.

De los 17.000 y pico de penados españoles, uno aceptó la proposición. Vistos los antecedentes, resultó ser un antiguo discípulo de Cienojos, defraudador del dinero de las bulas, y que atendiendo á su escepticismo, no debía creer mucho en los resultados prometidos por D. Pedro.

—Merecía usted ser el farmacéutico, dijo el ministro riendo al secretario al saber el *quid pro quo* de su inferior.

¿Creerán ustedes que nuestro héroe se enfadó al conocer el efecto causado en las cárceles por su proposición? Nada menos que eso.

—He cumplido con mi deber, murmuró; y quedóse triste y cavibajo.

Aquella noche estuvo en el laboratorio trabajando, según opinión de la criada.

Cuando D. Juan vino á verle le encontró tendido al sol, con el rostro placentero del gastrónomo que saborea delicadas manjaras.

—¿Qué haces? le preguntó.

—Ya lo ves, caliente mis ateridos miembros.

—Pero echado en tierra, puedes tomar un reuma.

—¡Bah, bah, bah! ¿Qué quieres, qué tome asiento en muelle sillón? Detesto lo superfluo; nadie debe gozar más que de lo necesario.

—Otra nueva necesidad.

—Soy Diógenes el filósofo, emblema del reposo; éste le poseo enteramente, no hace falta su concurso para el progreso ni para la civilización, pero su pensar es consolador: te aconsejo que cuando yo muera recojas las cenizas y te las inyectes; verás qué indiferente te es el universo. Ahora me parece haber bebido las aguas del Leteo, nada recuerdo y apenas te conozco.

—Soy Juan, tu amigo del alma.

—Sí, es verdad; dijo haciendo un supremo esfuerzo el boticario; ya que eres amigo, apártate del sol, no quiero tu sombra.

—Pero Pedro, por Dios, ¿te has propuesto desesperarme?

—¿Qué querías que hiciese? Convencido de que mi proposición era falsa, que las épocas crean los hombres y no éstos á aquellas, según yo creía, decidí emplear mi invento en beneficio del prójimo, y la sociedad me ha escarnecido: pues bien; yo me burlo de la sociedad, sus sátiras quedarán embotadas en la cota de mi indiferencia; hubiese preferido ser Job, pero perdí los restos de aquel santo varón á mi vuelta de Oriente. ¿Quieres hacerme feliz?

—Pide; no deseo más que obedecerte.

—No me juzgues loco; vende la casa y cuanto en ella existe, reparte mis bienes á los pobres, menos pequenísima parte que dedicarás á la adquisición de una choza fuera de Madrid, cerca de media hectárea de superficie para aislarme de los mortales, y mándame agua y pan diariamente.

—Me niego.

—Gracias, jegoista! Lo haré yo.

Una semana despues, vendióse en pública subasta la casita de Chamberí y los trastos, aparatos, botellas, mómias y esqueletos.

Varios estudiantes de medicina adquirieron cráneos ilustres y costillas memorables. Un maniguero compró los brazos de Paganini, que, recubiertos de vistosa tela, exhibieron fajos de guantes en el escaparate de la tienda; quedóse un cacharero con la cristalería del laboratorio; un titiritero con la culebra y los buhos; el dueño de una galería de figuras de cera, con varios esqueletos, y un farmacéutico adquirió las sales neutras de nuestros abuelos, con las que se propuso fabricar verdaderas panaceas para todos los males.

¿Fué cierto el descubrimiento de Cienojos? Quién sabe: ¡cuántos sábios han visto la risa del sarcasmo en los labios de los hombres, cuando les enseñaban la más trascendental de las verdades!

Yo sólo sé decir que Cienojos existe, habitando humilde choza en el altillo de San Blás, solo y resignado.

En cuanto á Placer y los demás generales del imperio, están furiosos; no hay duda, el maldito Luis XVIII les ha vuelto á quitar el Emperador. Le buscan por todas partes y no le encuentran, y pasan los días contando victorias y conspirando.

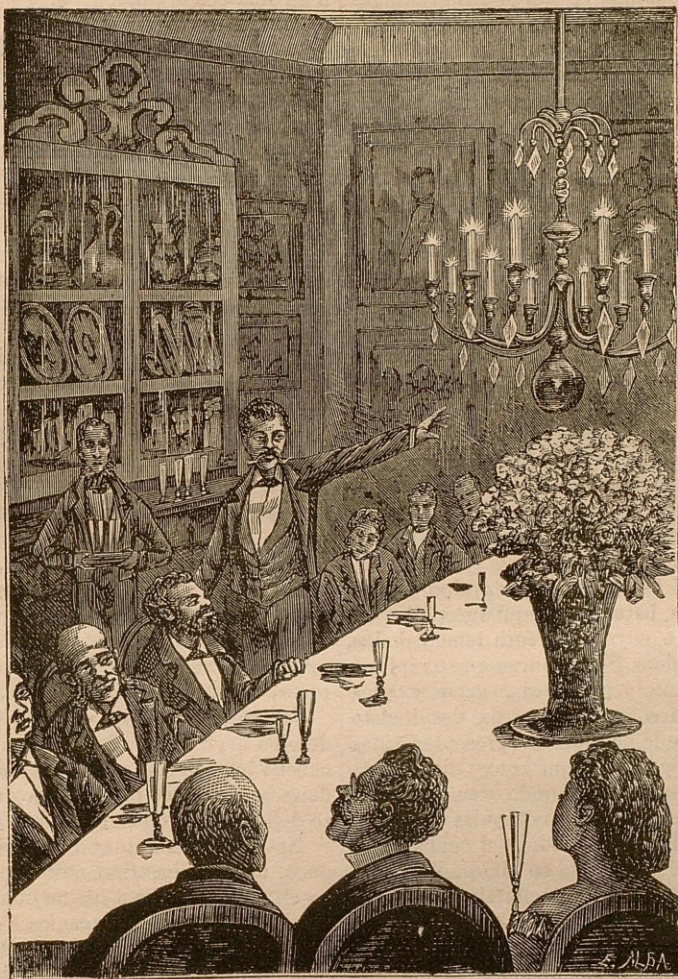
D. Juan trató de someterles á un tratamiento flogístico, pero ha desistido de ello.

Son felices, considerándose generales.

Si el médico les hiciera ver el error en que están, obligándoles á trabajar en su oficio y cayesen

desde lo alto de las ilusiones fabricadas por las drogas de Cienojos, á la realidad de su pobreza, ¿no tendrían derecho á reclamarle daños y perjuicios?

Madrid, Diciembre 1881.



No hay más espíritu que el de vino.

EL DR. HERMES VENIDERO

CAPÍTULO PRIMERO

LOS LUNES DE LA CONDESA.

En la Ronda de Recoletos, mejor dicho, en lo que hoy se llama la calle de Fernando el Santo, existe un hotel elegantísimo, copia de la arquitectura griega, cuyos tres órdenes principales, en suave mezcla, lo embellecen.

Las esbeltas columnas de mármol, terminadas con hojas de acanto que forman el pórtico, dejan

ver en el fondo una puerta, pequeña para las dimensiones del aquél, grande para las necesidades de la vida.

Todo el edificio está inspirado en la línea recta, parece una imitación de Mansard y Percier, verdaderos génios que han sabido reflejar todo el arte antiguo. Para el profano no hay más que un punible desbordamiento de medias cañas, triángulos y tímpanos.

El órden jónico sostiene el ático puro, en cuyos ángulos se destacan artísticos grupos de jaspe,

verdaderos defensores de aquella mansion de las hadas.

En los intercolumnios se abren las ventanas guarnecidas de anchas grecas de color de rosa.

Una verja de dardos con dorada y agudísima punta circuye el jardín, en cuyo verde y afelpado suelo se retuerce la senda que corre al pié del pórtico. Castaños, eucaliptus y cedros, alineados en correcta formacion, prestan grato refugio y esquivo apartamiento, para que el ruiseñor module sus sentimentales nocturnos, y el jilguero alegre con sus arpegios las horas de la siesta.

Si algun trasnochador impenitente atraviesa al amanecer aquellos sitios y se detiene á contemplar las blondas de ramaje que los rosales y las madreselvas, entrelazadas, arrojan por la altísima verja, y halla un claro entre los retorcidos cuerpos de aquellos vegetales, podrá ver al mirlo vestido de riguroso luto, hollando con sus zapatos amarillos la fina y tamizada arena del jardín, y á los gorriones picoteando los sembrados, flores y frutos, con la tranquila confianza del que se cree en sus dominios.

Desde fuera todo hace augurar allí el orden, la felicidad, la opulencia.

En el centro del jardín, sobre mezquino montecillo de estalactitas, bate las blanquísimas álas un cisne corpulento, en cuyo reluciente lomo cabalga un amorello regordete. Sorpréndese en sus infantiles lábios insinuante y picaresca sonrisa, y todos creen al verle sin arco y con el carcax desprovisto de flechas, que se le ha querido presentar, más como niño retozon y volátil, que como dios, causa de la naturaleza, anterior al mundo, y su origen según la recta interpretación de las fábulas antiguas.

La limpidez de la estatua indica el cuidado con que se evitan los estragos que en ella pudiera hacer la lepra del musgo; el agua clarísima y trasparente no acusa la verdosidad que la escasez y el estancamiento llevan consigo, y la nivelada alfombra de césped acredita lo amenudo que la guadaña iguala sus brotes.

Entremos en el hotel; la tarde está fria, y el olorillo de viandas apetitosas y manjares bien olientes, convida á ello.

La cifra sobrepuesta en los cristales que cierran el peristilo, indica que aquella joya del arte pertenece á la condesa de Villarmentero, que, como todo Madrid sabe, es dama aristocrática, de discreto y cultivado entendimiento, viuda, hermosa y rica.

Con tales requisitos no hay para qué decir que reúne en sus salones cuanto de distinguido, sábio, atildado y poderoso hay en la villa y corte.

La condesa de Villarmentero da de comer los lunes á sus íntimos amigos. Duques, marqueses, filósofos, banqueros, periodistas, se juntan, por arte mágica de la riqueza y un buen cocinero.

No hay hombre de mérito que no tenga fácil acceso en la amistad de la condesa.

Con que yo presente, ó Vd. nos invitará á todos á comer, y les garantizo que no han de quedarse con hambre; siempre sobran cubiertos en la mesa.

Julia, que así se llama la condesa, y es como sus más plebeyos amigos la nombran á pesar de los títulos que ostenta y las lanzas y medias annatas que por ellos paga, está en el tocador conclu-

yendo los últimos detalles de su *toilette*. Luisa, la doncella, ha terminado ya el postrer rizo, y mira á su ama con orgullo.

—¿Qué tal me encuentras? dice la condesa.

—Creo que nunca ha estado la señora tan hermosa; si no fuera inocente el suponerlo, cualquiera creeria que trataba de conquistar esta noche algun corazon rebelde.

—En verdad que me agobia tanto éxito.

Soy como un conquistador de los primeros tiempos; por donde voy, no hago más que esclavos.

Luisa iba á replicar, pero al ver que la condesa hundia los sonrojados dedos en un bote de carmin, guardó silencio para no interrumpir la delicada operacion que su señora disponíase á acometer.

Esta deslizó entre sus lábios la enrojecida yema de su índice, haciéndole serpentear por las comisuras con habilidad perfecta.

La boca apareció más roja, pero no más bella que antes.

—Los polvos, dijo en voz baja, como si temiera que las palabras le arrebatasen la húmeda pintura.

La condesa blanqueó la nariz, la frente y la garganta, con un verdadero nevasco; soltó la diminuta borla, y miróse satisfecha al espejo ensayando en él toda clase de mohines, sonrisas, gestos y ademanes, mientras Luisa recogia cuidadosamente los restos de aquella campal batalla.

Julia es una mujer alta y bien proporcionada, de ojos negros como las moras maduras, negrísimo cabello que, herido por la luz del sol, alcanza reflejos azules, boca provocativa y nariz perfectamente delineada, aunque más bien grande que chica.

No me atrevo á juzgar las cejas de sublime arqueo, ni el alabastrino cutis que la juventud troea en rojo al llegar á las mejillas, ni los purpurinos lábios; porque si llegamos á entrar un poco antes en el tocador, todas esas bellezas las hubiésemos sorprendido entre las hebras de engomado pincel ó las cristalinas paredes de maravilloso frasco.

Aun estando en el secreto, nuestra amiga nos parece hermosa; el pié breve, la mano diminuta y algunas acentuadas ondulaciones que bajo el apretado vestido se advierten, serian lo bastante para tenerla por lo que vulgarmente se llama buena moza, si ántes no hubiéramos convenido en ello.

Quédanos por añadir que era discreta, huía de la sociedad de los hombres insustanciales y gustaba de engolfarse en el estudio de problemas insolubles, ya fuese en el terreno del arte, ya en el de la ciencia. A su mesa no admite mas que mujeres distinguidas y hombres ilustres.

Viste con distincion, natural elegancia y riqueza.

Esta noche luce delicadísimo traje de seda de color de oro pálido, cuyo tejido fabrica mil aguas y cambiantes al menor movimiento, bordado de espigas y violetas. ¡Bien puede asegurarse que está satisfecha del blanquete que usa, porque el vestido es capaz de ennegrecer la nieve!

Desde la alta gola se despeña anchísima cascada de encajes de *point* de Alençon, es puma del lujo en que cada burbuja cuesta cinco duros.

Y cien mil cosas más que pudieran referirse si

pecando de prolijo mirase con microscópio todos los detalles de confeccion modistil.

El reloj del salon, accidentado peñasco en cuya cima un sátiro forcejea con la más hermosa de las bacantes, dió con ronca voz las siete.

La condesa empezaba á aburrirse, cuando el criado anunció á la marquesa de Casahubiel, una rubia flemática que ha hecho las delicias de todos los ex-jóvenes que vagabundean en los salones aristocráticos y trata de usufructuar la nueva generacion que empieza á vestir el frac.

Despues de los saludos y cumplimientos que la cortesía impone y la buena educacion exige, la marquesa de Casahubiel lanzó un suspiro ruidoso, sonoro, de esos que buscan la interrogacion inmediata acerca de su causa.

—¿Qué te pasa? dijo Julia.

—¡Ay hija, soy muy desgraciada! contestó suspirando más honda y lastimeramente la Casahubiel.

—Pero, ¿qué es ello?

—Pues, sencillamente, que mi marido está furioso; hoy ha ido á consultar á ese nigromante, ese Ashavero cuyos negros anuncios comentábamos hace dos días.

—Sí, el adivino parisiense.

—Precisamente. Mi marido supo de su boca la historia de todos mis devaneos, y como comprendes, está que trina.

—Pero, Teresa, ¿si eso lo sabe todo Madrid?

—Mi esposo lo ignoraba, aunque te parezca extraño.

—No, es lo natural.

—Lo que no me cabe en la cabeza, es que el franchute zahorí lo haya adivinado; eso debe ser una intriga de Luis; el vizeconde está que rabia porque le he dejado plantado.

—Es claro, no existen adivinos.

—Lo supongo; si existieran era cosa de que todas las amigas nos marchásemos de la corte...

—En ese número no me contarás á mí, interrumpió con energía la condesa.

—No; tú no tienes corazon..... y por eso eres buena, dijo sonriendo la marquesa.

La llegada de varios encopetados personajes corta la conversacion. Son académicos y nobles del más puro origen.

Y como la hora de comer se acerca, el tapíz que oculta la puerta de entrada vomita sin cesar convidados.

Los duques de Nogueroa, la marquesa de Fuente Triste, el conde del Sauce, iban entreverados con el tenor Mislini, el pintor Suarez, el literato Gomez y el escultor Duque.

Ya está casi repleto el salon, cuando aparecen el doctor Hermes Venidero y el médico D. Juan Oncos Letale.

El doctor Hermes Venidero, profesor de Metafísica en la Universidad central, es joven, bien parecido, y contra toda tradicion filosófica, esclavo del aseo y la limpieza.

El médico Oncos, notable por haber demostrado que los hombres pueden morir de diez clases de tumores no clasificados hasta el día, es un materialista acérrimo que desde el fondo de sus moléculas desprecia á todos los espiritualistas conocidos, desde Platon á Hegel.

A pesar de este odio científico, á veces tan ter-

rible como el de raza, Oncos es el íntimo de Venidero desde la infancia.

Algunas veces, el médico trata de explicar su cariño por la ley del hábito, mientras que el metafísico lo encuentra en la identidad de yo que se revela antes que nada en la conciencia.

—Cuando la señora guste, dijo en este punto un sirviente.

—¡A la mesa, señores, si á ustedes les parece! saltó la condesa.

Colgáronse las damas del brazo de los caballeros y todos entraron juntos, alegres y ruidosos en el comedor, preciosa sala redonda en que Gomar habia pintado los atributos de las cuatro estaciones con la energía y colorido que él sabe imprimir á sus obras.

Platos árabes y de Limoges, de fascinador brillo é ignotos colores, adornan los intersticios que los lienzos dejan en las paredes. Aparadores de roble tallados, cuyos relieves figuran bacanales y otras fiestas paganas sostienen vagillas de indisputable mérito artístico; la loza y cristalería se atiñe á todos los gustos y á todas las épocas: junto á los esbeltos jarrones pompeyanos los transparentes vidrios de Bohemia que brillan con todas las franjas del iris; la porcelana china junto á la de Sevres.

Una hermosa luna de Venecia cubre el techo; retorcidos sarmientos, como monstruosos cuerpos de reptil coronados de verdes pámpanos, le sirven de marco; cuatro estatuas alegóricas alumbran con manojos de luces la estancia, y arrojan á torrentes la claridad sobre la oblonga mesa, cuyo centro representa á Daphnis y Cloe jugueteando al pié de la encina, mientras los morruecos buscan las ovejas, y los machos riñen por las cabras fiero y atroz combate.

Respiranse allí tales humorcillos de paganismo y tolerancia, que si ya no conociéramos el carácter y modo de ser de la condesa, el comedor mismo vendría á revelárnoslo.

Numerosos criados de calzon corto, casaca bordada y medias de seda, sirven asiduamente á los comensales. Están los justos; uno para cada cinco. El jefe que los dirige guarda una seriedad epigramática.

Ya humean las salsas, brilla el rojo vino en las copas y los chistes y retruécanos animan la conversacion.

—¿Qué me dicen ustedes de la novedad del día, de Ashavero? preguntó la condesa.

—Me han asegurado que es una gran figura, dijo un ex-ministro. Si mandáran los moderados le encomendarían el gobierno de cualquier provincia.

—Yo he oído que es feo, añadió un petimetre.

—No hablo de eso, indicó la condesa; lo que yo quisiera saber es si es cierto ese poder adivinatorio que algunos le atribuyen.

La marquesa de Casahubiel se encendió como una amapola.

—Dicen que sí, afirmó un general de salon.

—¡Por Dios! no afirmen ustedes tonterías, dijo mezclándose en la conversacion el doctor Hermes Venidero.

—¡Hola, hola! Ya tercián los sábios, voceó con la boca llena un banquero judío, cuyas grises patillas tenían reflejos metálicos.

—Lo ves, Teresa; es una tontería, á juicio del

doctor, el creer en zahories, dijo Julia á la mar-quesa que estaba roja hasta la raíz del pelo.

—Esa es mi humilde opinion, objetó Venidero; adivinar los actos que no están presentes, equivaldria á tener un don negado hasta ahora á toda criatura humana; el don de ubicuidad.

—Muy bien, gritó el médico Oncos.

—Señores, dijo la condesa de Villarmentero golpeando con la hoja del cuchillo la copa más próxima. Abrese discusion sobre este dictámen: el doctor Hermes tiene la palabra.

—Sí, sí, que hable, gritaron á coro los convidados.

El doctor Hermes estaba avezado á estas exigencias de Julia, y no dió ocasion á los ruegos.

—Señores, dijo levantándose, el postulado que más difícilmente puede admitir la metafísica moderna, es la existencia del alma; y aun suponiendo esta existencia, queda otra cuestion por resolver; ¿la actividad del espíritu es propia y autónoma, ó se relaciona directamente con la masa encefálica? Ya Platon colocaba el alma en el cerebro; mas Aristóteles la ponía en el corazon; Heráclito y Critias la buscaban en la sangre; Epicuro en el pecho; Descartes en la glándula pineal, órgano único colocado en el centro del cráneo, y que contiene lo que ha dado en llamarse arena del cerebro; Sammering en los ventrículos craneanos; Kant en el agua de las cavidades cerebrales, y Fischer no duda que es inherente á todo el sistema nervioso.

Pero sea de ello lo que quiera, nosotros partimos en nuestros conocimientos de dos puntos evidentes: las sensaciones y la razon.

—La razon es una hipótesis, saltó el médico Oncos: emplazo á cualquiera de los presentes á que encuentre su razon.

—Silencio, dijo la condesa; despues se os concederá la palabra, ¡impaciente!

—La razon, continuó el doctor Hermes, puede adivinar enlazando verdades, leyes eternas é infalibles; mil descubrimientos astronómicos no han podido basarse en sensaciones, y no por eso son ménos evidentes. Leverrier, para descubrir su planeta, no tuvo necesidad de que sus rayos luminosos hiriesen los cristales del telescopio.

Hay especies y géneros que no se perciben por los sentidos; lo infinito, absoluto, eterno, los principios, las leyes, las causas no pueden ser conocidos más que por la razon pura.

—Descended de esas regiones que no comprendemos, interrumpió la condesa.

—Digo, que el conocimiento racional tiene por objeto á Dios y á todo lo que es único en su género, como el espacio, el tiempo, la humanidad, el universo, el bien, lo bello, lo verdadero, lo justo, lo perfecto, el ideal: se ocupa, en fin, de las propiedades comunes que desde Aristóteles se llaman *categorías*, y las verdades que atisba en este terreno son evidentes.

Las matemáticas, por ejemplo, desarrollan la idea de cantidad en sus aplicaciones al espacio, al tiempo y al movimiento. Enuncian las relaciones entre los números, las líneas y las fuerzas categóricamente, sin que despues de demostradas sus afirmaciones se le ocurra á nadie dudar de ellas, aunque la experiencia no las confirme.

—¡Eh! poco á poco, dijo el general; si yo demues-

tro que la bala de un cañon, apuntado por mí, debe dar en el blanco, y despues del disparo se ve que no he acertado, necesariamente habrá que modificar la teoría.

—No, eso enseñaria tan sólo que usted apunta, pero no dá. Por lo demás, mi proposicion es evidente; si un teorema demostrado establece que los ángulos opuestos por el vértice son iguales, es evidente que nosotros sabemos que debe ser así en todos los casos posibles. Y al decir esto, cruzó dos cuchillos para demostrarlo.

Ahora bien: si sólo son objeto del conocimiento racional los principios, las causas y lo que es absoluto en su género, un hecho aislado, un detalle, una futesa que no esté presente, no puede caer bajo su jurisdiccion, porque obligaria á detener la marcha del tiempo.

Conste, pues, que por este medio, Ashavero no puede hacer camino; mi amigo Oncos dirá si eso es posible por medio de las impresiones.

Un nutrido aplauso acogió estas palabras de Hermes, y todos le felicitaron, menos el banquero judío que sonreía maliciosamente, procurando engullir sendas pechugas de faisán, guarnecidas de trufas, que en aquel momento acababan de servir.

—El señor Oncos tiene la palabra, gritó la condesa.

—¿Se empeña usted en que diga mi parecer? objetó el aludido.

—Lo exijo.

—Debo hacer presente que soy un deplorable orador.

—No importa; que hable, que hable; vocearon los comensales.

—¡Ea! ahí va eso. Señores: añadió tomando una entonacion parlamentaria; vulgarmente se cree que los nervios sienten por sí mismos; esto es un error; el que siente es el cerebro; no se percibe el dolor en la parte herida, sino en el cerebro. No vemos por el ojo, ni por el nervio óptico, sino por el cerebro. Si cortamos el nervio trasmisor no hay vision, como si estirpamos los cuadrágéminos. Solo el hábito nos ha hecho ver las cosas como no son, é indudablemente, dentro del cerebro existe una topografía en los cajones de la memoria, por cuya virtud cada impresion se pinta en lugar determinado. Los músculos y miembros del individuo mandan diputados para que los representen en la cámara de la conciencia, produciendo lo que en Fisiología se denomina la ley de los *efectos escéntricos*.

—Que hable más claro, gritó el tenor con voz melosa; no se le entiende.

—Iba á explicar, señores, la dificultad é inexactitud de las sensaciones, aun de las cosas que ponemos frente á nuestros sentidos; pero hace más al caso actual examinar el hecho creído por gran número de ilusos, de que las funciones intelectuales, cuando se ejercen, no por el cerebro, sino por el *gran simpático*, particularmente en el sitio denominado *plexo solar*, adquieren desmesuradas proporciones, y que lo que se llama *vida nocturna del alma*, es verdad. Pido un ligero descanso para servirme de esta salsa, que, por las muestras, debe ser exquisita.

—Concedido, concedido.

Pero ya la comida tocaba á su fin y el Sr. Oncos no reanudaba su explicacion; antes bien, distraído,

atacó con fiereza los fruteros dispuesto á encontrar en su apetito excusa á tan larga interrupcion.

La rubia marquesa, que queria saber la verdad de las adivinaciones para poder calmar en todo caso la inusitada cólera de su marido, pidió la continuacion del discurso. Unieronse á su voz las de todos los presentes, incluso la del banquero judío, á quien parecia divertir en extremo aquel torneo científico.

—Dejémosle concluir, dijo la condesa observando que el médico acometía los melocotones.

—Estoy á vuestras órdenes, afirmó éste abarcando con una mirada á toda la concurrencia. Yo habia callado por no molestar, con insulsos argumentos, á tan distinguida reunion.

—¡De ningun modo!

—¡Tenemos mucho gusto!

—¡Queremos saber la verdad!

—¡Que hable, que hable! fueron las exclamaciones que se oyeron por todos lados.

—Pues bien, señores, decia que la vida nocturna del alma es un disparate parecido á la creencia de los gnomos, trasgos, baladros, demonios, brujos y mágicos; que los iluminados, poseidos y vampiristas, al cambiar los tiempos, toman otros nombres y se presentan con mayor decoro ante la sociedad, vestidos de frac y corbata blanca, moviendo veladores, invocando espíritus y echándoselas de psicógrafos, sonámbulos y adivinos.

Pero como las leyes de la naturaleza son inmutables, nadie puede oír sino por el oído, ni ver más que por los ojos; así que, despues de larguísimas experiencias, los sábios se han convencido de que el nervio trisplánico no ejerce ninguna funcion extraordinaria, fuera de las que especialmente le están encomendados en la economía animal. Las ideas no entran más que por los sentidos y estos están limitados por el tiempo y por el espacio.

No hay milagros, ni fantasmas, ni más espíritus que el de vino. Las combinaciones de los juglares y farsantes pueden distraer, pero no convencer á ningun hombre científico.

¡Pero qué nos extraña si todavia hay quien tema casarse en martes, ir al teatro en viernes y formar el número trece de una reunion!

Nadie aplaudió al Sr. Oncos, porque las verdades fisiológicas, como más tangibles, entran mejor en los entendimientos. El vulgo quiere más bien aturdirse en una palabrería incomprensible que ver derribadas fácilmente ilusiones carísimas.

Todas aquellas buenas gentes habian soñado por un momento en que Ashavero les abriese las puertas de la felicidad y de pronto adquirian la conviccion de que el adivino era un farsante. ¡La realidad es siempre cruel!

—¿De modo que no hay nada contrario á la naturaleza? preguntó la flemática rubia, cuyo rostro pálido y redondo parecia una patata cocida.

—Nada, dijo con seriedad el doctor Hermes Venidero.

—Nada, repitió en el mismo tono el doctor Oncos.

El banquero soltó de su boca de espuerta una carcajada estridente, de esas que, segun Homero, son patrimonio de los dioses.

El furioso simoun desencadenándose en el comedor, no hubiese producido tan terrible efecto.

Todos miraron al opulento israelita cuya risa parecia inacabable. Fué un movimiento instintivo del que apenas nadie pudo darse cuenta. Despues de tan científicas explicaciones, aquella carcajada, gera una burla ó una protesta?

—Se conoce que el Sr. Ruben no participa de la opinion de los dos sábios que acabamos de oír, dijo la condesa.

—Precisamente, señora, soy de opinion distinta, contestó el Sr. Ruben conteniéndose á duras penas. Creo á piés juntillas en el sobrenaturalismo.

—¿De veras? gritó Hermes con el gesto más insolente que su orgullo filosófico pudo encontrar.

—Y tan de veras; es más, afirmo que Ashavero puede adivinar cuanto se le antoje, y emplazo para mañana, en que pienso visitarle, al más incrédulo, seguro de convencerle. ¿Quiére Vd. apostar dos mil reales á que acierto?

—No tengo inconveniente, sobre todo por la esperanza de desengañar á Vd., contestó Hermes.

—Yo quisiera ser de la partida, indicó la condesa.

—Y yo, añadió Oncos: Vd. nos acompañará tambien marquesa.

—De ningun modo, dijo la Casahubiel: no quiero convencerme cuando ya dudo.

—Mañana, á las diez en punto, aquí: acentuó la condesa poniéndose de pié. Y como se habia acabado la comida pasaron todos al salon.

En el resto de la noche no se volvió á hablar del asendereado asunto de las adivinaciones, y se pasó la velada hablando de arte, de los recientes triunfos teatrales, de las modas vigentes y murmurando de todos los amigos y conocidos, es decir, en intimidad y confianza.

Cuando las puertas del hotel se cerraron y el ruido del último coche se perdió á lo léjos, la condesa se retiró á sus habitaciones.

Durmióse con la esperanza de que el doctor Hermes Venidero, cuya simpática figura le agradaba, venciese al banquero Ruben, pero los sueños tienen ocurrencias caprichosas, y la loca imaginacion de Julia forjó aquella noche mil fantásticas quimeras de todo punto contrarias á las leyes naturales.

Soñó que el israelita, radiante de luz, le descubria los más escondidos arcanos, explicándole los misterios de aquella ciencia oscura y maravillosa. Empezaba á iniciarse en sus secretos, cuando Luisa la despertó.

CAPÍTULO II.

ASHAVERO.

Lo bueno, lo verdadero, lo bello; hé ahí el ideal de siempre.

El doctor Hermes creia facilísimo ser perfectamente bueno y sábio, que es la única necesidad que discurren los hombres de talento; pero en punto á belleza tenia opiniones diferentes, segun el sexo. Pensaba que las mujeres cumplieran con todas sus obligaciones siendo hermosas, y estimaba que los hombres no alcanzan nunca la perfeccion, aunque sus líneas sean tan correctas como las del Apolo de Belvedere.

Y no es porque su persona mereciese estas creencias, que en verdad se compaginaban mala-

mente con su elevada estatura, grandes ojos, recta nariz, y el gracioso rumbo del bigote que sombreaba su viril rostro.

Gran metafísico y hábil silogista, era tan apocado y cobarde delante de una mujer, como enérgico y batallador en los Ateneos y Academias, si bien su natural bondadoso le inclinaba á no exagerar opinion alguna.

Mil veces habia considerado como una proporcion magnífica á la condesa de Villarmentero, otras tantas intentó declararla su cariño, pero la mezquina idea que él tenia formada de sí mismo le contuvo siempre.

Tan temeroso estaba, que no advirtió las singulares distinciones de que Julia, abiertamente, le hacia objeto, y tomando por desden el despecho, y por ódio el enamoramiento, le hablaba de asuntos insignificantes cuando ella pedia hipérboles amatorias y fogosísimas declaraciones. ¡Y eso que tenia el convencimiento de conocer como nadie el alma humana!

A pesar de estos extravíos, disculpables en un filósofo enamorado, Hermes procuraba, por los medios que á su alcance habia, ser agradable á Julia, y Julia se dejaba querer lamentando rabiosa la excesiva prudencia que el metafísico usaba en las cuestiones de amor, que es de suyo turbulento, atrevido y contrario á la lógica, como pasion, al fin.

La cita matutina le hizo caer en la cuenta de que debía aprovechar la ocasion que de encontrarla sola se le presentaba, disparando á la condesa la más larga y rendida endecha que enamorado alguno hubiese concebido.

Levantóse con el alba y se vistió con tanta prisa, que al poner el pié en la calle no habian dado las siete. Medroso de parecer indiscreto si visitaba á la condesa en aquellas horas, recorrió la villa, haciendo tiempo, como decimos los españoles; mas tantas calles anduvo y tanto prolongó el paseo, que al llegar al hotel eran las diez y cuarto, y el doctor Oncos y el banquero judío y Julia, sobre todo, aguardaban impacientes su llegada.

—Ya era hora, le dijo ésta al entrar.

—Perdonen ustedes, la cita es á las diez y son escasamente las nueve, balbuceó Hermes excusándose.

—¿En qué reloj? preguntó el banquero.

—En el mio, que está ajustado al meridiano... Tienen ustedes razon, dijo mirando su cronómetro.

—¿Pero qué has hecho por esos mundos, por que tu criado me ha dicho que has salido temprano? dijo Oncos.

—Pasearme.

—¿Pasearte, con la lluvia que cae?

—Llevo paraguas.

—Nos lo figuramos al ver á usted tan enjuto, dijo burlonamente la condesa.

El Sr. Venidero se puso colorado como un pavo. Estaba hecho una sopa.

—No se preocupe usted; mandaremos un criado por otro traje; se apresuró á indicar Julia viéndole apurado; de todos modos es temprano.

—Son las diez y veinte, dijo Oncos.

—No importa, Ashavero aguardará; añadió la condesa sonando un timbre. Apareció un criado y Hermes le entregó una tarjeta para su doméstico.

—¡Maldita lluvia! dijo el banquero que tenia buen corazon, al ver la cara compungida de Hermes.

—Yo no sé cómo consiente el sol tal infamia, apuntó la condesa.

—¡Consentirlo el sol! Pues si es precisamente él el que tiene la culpa; objetó Oncos, que no podia tolerar los errores científicos.

—Hombre, explícanos eso, mientras traen la ropa que han ido á buscar; Julia se entretendrá con la disertacion.

—¡Oh! sí, sí, ya sabe usted que tengo mucho gusto, añadió la aludida.

—El asunto es sencillísimo, y puede proponerse del siguiente modo; si el sol no existiera, no habria lluvias, y lo que parecerá más sorprendente desaparecería la nieve de las cimas de las montañas y los rios de las llanuras.

—Me parece mucho exajerar, dijo el banquero en tono de burla.

—Aguarde usted, es preciso juzgar con datos para hacer tales afirmaciones.

Remontemos con la imaginacion la corriente del rio más caudaloso; desde el sitio en que sus dulces aguas se confunden con el mar, el rio empieza á disminuir, á medida que pasamos los afluentes que lo nutren, se convierte en arroyo, á poco es un riachuelo, más adelante degado hilo de agua que brota de la falda de un monte. (1)

Las montañeses nos dirán que en el invierno las lluvias ó nieves caen abundantes en las cercanías, aquel hilo de agua que fluye de la piedra se mantiene por esta causa. En las épocas de sequía desaparece y aumenta en los lluviosos.

¿Quién produce la lluvia? Las nubes, contestará al físico ménos profundo.

¿Qué son las nubes? Vapor de agua, responderá de nuevo.

Sabido es que un líquido pasa al estado de gas, por medio del calor.

¿Qué calor hace evaporar el agua? El del sol; he ahí por qué dije que si éste no existiera, desaparecerían la lluvia, los rios, la nieve.

—Pues qué, ¿el vapor de agua se convierte en lluvia ó en nieve? preguntó el banquero que no estaba muy fuerte en metereología.

—Ya lo creo, afirmó Oncos. Usted habrá visto un alambique y notado que de los dos recipientes principales, el uno está expuesto al calor y el otro no.

—Es verdad, dijo como recordando el israelita.

—El mundo no es más que un inmenso aparato de destilacion; el sol, al enviar sus rayos al Océano de los trópicos, hace el papel del fuego que pone en ebullicion el líquido de la caldera. El agua calentada se evapora, y más sutil que el aire sube á inmensas alturas hasta encontrar las corrientes alisias; unas veces tropieza con ambientes tibios que de vapor la convierten en nubes, en polvo acuoso, es decir, en una aglomeracion de pequenísimas gotas; si la temperatura está á cero, el agua cae en forma de flores de nieve con seis variados pétalos cada una, ó descende en gruesas gotas trocada en lluvia si no lo está.

(1) Tindall.

En el mundo, como en el alambique, el frío condensa los vapores.

El agua evaporada en los trópicos se transforma en nieve al llegar al polo. Suprimid el sol y no existirá el rocío; hé ahí el sublime encadenamiento de la naturaleza.

—¡Toma! Pues no había yo caído en ello, exclamó el banquero.

—Ni yo, afirmó la condesa; ¡qué bonito es saber todas esas cosas! Diga usted, ¿si el aire de la calle fuera muy frío y aquí hubiere vapor de agua?...

—Lo hay, señora; nuestros pulmones lo expelen en gran cantidad.

—No es eso lo que quiere proponer la condesa, dijo el doctor Hermes; si en la calle hiciera una temperatura bajísima y de repente se abriesen las puertas, ¿podría llover en esta sala?

—Y nevar. En algunos bailes públicos de Rusia se ha producido este fenómeno, y el mismo accidente se observa todos los inviernos en las caballerizas subterráneas de Erzerum.

—Quisiera ver nevar en mi alcoba, saltó alegremente la condesa. ¡Qué bello sería presenciar la caída de los copos sobre la cama!

—Estoy á sus órdenes, dijo Oncos inclinándose; á bien poca costa puede usted satisfacer ese capricho.

—¡Diantre lo que sabe este hombre! murmuró por lo bajo el banquero, como si se avergonzase de su involuntaria admiración.

—Una pregunta debo hacer, añadió Hermes; cuando yo acompañé al insigne profesor Tindall al mar de hielo de Los Alpes hicimos curiosas averiguaciones. Un termómetro metido en el hielo señalaba la temperatura de cero.

—Era lo más natural.

—Aguarda: el mismo termómetro marcaba cero sumergido en la corriente del agua que brota del hielo. Luego si el agua puede estar á la misma temperatura del hielo, no es calor la causa de uno ú otro estado.

—Cojido, cojido, gritó la condesa.

—Todo lo contrario, señora; eso prueba más y más mi teoría; el momento de la solidez y la licuación se tocan: á una milésima sobre cero el agua se liquida, á una milésima bajo cero el agua se solidifica. Todo el calor del sol se invierte entonces en liquidar el hielo sin que aparezca sensiblemente en el cambio; por eso se llama calor latente.

—¡Y cuán fácil le es al sol operar maravillas! objetó el banquero.

—No tan fácil; ¿sabe usted la cantidad de calor que necesita para evaporar una libra de agua del Océano de los trópicos? Exactamente, en números redondos, mil veces la que hace falta para calentar en un grado la temperatura de una libra de agua; es decir, lo bastante para elevar á 10 grados una libra de oro, ó lo que es lo mismo, para evaporar una libra del Océano de los trópicos el sol debe gastar 10.000 veces tanto calor como hace falta para calentar en un grado una libra de oro. Este metal se funde á 2.000 grados; de manera que por cada libra de agua evaporada en los trópicos ó congelada en los polos, el sol ha podido fundir cinco libras de oro.

Y como en este punto llegase el criado con la ropa, Venidero retiróse á otro gabinete para tro-

car la mojada vestidura que, según él, tan en ridículo, le había puesto ante Julia.

Veinte minutos después, nuestros amigos atravesaban el zaguán de una hermosa casa de la Carrera de San Jerónimo. En la puerta, dos negros cartelones tenían impreso en tinta roja el fatídico nombre de Ashavero. La escalera estaba alfombrada de oscuros tapices, salpicados de diabólicas figuras que parecían bailar una danza infernal y canallesca; en los rellanos, macetas en forma de dragones sostenían cactus monstruosos, que semejaban á liliputienses y cabezudos bufones, dispuestos á burlarse de los crédulos; la tibia luz que se filtraba por los esmerilados cristales de la alta claraboya envolvía en misteriosas sombras los objetos como si se quisiera preparar á los visitantes con tinieblas para toda serie de maravillosas revelaciones y clarividencias, ni más ni menos que el corredor de los panoramas se oscurece poco á poco para que el efecto del pintado lienzo sea mayor.

Un gran tarjetón advertía que los empleados tenían orden expresa de no dejar pasar á nadie que no fuese provisto de la correspondiente papeleta de invitación.

—¡Qué contrariedad! exclamó la condesa; nosotros no estamos invitados.

—Lea usted esta nota, dijo Oncos.

—Julia leyó: «Las invitaciones podrán recogerse en secretaría mediante el pago de 100 rs. cada una.» ¡Qué gracioso!... y qué caro.

—Ashavero es un adivino de lujo, y lo superfluo hay que pagarlo á elevado precio, dijo Hermes con voz temblorosa, porque el brazo que la condesa apoyó en el suyo comenzaba á hacerle olvidar toda la filosofía.

Oncos sacó los billetes viendo que el banquero Ruben se hacía el remolón y no andaba todo lo listo que de su opulencia podía esperarse.

Entraron por fin en un gabinete circular, en donde permanecieron breve rato aguardando que el Sr. Ashavero se dignase recibirlos. Un negro, alto como un varal, vestido de colorado, anuncióles que el zahorí parisiense estaba dispuesto. Siguiéron á tan extraño guía por larguísimo corredor.

Cuanto más se acercaba el momento de la prueba, más confianza tenía Julia Villarmentero de que el judío perdiese su apuesta, y tomaba parte en esta seguridad, tanto el afecto que por el doctor sentía, cuanto la evidencia con que á sus ojos juzgaba irrealizable el sobrenaturalismo.

Creía imposible que, sin más ni más, un mago se filtrase en su cerebro y diese vueltas en el interior haciendo pensamientos é ideas. ¡Pues que, es tarea fácil sorprender los misterios de la naturaleza!

Algo como lejano rumor de cañonazos le hizo volver á la vida real. Estaban en una sala elegante, en cuyas paredes retumbaba el trueno; diríase que cien tempestades habían organizado monstruoso coro, bajo el finísimo raso amarillo que recubría el salón. De rato en rato una llama azul azotaba el techo, deslumbrando por un instante á nuestros amigos. Parecía que estaban en el interior de fragorosa nube nutrida de eléctricas amenazas é intangibles tinieblas.

Julia, temblando como gacela perseguida, buscaba, á la luz de los relámpagos, en la cara de Oncos, la explicación de tan extraños fenómenos,

—No haya miedo, dijo éste; el techo está recubierto de planchas de cobre, y una pila potente y la bobina de Rumkhorf hacen lo demás.

—Si esto es ridículo, añadió Hermes; no veo la necesidad para adivinar y ser profeta de que los criados se ocupen en arrastrar latas de petróleo y regaderas inservibles.

—Todo es bueno para dar color, insinuó Ruben.

—¿Pero no nos pasará nada? preguntó la condesa con timidez.

—Claro está que no, saltó Oncos; ya tendrá buen cuidado Ashavero de aislar las descargas, porque á la verdad, son tan fuertes que podrian matar á un buey.

—No exagere usted tanto, señor don Juan, dijo un hombre ni viejo, ni joven, ni alto, ni bajo y de color indefinible, que, vestido irreprochablemente de etiqueta, se presentó en medio del recinto sin que le precediera el más lijero ruido.

Un observador atentísimo hubiese podido notar que el Sr. Ruben Tsaquin disimuló malamente un movimiento de asombro, como si quisiera reconocer en Ashavero á algun vetusto amigo.

—¡Hola! Me conoce usted, exclamó Oncos.

—Tengo ese gusto, y puesto que ustedes no han de sorprenderse por falsas maravillas, haré que enmudezca el trueno, cese el rayo, y benéfica y dulce luz nos ilumine.

Al pronunciar estas palabras Ashavero, fustigaba el aire con sus manos.

Por encanto, el horrísono fragor y el hormigueo eléctrico, que convertia el oscuro techo en gigantesca pavesa de papel recién quemado, cesaron; y una blanca esfera que en el centro de la habitación habia, se iluminó de repente con tibia y suave claridad.

Entonces pudo ver Oncos que el embaucador traspirenáico era un hombre proporcionado en toda la estension de la palabra; ni una facción pronunciada, ni un detalle descuidado.

Ni por el aspecto exterior de su persona, ni por el reposado acento de su voz, hubieran deducido los visitantes la nacionalidad del adivino, si los periódicos no hubiesen publicado oficiosamente que Ashavero vió la luz del día en la patria de los placeres y de los ensueños; en París.

—Esperaba la visita de ustedes; señora condesa de Villarmentero, beso á usted los pies; Sr. Hermes, deseaba de todas veras ser su amigo; ¡hola! Ruben, te saludo.

Todos estos cumplimientos fueron acompañados de la más fina cortesía.

Al notar la amistosa acogida que el zahorí hizo al banquero israelita, Oncos y la condesa soltaron la carcajada.

Venidero permaneció tranquilo, por que él, filósofo por hábito, no gustaba de juzgar las cosas ligeramente. A soltar la risa que le bailaba por todo el cuerpo, ¿quién sabe si despues no hubiera tenido que arrepentirse?

Y bien mirado, esto, para un metafísico de fama, era más sério de lo que puede suponer cualquier ignorante de sentido comun.

En cambio, el Sr. Ruben, despues de ponerse muy colorado, habia concluido por arrojar en brazos de Ashavero, murmurando, bajito, muy bajito. —¡Amigo del alma!

Extinta la risa de Oncos y la condesa, terminada la estulta seriedad del doctor Hermes Venidero, y digo estulta porque hay ocasiones en que la meditación profunda se acerca á la estupidez, y acabados los trasportes cariñosos del buen Ruben, el adivino habló de esta manera:

—La señora, y el amigo Oncos, se rien de nuestro reconocimiento, amigo Tsaquin, y nos juzgan anteriormente confabulados para que tú ganes la apuesta de los dos mil reales á nuestro amigo el doctor Hermes, á quien á pesar de su seriedad aparente, le retoza la burla en el cuerpo. Pues bien, yo no sabia que mi amigo Ruben estuviese en Madrid, y créanlo ustedes ó no, nuestro compadrazgo, que data de antiguo, no ha podido, en la ocasión presente, coaligarse contra su buena fé. No habríamos sabido ocultarlo?

—El convenio no ha podido salir peor, dijo Oncos riéndose como un insensato.

—Pero hombre, añadió la condesa dirigiéndose al judío, parece mentira que sea usted tan tacaño; por no perder dos mil reales vino usted á ponerse de acuerdo con el señor.

—Condesa, yo ruego á usted no haga de mí ligeras apreciaciones que pudiesen resultar juicios falsos.

Julia le miró con profundo desdén, porque ella, que era tan generosa é incapaz de aborrecer, al encontrar un miserable le odiaba con todo su corazón.

—Procedamos por partes, dijo el doctor Hermes; ¿usted afirma, Sr. Ashavero, no haber visto al Sr. Ruben hasta este instante, ni haber recibido indicación de ninguna especie acerca de nuestra visita?

—Lo afirmo y lo juro si es preciso.

—¿Está usted decidido á demostrarnos que posee conocimientos extraordinarios que traspasan los límites de la natural inteligencia?

—No tengo inconveniente en ofrecer á ustedes débil muestra de mis facultades proféticas y sorprendentes adivinaciones; despues de todo, me hace falta ejercitar estas agilidades del espíritu.

El Sr. Ruben hacia funcionar en aquel instante la cara más inocente de su repertorio.

—¿Qué tengo yo en la mano? Preguntó Oncos metiéndose una en el bolsillo y mordiéndose los labios para no soltar la más épica de las risotadas que incrédulo materialista hubiera enjendrado.

—¡Señor mio! Mi ciencia no es el arte ramplon y juglaresco que los charlatanes pregonan como el *non plus ultra* del saber; yo no manejo con rara habilidad naipes ni cubiletes, ni escamoteo bolas de marfil, ni sonajeantes cascabeles; no vomito cintas tras de comer estopas, ni guardo en mi chaleco peceras con fundas de *caoutchouc*, preñadas de agua clarísima y peces de colores; mi ciencia es superior á todas las destrezas que usted, hombre estudioso, ha podido entrever ni soñar.

—¿Pero no acierta usted lo que pregunto?

Ashavero enrojeció hasta el blanco de los ojos y su rostro se contrajo con la mueca más acentuada del desprecio.

Víctor Hugo, condenado á escribir tan sólo la cuenta de la lavandera, no se juzgára más ofendido.

El doctor Hermes, que se creía el más profundo de los psicólogos, vió que el orgullo apiñaba nubes en el espíritu del adivino como el viento las agrupa en una serena tarde de verano; y queriendo intervenir como persona docta y entendida en toda clase de fenómenos, y juzgando que un sócio honorario de todas las Academias posibles debía evitar á todo trance cualquiera desavenencia, dijo:

—Seguramente, amigo Oncos, el señor no estaba preparado para esta clase de combinaciones, y tú no has debido ponerle en el aprieto de confesar su insuficiencia; pudiste contentarte con las muestras que él se sirviera ofrecernos sin procurar inconvenientes ni rozamientos; su ciencia es más elevada, porque trata... trata... En verdad, caballero, usted no nos ha dicho de qué trata.

—Certo, añadió la condesa, ya aburrida de no decir nada.

—No lo digas, maestro; vociferó Ruben mientras su fisonomía ejecutaba con destreza los repliegues y trazos de la ansiedad.

—Apuesto cualquier cosa á que es el arte de hacer dinero, dijo Oncos, cuando este bribon archimillonario tiene tanto interés en que se oculte. Y viendo en aquella escena la más inocente de las faras, guiñó picarescamente un ojo á Julia levantando los hombros y estirando el labio inferior, como si quisiera dar á entender con ello que estaba al cabo de la calle.

Sonrió los visajes la condesa, á pesar de que su curiosidad femenil sentíase fustigada por el movable rostro del israelita, que tan pronto aparecía sereno y bonancible, como aterrado é iracundo.

Tentado estuvo el doctor Hermes Venidero de echar á un lado la complacencia y comedimiento que observára hasta entonces, y así hubiera sucedido si antes que su inteligencia, tarda en determinarse lo exigiera, no dijese con seriedad estas mismas palabras Ashavero:

—Conviene á mi decoro contestar por partes, y contestar á todos. Usted, D. Juan, tiene sujeto por el dedo índice y el pulgar un hierro retorcido que, con dañada intencion y sigilo, recogió usted esta mañana en su alcoba, poniéndole en el bolsillo del chaleco, creyendo que de este modo era fácil provocar una equivocación.

—¡Demonio! es así como lo dice; exclamó Oncos, sacando un clavo hecho un tirabuzón.

La condesa miró á Ashavero con asombro.

—En cuanto á usted, querido Hermes Venidero, acabo de pensar que para broma es ya pesadísima la que les estoy dando á ustedes.

—Lo confieso; eso mismo he pensado...

—¿De veras? interrumpió la condesa.

—¡Y tan de veras! dijo inquieto y sorprendido el doctor.

—También he de decir á usted que mi ciencia trata (aquí el banquero inclinó con sumisión la cabeza como un reo de muerte convicto y confeso), trata de todos los principios y todas las causas; mejor dicho, mi ciencia comprende, no estudia, como los trozos mezquinos de vuestro saber á que dais aquel nombre, la realidad una y entera: por su medio desaparecen las series y las categorías, no hay sucesiones en el conocer, sino simultaneidades.

Ruben Tsaquin cayó al suelo desplomado, im-

plorando por Jehová que Ashavero no prosiguiese.

—Seguid, gritó imperiosamente Hermes.

—Seguid, gritó á su vez pálido de emoción el materialista Oncos, que bien contra su voluntad veía trasfigurarse al que poco hacia juzgó risible nigromante.

—¡Por nuestro padre Abraham! ¡Por Jacob! decía á voz en cuello el judío retorciéndose frenéticamente como culebra herida.

La condesa estaba pálida y temblando. El sainete se coloreaba con los tintes de la tragedia.

—Decidme, dijo Hermes sin notar el estado de su adorada; ¿es posible que el entendimiento humano abarque por completo esa ciencia que aseguraís conocer?

—Es posible.

—¿Existen en una esfera superior las sensaciones por las cuales conocemos las mudanzas, el tiempo? preguntó Oncos.

—No existe.

—¿Entonces el tiempo nace de nuestra incapacidad? añadió Venidero que era muy hábil en las repreguntas.

—Sí...

—En nombre del Dios de Israel, dijo irguiéndose con extraña fiera Tsaquin, te conjuro para que no pronuncies ni una palabra más: caiga sobre tí la maldición de Jehová y no vean tus descendientes la venida del Mesías, si así no lo hicieres.

Y diciendo esto, sus carnosas manos extendidas parecían aguardar del cielo la confirmación de tan extravagante anatema.

—No temas, Ruben, sé lo que debo decir, y lo que importa callar. Escucha Hermes, continuó apeando el tratamiento al doctor; tú te hallas ostigado por una pasión que te alejará del florido sendero trazado en la vida para tu bien por el que todo lo puede, si no das muestras de viril energía. Una mujer te atrae con sus hechizos, y si las divagaciones filosóficas no lo hubiesen impedido, esta mañana habrías caído á sus pies, humilde como el esclavo ante el señor; te revelo esto para que entiendas que nada se me oculta. Huye de esos afectos terrenales y dedícate con ahínco al estudio de la filosofía, porque descifrar sus arcanos es prepararse para la eternidad.

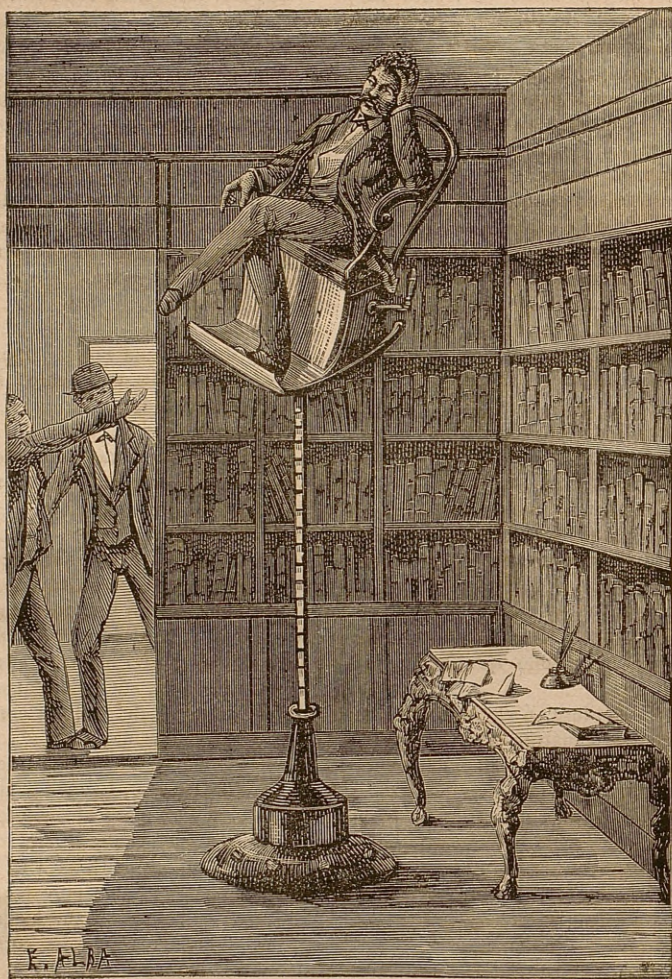
Venidero sintió que intensísima frialdad le helaba el cerebro; aquel secreto que con tanta escrupulosidad guardaba, Ashavero, no sólo lo había adivinado sino analizado con maestría sin igual; sintió sin volverse que la mirada de la condesa le interrogaba, tuvo vergüenza de que el adivino lo encontrase débil y bajó los ojos como el colegial cogido en un renuncio, medroso de no poder resistir la tentación de contemplar á Julia.

—Señor Oncos, dijo Ashavero, no afle usted con sagacidad la pregunta; no puedo hablar de la causa primera porque no me entendería usted; á esa altura del saber no puede llegarse por salto.

—¿Sois el diablo?

—Soy un mortal á quien han condenado á vivir y entretengo mis ócios revelando verdades.— Señores, ha terminado la sesión: condesa, hágame usted el favor de leer esta tarjeta al llegar á su casa.

Ashavero entregó á Julia un pedazo de cartu-



¡Dios mío! si para mí no existiese el tiempo.

lina negra, en la que no se vislumbraba la menor inscripción.

—Señor Hermes... Señor Oncos.

—Decidnos algun nuevo dato de vuestra ciencia.

—No puedo, ¡querido Ruben! quédate, tenemos que hablar.

Nuestros amigos se retiraron muy preocupados; el reconocimiento del banquero con el adivino, sus gestos y contracciones, la extraordinaria penetración de Ashavero, su claridad, todo les confundía y anonadaba.

Cuando la condesa quedó sola en el hotel, ya más repuesta de las pasadas emociones, sacó de finísima cartera la cartulina que el zahorí le había regalado, y la miró con ahinco, como si en ella estuviese escrito su porvenir.

Ni un rasgo, ni una línea, ni la ínfima muestra que pudiese traducirse en gramáticos caracteres se presentó á sus ojos; dió vueltas al regalo entre sus dedos, que parecían de marfil, como si

deseara encontrar en los bordes el secreto de aquella burla.

Tanto la remiró, que al fin logró distinguir blancos perfiles, que se atraían y se apartaban con rapidez vertiginosa; al cabo se fijaron y Julia pudo leer lo siguiente:

«Aquel que es, me encarga que ceses en tus aspiraciones, para atraerte al doctor Hermes Venidero; no tuerzas su destino que le obliga á acometer empresas elevadas. ¿Qué son tu capricho y orgullo al lado de la humanidad? Renuncia á Hermes, lo manda Dios.»

Pensó la condesa que todo aquello era pura intriga del banquero, que la asediaba en regla, y se miró al espejo, murmurando: —Aunque lo mandara el demonio sería igual; vaya con el Sr. Ruben; no le hacia yo tan listo.

CAPÍTULO III.

UN POCO DE CIENCIA.

No era hombre D. Juan Oncos Letale que se

dejase vencer al primer embite; así es, que á medida que se alejaba de Ashavero, refrescábase su espíritu, dando cabida á la burla.

Pero dirán con razon los lectores: ¿y las pruebas y su misma exaltacion?

Que si quieres; apenas el airecillo del Guadarrama apagó con sus frias caricias las fantásticas quimeras que las revelaciones del brujo habian forjado en su espíritu, convenciéndose de que era un mentecato, lo cual, fuerza es confesarlo, parece sobrada humildad en un filósofo de retorta.

Y aún fué más allá, encontró el fundamento de su mentecatez, no en las misteriosas palabras del nigromante, sino en cierta afeccion nerviosa que desde el dia anterior le aquejaba.

Por ventura, un observador pacientísimo como él, segun habia demostrado varias veces, ¿puede exaltarse por algo?

Si en los continuados estudios sobre los tumores pensaba, fija la pupila en el cristal del microscopio, entrecortado el aliento, para que el huracan de la respiracion no hiciese volar un corpúsculo diminuto, el tronco encorvado, los codos en el bufete y la inquieta mano en el graduador; no he tenido la más ligera alucinacion, claro está que la anomalía de hoy debe reconocer otra causa que el esfuerzo de la inteligencia.

¡Oh! Sin duda es la enfermedad: ¿la enfermedad se preguntó, ó la medicina? Eso es, la morfina, ¡pícara morfina! Ella tiene la culpa de mi debilidad. Y como si esto fuera la clave de lo sucedido, se dió una palmada en la frente diciendo: «¡Es claro, el infame banquero tiene la culpa de todo!»

El doctor Hermes, que iba á su lado discurrendo disparatada série de silogismos, miró á su amigo como preguntándole la causa de aquella palmada inexplicable y aquella exclamacion enigmática.

—El Sr. Ruben Tsaquin nos ha engañado con su ridícula comedia, dijo Oncos por vía de explicacion; mas el sábio Hermes, ó no comprendió ó no quiso comprender estas palabras, permaneciendo en un noble silencio.

—Digo, añadió el médico, que hemos sido unos soberanos bestias, es decir, precisamente bestias no, pero algo que se aproxima: ¿no te parece?

—Tal vez tengas razon, conviene, sin embargo, reflexionar bien antes de decidirse...

—Pues, yo estoy decidido; fué pura broma del judío.

—¿Lo crees?

—¡Tomal! ¿Que si lo creo? Ya se vé que sí; pero amigo mio, las conveniencias detienen al más pintado. ¡Ah! A no estar la condesa, le pego dos bofetadas al tuno del nigromante. Tú ya conocerias que yo, aunque al principio traté de seguir la farsa, luego...

—Pero hombre, si fué todo lo contrario, replicó seriamente Hermes.

—Bueno, es igual; añadió Oncos viéndose cojido, á mí no me convencen tonterías. Tú eres tan inocente que darás crédito á un juego de compadres. Mentira parece que seas metafísico.

—Por lo mismo no debo ser ligero en mis análisis.

—Es claro; si á un metafísico se le dice que los otros de Colmenar tienen alas, debe acoger la no-

ticia con seriedad; ¡ea! vete al diablo con tus sensiblerías y ridiculeces.

Don Juan Oncos se alejó manoteando y hablando á voces, seguido de una turba de chiquillos.

Hermes Venidero ni siquiera advirtió la despedida del médico: siguió tranquilamente su camino y entró en su casa sin darse cuenta de lo que hacia.

Por las noticias que el criado dió quince dias despues á don Juan, sabemos que aquella noche apenas probó bocado, durmió inquieto y se levantó al rayar el dia entregándose con ardor inusitado á revolver libroles y papeles que por lo rotos y amarillentos debian ser antiquísimos.

Como era época de vacaciones, el sirviente no tuvo que avisarle la hora de clase, y como le tenia prohibido que nadie le molestara é interrumpiese cuando él se encerraba en el gabinete, no entró, y así se pasaron las horas, los dias y las semanas sin que tomase alimento.

—¿Y qué hace? preguntó Oncos al saber tan extraña novedad.

—Parece que no le conoce usted; contestó el criado que era un licenciado de ejército, truchiman de siete suelas y pícaro redomado; ¿que qué hace? Pues conversar con su yo.

—¿Y no come?

—No señor.

—¿Estudia?

—Ya lo creo; encaramado, en aquella poltrona de manubrio que tiene en el gabinete y á veces cuando se queda en suspenso da vueltas al manubrio y sube hasta tocar el techo y allí cierra el libro y hace visajes á los dibujos del papel abriendo cada ojo como una catedral.

—¿Y no te habla?

—Sí, señor, por las mañanas cuando entro á despertarle me dice lo de todos los dias.

—¿Y qué te dice todos los dias?

—¡Conchis! ¿No lo sabe usted? Me mira muy formal y dice con aquella voz que tiene que parece un órgano, dice: «Sé bueno, Perico, para que vayas al sol con don Juan y conmigo.» Diga usted, ¿y por qué querra siempre que vayamos al sol; no sería mejor en el verano quedarnos á la sombra?

—Efectivamente, dijo don Juan que á duros trances podia contener la risa.

—Pues yo, insistió Perico, como hace quince dias que no come, ni bebe, ni pasea, ni nada, y recibe cartas que no abre, y da voces á media noche y pronuncia nombres que no entiendo, dije: «¿sabes una cosa Perico? Deber ir á ver al señorito, y participarle lo que hay, porque sino al amo le rezan el *gori-gori* en ménos que canta un gallo. Y aquí estoy.

—Has hecho bien, aunque debiste venir un poco antes, porque ahora estará el pobre clareando.

—Hecho un San Lázaro, señorito, hecho un San Lázaro; ayer al enjugarse, cuando salió del baño con la sábana, se me figuró que habia concluido otra vez la guerra de Africa.

—¿Por qué, hombre?

—Porque parecia una bandera de paz.

—¿Y no te ha hablado de mí?

—Ni esto, señorito; y Perico chasqueó la uña del pulgar contra los dientes de la mandíbula superior.

—¡Eal! Pues vamos á verle, no sea que con el poco dormir y el ningun comer se le agüen los sesos como á Don Quijote.

Entraron en la habitacion sin mover ruido: Oncos se asomó por el ojo de la llave del despacho.

Venidero empezaba en aquel momento á dar vueltas al manubrio, elevándose poco á poco. Sabido es que varios profesores de filosofía han tratado de asociar la alteza de las ideas con la elevacion material.

Hermes, que conocia el sistema, lo aplicaba desde antiguo siempre con grandes resultados. Segun él, si los peripatéticos no llegaron nunca á la verdad esencial, fué por no haber alternado los paseos con los equilibrios á inmensa altura. Un filósofo funámbulo seria el colmo de la mayor potencia inteligente siguiendo esta teoría. Y como corolario podria aceptarse, que cuando se viaje en globo aumentarán los conocimientos humanos.

Terminada la ascension y los gestos y visajes del doctor Hermes, su amigo Oncos abrió la puerta y entró en el estudio, pequeño cuarto de regulares dimensiones; abierto á todas las luces y lleno de libros hasta los topes.

—Buenos dias, amigo, dijo jovialmente Oncos.

—¡Hola! Me alegro que hayas venido; tenia que hablarte, contestó en el mismo tono, pero con desfallecida voz Venidero.

El médico se asombró; no esperaba aquella respuesta. Hermes empezó su descenso con tranquila magestad; estaba cambiadísimo, pálido, flaco, verd negro; parecia la estampa de la heregía hecha por algun místico inquisidor. Sus ojos, rodeados de cárdenos círculos, como si se hubiesen concentrado allí todos los oscuros pensamientos que en su conciencia bullian, le daban fatídico aspecto.

—¿Qué flaco estás?

—He estudiado mucho en estos quince dias; puedo decir como el personaje de Goethe: «derecho, filosofía, medicina y hasta teología; todo lo he estudiado. Y á pesar de esto, no salgo de mis dudas y cavilaciones; las sombras que me rodean son cada vez más espesas; la luz huye de mis ojos y mi espíritu se abate en esta lucha titánica, temiendo que, como á Jacob, el ángel del Señor toque el nervio que sostiene mi energía, cuando más cerca vislumbre la victoria.

—Hay un medio para conservar la energía siempre.

—¿Cuál?

—Comer. ¿No te parece que debíamos almorzar?

—No tengo ningun inconveniente: hace tiempo que no como; quince dias.

—Lo sé: por eso he venido á verte.

—Con el estómago repleto no se puede discurrir bien, y yo tenia necesidad de tener muy clara la inteligencia.

—No me parece mal; pero puesto que yo he venido y tengo hambre, supongo que me acompañarás á la mesa.

—Vamos allá: ¿no te he dicho que me alegraba de verte? Mis estudios cesan, al aparecer la alegría; ¡son tan serios!

Oncos llamó á Perico, encargándole que trajese del café más inmediato algunas viandas apetitosas,

y procurando demostrar el buen humor, que en él era proverbial, aunque estaba triste y afligido, de ver tan postrado al doctor, empezó á discurrir toda clases de epigramas, sátiras y chistes.

Hermes continuó taciturno: concluido el almuerzo, quedóse mirando fijamente á su amigo, y le dijo:

—¿Tú crees en el Darwinismo?

—Creo á cierra ojos; pero pongámonos de acuerdo: tú con el nombre de Darwinismo comprendes la teoría, la seleccion; mas es preciso que tengas en cuenta que las ideas fundamentales de la teoría evolutiva y casi la totalidad de la doctrina genealógica, ha sido formulada por Lamarek en 1801, época en que publicó su *Filosofía zoológica*. Es decir, la parte de la teoría evolutiva que afirma que las distintas especies vegetales y animales, no son más que variaciones de una sencillísima original forma comun debe llamarse Lamarekismo y Darwinismo á la teoría de la seleccion, que afirma el cómo y por qué de las variaciones orgánicas.

Ahora bien; creo en el Lamarekismo, y me parece aceptable el Darwinismo.

—¿Pero aseguras que se transmiten por herencia las condiciones y aptitudes?

—Indudablemente el análogo engendra su análogo; la manzana no cae lejos del árbol, dice el proverbio. Todo el mundo encuentra natural que un olmo no dé peras, ni un caballo enjendre serpientes. La herencia es el punto más importante de la teoría de la seleccion, y los jardineros y criadores se aprovechan de sus leyes para obtener asombrosos resultados.

—¿Se transmiten sólo las facultades heredadas?

—Y las adquiridas durante la existencia, por el clima, alimentacion, educacion, etc.

—¿Se puede explicar materialmente el gran misterio de la generacion?

—Ya lo creo. La generacion no es posible sin huevo y sin animales espermáticos; el óvulo procede de la madre, los espermatozoides del padre; esto nos dá una ley fija; la herencia es la continuidad material; la identidad, mejor dicho, de la materia; cada hijo tiene un poco del padre y otro de la madre.

—Entonces la ley que equipara con respecto á los hijos los derechos de la madre á los del padre, ¿es justa?

—Justísima, dentro de la naturaleza, porque en cada acto reproductor pasa al hijo una cantidad del protoplasma ó de la materia albuminóidea de los padres, y con aquel protoplasma es transmitido al mismo tiempo el modo característico especial del movimiento molecular. Estos movimientos, causa de la vida, son distintos en todos los hombres; por eso ningun hombre se parece á otro, aunque todos los descendientes son análogos á sus ascendientes, porque heredan sus aptitudes.

—Espera: segun el testimonio de este libro de familia, mi abuelo tenia la facultad de ver las cosas en ménos tiempo que ningun otro hombre, contaba de repente, y sin equivocarse, el número de soldados de una revista, y sumaba en medio segundo una série tal de cantidades que el más listo matemático hubiera tenido que emplear dos semanas para hacer lo mismo.

Mi padre, según aquí se justifica, yo te aseguro, y tú reconoces, heredó esta facultad aumentándola por medio del ejercicio, tanto, que á él se debe el recuento de las estrellas y por él sabemos que son 18 las de primera magnitud, 60 las de segunda y las de tercera 200; que la cuarta reúne 500, la quinta 1.400, la sexta 4.000, la séptima 13.000, la octava 40.000, la novena 120.000 y la décima 370.000.

Mi padre fué el primero que rectificó el cálculo de Arago, diciendo que el total de estrellas visibles hasta la décimacuarta magnitud es de 43.000.223 y no de 43 millones como aseguraba aquel sábio.

—Sí, sí, recuerdo que tu padre tenía una vista asombrosa.

—Haz memoria de la facilidad que adquirió para contar, hasta el punto de que le era completamente imposible prescindir de ella, aun en las conversaciones particulares. ¡Cuántas veces le habrás oído decir, refiriéndose á algún amigo: «Fulano tiene en su cabeza 2.000.056 cabellos.» ¡Buena cabellera!

—Ahora recuerdo que cuando le presentaron al general Rubio le dijo el segundo día de conocerle: «General, esta noche le han arrancado á usted dos pelos del bigote: ayer tenía usted 244, y hoy no son más que 242.»

Y el general, que era muy incrédulo, se hizo afeitar para contarlos.

—¿Y la cifra salió exacta?

—Es cierto; estás en los pormenores. Pues bien; ¿esa facultad extraordinaria puede haber pasado á mí?

—Indudablemente; ¿quién no conoce la exactitud con que se trasmite la fisonomía y la conformación artística de la cara? Pero bueno es tener en cuenta que esta semejanza de la herencia unas veces sigue la línea masculina, otras la femenina y otras el legado es mezcla confusa de las dos ramas originales.

No sólo se adquieren por este medio las afecciones patológicas, la tisis, la sífilis y las enfermedades mentales, sino también la inteligencia, el orgullo, la audacia, el talento, la actividad, la melancolía, el carácter ductil, en suma, parece que estos hechos están llamados á demostrar que el alma humana, como la de las bestias, no es otra cosa que un producto de la materia ó la suma de los movimientos moleculares ejecutados por las partículas del cerebro.

—Bueno, bueno, eso no me importa; el resultado es que, según los últimos adelantos científicos, yo debo tener la aptitud para ejecutar lo que con tanto aplauso de los sábios hicieron mi padre y mi abuelo.

—Claro está que sí, y mil veces has demostrado, al contar de pronto los puntos en el dominó, que eres hijo de tu padre.

—Perfectamente; ¿y podría aumentarse esta facultad?

—Ya se vé que sí: por la educación, por el hábito, por la adaptación. Habrás notado la diferencia que existe entre los músculos de un gimnasta y los de un hombre perezoso.

—Pero, aparte del ejercicio, ¿no hay otro modo de desarrollar las facultades?

—Ya lo he dicho: uno de ellos, quizá el más im-

portante, es la nutrición, tomando esta palabra en sentido lato, comprendiendo todos los cambios que el organismo sufre por las condiciones de existencia ó la influencia del medio viviente; es decir, que las sustancias alimenticias, el agua, el vino, el cercano bosque, la brisa del mar, la configuración del suelo, todo es parte para los efectos de la adaptación.

Reflexiona un momento de qué manera entorpecen la energía del hombre, y su estado moral, el color de cielo y la temperatura del aire. ¡A cuántos no entristece un día nublado!

Nuestra potencia intelectual, no lo ignoras, varía según lo que hayamos bebido, té, café, vino ó cerveza; nuestros deseos y sentimientos cambian, según estemos con hambre ó ahitos.

—Tienes razón; pero veo que es un arte más complicado de lo que yo creía.

—Es difícil comprenderlo, por una explicación más en la vida funciona con perfecta regularidad, sin que nadie se dé apenas cuenta de ello: los hombres de las montañas son fuertes, resueltos, tenaces, teniendo necesidad de luchar con la naturaleza para vivir, ejercitan sus fuerzas y combaten diariamente con ella para procurarse lo necesario: los de la ribera son audaces, atrevidos, amigos de las aventuras y de correr en busca de lo desconocido. Los unos son independientes, constantes, activos; los otros, ligeros, sufridos, volubles. Aquellos desarrollan su derecho y su personalidad con ancha base, como la montaña que los sostiene, y altísimo ideal, como la cúspide que mira á sus piés las nubes; éstos recuerdan las intranquilas aguas del mar ó el accidentado lecho del río con sus sinuosidades, saltos y despeños; sus ideales varían y se suceden á menudo como las verdes olas, que sin cesar arrugan el lomo del Océano...

—Entendido, entendido no hay nada indiferente, lo sé, lo he leído; pero yo quiero consultarte algo más grave: ¿en qué estado crees tú que puede alcanzarse esta facultad asombrosa que me legaron mis antepasados?

—Cuando más fuerte estés, todas las combinaciones intelectuales no dependen más que de las combinaciones de la materia.

—¿Y yo que no comí en estos quince días para discurrir mejor!

—Error, amigo mío, que depende de tus absurdas afirmaciones sobre la existencia del alma como un algo distinto del cuerpo: ¿ignoras que es un producto?

—Lo ignoraba de todo punto; hoy, sin embargo, me inclino á pensar como tú: siento, dijo el doctor exaltándose, un no sé qué, un quid desconocido que me obliga á pensar que el espacio y el tiempo son una forma del pensamiento, que nuestro modo de ser, pequeño y miserable, incapaz de comprender simultáneamente los hechos, tiene que atisbarlos sucesivamente. Espacio, tiempo; hé ahí dos palabras vagas de estrecha relación, pero de ignorado alcance; hasta la misma lengua vulgar las junta para que la grandeza de un concepto exprese la del otro, al decir un espacio de tiempo.

¿No ves en esto singular coincidencia en todos los pueblos para significar con el mismo enlase de palabras un absurdo?

—Sí, es cierto, contestó Oncos mirando de reojo

la exhausta botella de vino como si quisiera leer en sus vidriosas paredes la causa de aquella extraña animación de Hermes.

—¿Qué es el tiempo? preguntó Venidero con pausada entonación y como si aguardase la respuesta de un discípulo.

—¡Hombre no lo sé!

—El tiempo es una escalera.

Oncos no pudo reprimir la carcajada.

—No te rías; es una escalera que nuestro menudado conocimiento sube de peldaño en peldaño. El tiempo no puede ser concebido sino por la comparación de dos estados de conciencia.

—Si no has de hablar español, avísas y me marcharé.

—Digo, que para que se advierta el tiempo son necesarias dos impresiones: un banquete y un convite á los cuales hayas asistido dejan en tu memoria dos huellas, como las impresiones intermedias le dejan á su vez; pues bien, la cantidad del tiempo transcurrido entre el banquete y el convite la apreciarás por la comparación en tu memoria de las dos impresiones; mayor número de sensaciones intermedias, más tiempo, menor número, ménos tiempo. La conciencia es un libro; en cada hoja escribe el tiempo una sensación.

—Bravo, bravo; estás dentro de mi sistema.

—Quieres recordar, es preciso volver las hojas que pasaron. ¿Adivinar el porvenir? Imposible, no está escrito; cada hoja es un estado de conciencia. El tiempo es mayor ó menor, según las inscripciones intermedias.

—¿Entonces la duración del tiempo no es uniforme?

—De ningún modo: en la infancia, en que las impresiones son en mayor número que en la vejez, el tiempo dura más; cuarenta y ocho horas de viaje son más largas que otras que transcurren en casa, en donde todo nos es conocido y familiar.

Los fenómenos que acompañan algunos estados del cerebro, puede servir de ejemplo para explicar estas paradojas.

—Es verdad, recuerdo que al salir de Honk-Honk, en aquel viaje de placer que hicimos apenas concluidos nuestros estudios, el ópio que quise aspirar como los marineros me emborrachó; me asomé á la borda de estribor y el mar se me apareció lleno de innumerables figuras suplicantes, desesperadas; surgiendo de las rizadas ondas por miles, por millones, por generaciones, por siglos; mientras que una arquitectura imaginaria, que tenía la facultad de reproducirse y crecer hasta el infinito, hería con viveza mis nublados ojos. Entonces creí haber vivido una eternidad en un minuto.

—¿No sabes por qué? Porque las sensaciones eran numerosas y distintas; el libro de la conciencia había vuelto muchas hojas.

—Buena teoría; explica lo indescifrable; no falta sino mezclarla con mis ideas...

—¿Qué se opone á ello? La noción del tiempo se hereda y su conocimiento varía según el tamaño, estructura y actividad funcional de los animales. En este concepto, la conciencia deriva de las condiciones de los antepasados, porque dado un grado de desarrollo hay también una capacidad.

—¡Chico, eres un sábio! Exclamó Oncos casi convencido de que el vino del café tenía en infusión la verdadera ciencia.

Los animales demuestran que el paralelismo, entre las funciones internas y externas, serían el colmo del saber; lo cual no es más que la confirmación de tu tesis. Una larva se arrastra á la ventura sobre árida peña, hasta que el color verde del vecino arbusto hace despertarse en ella el instinto de comer; pero su camino ha sido incierto y el tropezar con la planta que ha de saciar su apetito, verdadera casualidad. La mariposa que da vueltas alrededor de la llama, no asocia el calor que siente con la brillante luz en torno de la cual aletea.

Los pájaros, que en las islas salvajes se dejan cojer por los exploradores, no han visto caer á sus compañeros bajo el mortífero plomo, como los de nuestros bosques. Las ballenas...

—Basta de historia natural: ¿no te he dicho al comenzar esta conversación que todo lo sabía?

—Entonces podías haber escusado las preguntas.

—Es que hay argumentos que siempre necesitan verse confirmados; no te enfades, pero como te he visto dispuesto á no dejar bicho viviente que no sacases á relucir, te llamé la atención sobre tu incontinencia científica. Ahora, amigo mío, déjame continuar mis lucubraciones.

—¿Insistes en el encierro voluntario?

—Lo creo indispensable para mis investigaciones.

—Entonces me retiro; pero no olvides que así como los gladiadores se alimentaban de *amphidium*, manjar poco voluminoso y nutritivo para estar fuertes y ágiles en el momento del combate, tú, aunque ignoro lo que te propones, no debes ayunar como un místico, sino fortalecer el cuerpo para que la inteligencia sea más potente. Apropósito, mañana vá al campo la condesa: ¿quieres ser de la partida?

—Que cuente conmigo: no necesito más que esta noche para reunir todos los datos.

—Pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Oncos salió satisfechísimo como el hombre que ha logrado su objeto, sin violentar en lo más mínimo el plan trazado; chocáronle á su pesar las extrañas preguntas del metafísico, contrario desde la niñez á todo estudio natural; advirtió, al darle la mano, que una fiebre intensísima le devoraba, y decidió, después de interesante consulta con Perico, aguardar el término de aquella excitación nerviosa, que en tan estrambóticas cavilaciones había metido á su amigo.

Mientras tanto, el doctor Hermes daba vueltas al manubrio del sillón, que subía majestuosamente, y no se hubiese cansado el filósofo en elevarse, si su cabeza no chocase con fuerte golpe contra el techo.

A pesar de toda su ciencia, Venidero se rascó la parte dolorida é hizo descender el sillón, como hombre previsor, lo ménos media vara, y cuando, seguro de no recibir más chichones, volvió á sus pensamientos, Oncos y Perico, que estaban pegados á la puerta del gabinete, oyeron estas palabras:

—¡Dios mío! ¡Si para mí no existiera el tiempo!

CAPÍTULO IV.

LA CUEVA DE LOS MILAGROS.

Comenzaba la primavera y el campo vestíase el nuevo ropaje. Cayeron las flores de los almendros y las ninfas las colocaron en los manzanos, y como si esto fuese el signo de la resurrección, el tomillo perfumó el aire, las retamas se coronaron de amarillas guirnaldas, las corregüelas y adelfas alegraron la vista y las violetas se asomaron á mirar el sol por entre las verdes hojas.

Estas primicias de la estación florida pudieron saborearlas sosegadamente nuestros amigos, porque en lugar del día de campo proyectado por la condesa, al saber ésta la enfermedad del doctor Hermes Venidero, propuso á sus íntimos hacer una visita á sus posesiones de Valencia.

Del banquero nada se sabía; el general se escusó y Teresa intentaba la *reprisse* del vizconde, con lo cual se evitaron tan importuna compañía.

Tienen los señores de Villarmentero, que á su vez lo son de los Aforines, magníficas heredades y caseríos en el término de Villanegra, célebre por la hermosísima huerta que se revuelve en delgado círculo en torno del pueblo, y por los accidentados montes, cubiertos de pinos, jarales y maleza.

Sobre la más encumbrada loma, que los naturales denominan con el poco artístico nombre de Cabezon de los Nabos, aunque no hay memoria que allí se cosechen tales raíces, plugo á un antepasado de Julia Villarmentero construir soberbio palacio, envidia y admiración de los pobres campesinos.

Para subir á la altísima cumbre hizo una carretera que da vueltas en espiral á la montaña, como disforme culebra que intenta estrangular á su víctima.

La cuesta es tan fácil, que puede subirse en coche.

Y así lo llevaron á cabo la condesa, el doctor Hermes, Oncos y una hermanita de Julia, que por haber salido del colegio poco tiempo hacía no la hemos conocido hasta ahora.

Por supuesto, que el insigne Perico, acompañado de Luisa, un cocinero y dos pinches, seguía á sus amos en una tartana, cuyo feroz balanceo les obligó á irse saludando durante el camino, desde Alcadia, que es la estación más próxima.

—Parecemos monigotes de feria, dijo Perico al contemplar las persistentes cortesías de sus compañeros.

Todos se echaron á reír; hasta el mofletudo *chef*, francés puro, que no entendía una palabra de español, hizo relampaguear alegremente sus carnosos labios en la redonda cara.

—¡Qué hermoso paisaje! decía Hermes en el interior del coche de colleras al ver cómo los pinos, desplegados en guerrilla, huían medrosos al fondo del barranco cuando el coche los alcanzaba.

—Es muy bonito, ¿verdad? insinuó la condesa. Yo estuve aquí de niña, casi no recuerdo nada; y el lago, ¿tú ves el lago, Lolita?

—Ya le veo, es como un duro, gritó la interpelada.

—Es verdad, dijo Oncos; cómo lo oculta aquella márgen de piedra, pero ya crece; es un es-

tanque ¡oh! no, señor, bien merece el nombre de laguna... Dios le guarde á usted, don lago, dijo sacando el cuerpo por la portezuela.

Por entre apolotados algarrobos veíase en el vallecito inmediato una gran charca, en cuyas verdes aguas se miraban con fruición llorosos sauces.

—¡Julia! ¡Julia! hemos espantado los patos: ¡que mal educados! ¿Qué, sabían ellos si les iba á dar pan? gritó entre enfadada y triste Lola.

—¿Cree usted que estos patos son como los del Retiro? saltó Oncos; estos son muy salvajes.

—¿Y no vienen aunque se les dé pan?

—Pues claro.

—Entonces no me gustan, ¡que lástima! Yo que pensaba divertirme viéndoles comer.

—¡Hola, hola! naranjos también, dijo Hermes.

—Y palmeras; abunda el agua y el clima es templadísimo, afirmó la condesa.

Dilatado huerto se extendió ante los viajeros; los granados columpiaban sus rojas flores á la sombra de gigantes chopos; los naranjos y limoneros no mostraban aun los alabastrinos botones del perfumado azahar; las fresas enrojecían, y los aromos y rosales que se apretaban en el cercado entreteníanse en bordarle de colores.

Bandadas de pájaros remontaron el vuelo al oír los cascabeles, y unos se paraban en medio del camino confiadamente, otros, agrupados en florida rama, alegraban el viento con sus cantos, trinos, píos y gorjeos, que, traducidos al castellano, venían á significar: «Ya sabemos que ustedes no traen escopetas.»

A la sazón, los viajeros llegaron á la cumbre, redonda plazoleta, cuyos bordes artística mano plantó de vides para que la encerrasen como en un marco de esmeraldas. En el centro alzábase el palacio.

El paisaje que desde allí se distinguía era hermosísimo; montañas y colinas se apiñaban como enorme rebaño de mastodontes; aquí y allá saltaban rumorosos, plateados arroyuelos, que después de mil contorsiones y piruetas reuníanse en el vecino lago, dejando tras de sí crecida hueste de zarzamoras, juncos y cañas.

Los bosques de pinos daban á las gargantas y barrancos tonos oscurísimos, mientras los valles lucían todas las combinaciones del verde claro. El más hábil pintor no hubiese sacado tantos efectos de una sola tinta.

El casero y su hijo mayor dispararon las escopetas al apearse los viajeros; la casera y sus hijas habían preparado un refresco de agua, azúcar y zumo de naranja, que estaba exquisito, y que ellas presentaron en limpios y transparentes vasos.

El mismo Hermes Venidero, cuya escuálida figura parecía desear algo nutritivo, aseguró que el refresco era delicioso.

Aquí, en esta apartada colina, fué donde el metafísico empezó á reponerse; Oncos saltaba de alegría al notar los progresos de la salud, y la viuda condesa daba suelta en su corazón á toda serie de sueños y esperanzas.

Para Julia, el doctor no era sólo su ideal, sino también el deseo perseguido por su amor propio.

Como á partir de la visita de Ashavero no volvió á verle, su orgullo de mujer hermosa quedó lastimado por aquel abandono. ¿Quería burlarse

de ella? ¿Era una estratagema de conquistador para alcanzar por estudiado desvío lo que no espere conseguir por rendido enamoramiento?

Y forjándose razones y argumentos en su mente, y dejándose llevar por sus resultados, pasaba del enfado á la cólera, y de la cólera á la desesperación. ¿Estará enfermo? decía á veces y una compasiva ternura llenaba de lágrimas sus ojos.

Pero no debía estar enfermo; discurría el instante cuando su amigo Oncos guardaba absoluto silencio sobre el estado de Hermes.

—¡Es un infame! pensó la condesa, como fin y remate de estas indecisiones: es un infame, conoce mi cariño y se burla de él ó tal vez no pudiendo pagar mi amor, trata de curarme por la ausencia. Y esta suposición le hacia más daño que ninguna otra.

Don Juan recibió, á boca de jarro, un verdadero metrallazo de preguntas los dos lunes que Venidero estuvo ausente de los salones de Julia.

Burlóse el general artillero de su interés; agregáronse á su opinión casi todos los petimetres, y hasta el tenor Milani le aseguró bajo la fé de sus gallos, que hacia mal en preocuparse del profesor de metafísica, cuando tan malamente era correspondida.

De este modo, lo que fué secreta aspiración de su sér, convirtiéndose en hecho público y notorio por causa de su mismo apasionamiento, y curando, que es más difícil cerrar la boca á un maldiciente que conquistar á un filósofo, decidió á todo trance esclavizar al buen Hermes Venidero. Consultó en parte su plan al médico Oncos, y propuso, de comun acuerdo con éste, el viaje que, como acabamos de ver, han realizado.

No era mujer Julia á quien parasen dificultades: así que cuando supo las excusas del general, la ausencia del banquero judío, y los entretenimientos de la marquesa de Casahubiel, alegróse en extremo, y despreciando las murmuraciones, no se dió punto de reposo hasta ponerse en camino.

Sitiado el doctor Hermes por tan formidable enemigo, en manifiesta complicidad Oncos, herido él de muerte, harto conocemos sus desvaríos amorosos, ¿qué habia de hacer sino sucumbir, si la alegría del campo, su apacible rumor, los paseos solitarios, las noches tranquilas, el purísimo cielo y los torrentes de luz que embellecían aquél paraíso convidaban á amar?

Una mañana, Julia y Venidero se encontraron por casualidad lejos de la casa, y hablaron largamente tendidos en el mullido cespéd.

Desde entonces repitieron á diario sus visitas, y se pasaban las horas en mútuo embelesamiento. La condesa fué feliz y el profesor olvidó la metafísica.

Aquellas poéticas especulaciones le hicieron desterrar el gárrulo tecnicismo que antes llenaba su espíritu, y contra todas las probabilidades que la larga experiencia de los enamorados confirma, su gordura fué desarrollándose en perfecto paralelismo con el amor.

No hay que pensar ni por un instante que la levadura carnal se mezclase en estos goces ideales del filósofo y Julia Villarmentero; ambos pertenecían á esa raza de platónicos, que si no elimi-

nan, aplazan por lo ménos los placeres materiales hasta el momento legal en que justamente pueden adquirir el carácter de legítimos.

La condesa, además, era de fama intachable; la única señora en Madrid sobre la cual los holgazanes no habian vertido la asquerosa baba de la calumnia, y ella cuidaba mucho de su buen nombre; algunos santurrones y místicos le censuraban ciertas aficiones libres, mundanales y hasta heréticas, mas detenían sus críticas apasionadas ante los honestísimos sentimientos de Julia.

El médico Oncos, ayudado de Perico, cazaba tordos y jilgueros en los copudos olivos de las cercañas. Lola, desesperada de encontrar ánades que comiesen en la mano, acompañaba á los valerosos Nemrods y se complacía en los accidentes de la caza.

De esta manera pasaban las horas en grato solaz y recatado esparcimiento nuestros conocidos.

Cierto día, Hermes despertóse muy temprano, llamó á Perico y vistióse; su cronómetro marcaba las seis en punto. Como la condesa no dejaba el lecho hasta las siete y el baño y las demás operaciones que el cuidado de su persona exigía entreteníanla hasta bien cerca de las nueve, en que el amor la llevaba á la verde alfombra donde Hermes por primera vez la dijo ¡te amo! éste no supo en qué emplear el tiempo.

—¿Va á tomar chocolate el señorito donde siempre? dijo con malicia Perico mientras alisaba el cabello al doctor.

—No, es temprano.

—Ya lo creo; ¡poco ha dormido hoy el señorito!

—Muy poco.

Hermes sentía extrañas agitaciones en su cerebro, murmullos inauditos llegaban hasta él, fantasmas vaporosos poblaban los aires. Aquello parecía una danza infernal de espectros.

El ruido era más espantoso; si mil generaciones entonáran á coro en nuestro oído bélicos cantos, no darían idea aproximada del disparatado concierto que estalló en la cabeza de Venidero.

—¿Se pone malo el señorito? ¿Qué siente?

—Una sinfonía con obligado de cañón, contestó el doctor cerrando los ojos y tapándose fuertemente los oídos.

Llamado enseguida Oncos, aseguró que era un efecto puramente nervioso, y quieras que no quieras sacó al buen Hermes de paseo, á quien el ambiente de la mañana devolvió como por encanto la calma.

—¿Dónde vamos? preguntó animándose al ver la facilidad con que su amigo le habia curado aquel terrible ataque.

—Vamos á ver la Cueva de los Milagros.

—Está muy lejos.

—No importa; te lo impongo como medicina.

—Entonces, andando.

Y los dos sábios se dirigieron por una trocha de perdices al monte de las Gotas de Sangre, que así se llama, en cuya base se abre anchísimo y disforme agujero.

—¿Sabes lo que te digo, Juan? dijo al poco rato Hermes.

—No puedo acertarlo.

—Que debíamos volvernos; hemos paseado bastante.

—Vaya, vaya, señor enamorado; lo que es hoy Hero puede arrojar al mar, porque Leandro no pasará el estrecho: te necesito.

—¿Para qué?

—Para que me acompañes al fondo de ese antro maravilloso que, según los autores de geología, tantas bellezas contiene.

—¿Y no crees que el inesperado accidente que me acaba de ocurrir puede tener fatales consecuencias si me obligas á pensar?

—¡Qué diablos! Eso es que con la vida sosegada estás atroz de lucio y rijoso.

—¿Pero la alucinación de hace un momento?

—Procede de una alteración nerviosa; no te preocupes: un cerebro de sábio necesita discurrir, y como hace tiempo que no hablas más que tontearías con la condesa, se ha irritado: piensa, ya que estás fuerte; cada pensamiento es una gota de sangre que se volatiliza, y tú tienes de sobra.

—¡Ea! á estudiar; no he de ser infiel á la ciencia, mi primer amor, que aunque es dama que á nadie niega sus favores, ni se rinde al primer advenedizo, ni se entrega sino después de larguísima constancia. Ya estamos en la boca; penetremos en el fondo de esta vetusta arca, que según tú dices encierra los secretos de la creación.

—Así te quiero, gritó Oncos; ante la ciencia todo se abandona.

La entrada de la Cueva de los Milagros parece una iglesia; caprichosas estalactitas y estalacmitas figuran lámparas, ciriales, púlpitos, imágenes de santos, grupos de monjes y altares, hasta el órgano con sus relucientes y metálicas flautas tiene allí lugar y parecido.

—Esta formación natural es rarísima: ¿qué significa aquí este templo? ¿Como no sea la representación alegórica de que la ciencia ha pasado por la religión!

—Y se separa de ella cada vez más, dijo Hermes. Mira, se abren á nuestro paso dos galerías; esa semeja un claustro; no debe ser nuestro camino.

—Es verdad; no nacimos para frailes nosotros.

—Pues á la derecha; ¡qué angosta y oscura está! Esta es la vereda del saber: oscuridad, crasa ignorancia; esos son al principio los caracteres...

—¡Demonio! Tropiezo en todos lados, gritó Oncos lanzando una exclamación de dolor.

—Cierto, me faltaba ese detalle; vamos á tientas. ¿Qué importa en tal estado ser pez ó ser ave, ser hombre ó reptil?

—A ser reptil, yo te aseguro que estos inmundos pedruscos no me desollarían la cabeza. Casi estoy porque nos volvamos atrás.

—¡Atrás! Nunca: hé ahí la palabra que no pronunció jamás la humanidad: seguro estoy que si esta señora pudiera maldecir, te maldeciría. ¡Volvámonos atrás! Cuando advierto los hábitos sutiles de la verdad cerniéndose á mi alrededor; ¡nunca! ¡glo oyes? ¡nunca!

Hermes deslizóse con firme paso por el angosto agujero. Oncos le siguió con la esperanza de que un obstáculo material le impidiese la marcha.

—¿No me decías hace un instante que necesitaba discurrir? Héme aquí dispuesto á gastar mil gotas de sangre en otros tantos pensamientos.

Mira, las primeras nociones aparecen; ¿no las

reconoces? ¿Esos puntos luminosos que saltan y culebrean frente á nosotros, se multiplican, se agrandan al reunirse y forman haces de luz? Son las ideas. Observa, las combinaciones se complican, empiezan las figuras geométricas y las formas indeterminadas, es decir, los conocimientos metafísicos; ¡voto á sanes! Se acabó la claridad: sin duda tropezamos con la religión; no lo dije, la negra galería de que nos apartamos al entrar se cruza en nuestro camino.

Oncos estaba asustado; á pesar suyo comprendió la imprudencia que había cometido.

—¿Por dónde vamos? ¿Qué hacer? murmuró Hermes.

—Volvamos á casa: estás enfermo y la humedad puede hacerte daño.

—No me he encontrado mejor en mi vida, me siento feliz y no he de renunciar á una exploración que tanta dicha me proporciona.

—Hemos equivocado el camino: ahora recuerdo que en los planos que yo consulté, no existe este malhadado conducto, añadió Oncos como si quemase el último cartucho.

—Mejor, seremos los primeros en explorarle.

—Yo vuelvo atrás.

—Y yo sigo adelante: veamos, el camino de la ciencia, es siempre recto; avancemos con seguridad entre las nebulosas teogonías. Aquí debieron formarse los misterios de Isis, según lo lóbrego de esta maldita caverna. ¡Eh! Juan, ¿será posible que me abandones á estos sacerdotes implacables?

—Bien lo merecias por testarudo y parlanchín.

—Acompáñame y cierro el lábio.

—Advierte que es soberana locura entrarse sin más ni más por una grieta desconocida, caminando al azar, expuestos á toda clase de peligros, sin víveres, sin luz.

—Ya no podemos retrocer; la ciencia sale á recibirnos, luce más que antes, la lucha detuvo su fulgor un momento; pero después brilla con más fuerza; ya aparecen los colores; mira, las artes nos festejan.

Finísimos rayos luminosos se filtraban por las rojas paredes, quebrándose en los cristales de la galería. Parecía que caminaban por el interior de candente áscua. De trecho en trecho, la roja creta que recubría el agujero, afectaba formas humanas que la incuria mutiló; aporillados castillos, rotas columnas, sólo un grupo de estalactitas que figuraba suntuoso sepulcro, tenía íntegras sus partes, como si quisiera demostrar que la muerte es lo único que no cambia, lo único eterno y perdurable.

—Retrocedamos, dijo Oncos; yo te juro que es una temeridad lo que intentas, puesto que hemos encontrado espedita una nueva vía; mañana, convenientemente preparados, la exploraremos.

—¿Qué temes? Queda todo el día para volver á casa. Adelante; iremos hasta el fin del mundo, si es preciso. ¿Oyes ese lejano fragor? Parece el choque de dos formidables ejércitos enemigos. ¿Quién sabe si presenciaremos alguna batalla subterránea?

—¡Silencio, charlatan! gritó Oncos pegando el oído á la pared y escuchando detenidamente; es agua.

—Se aguaron mis ejércitos, dijo el doctor Her-



—Dí más bien que el Océano se despeña.

mes Venidero escuchando á su vez: es un río que se precipita desde inmensa altura; ¿habremos ido á parar bajo el lecho del lago?

—No; seguimos direccion contraria.

—¡Qué demonio! figurémonos que nos comió desaforado gigante, y en este momento llegamos al vientre; haremos un viaje intestinal.

—Tengo sed.

—Pues al agua; ya se oye más claro su rumor: cuidado con tropezar á este arcángel de piedra, añadió Hermes rodeando cautelosamente un enorme canto de granito.

—Por aquí, Hermes, por aquí suena el murmullo de la cascada.

—¡Cascada! Dí que el Océano se despeña desde el Himalaya segun la bulla que mete; ¡qué atronador ruido!

—Cojámonos del brazo antes que el viento nos arrastre.

Al torcer el camino, guiados por el rumor de agua, un violento huracan les azotó el rostro. On-

cos y Hermes tuvieron que caminar agarrados para impedir que el viento los derribase; pero á medida que avanzaban, éste adquiria mayor velocidad, y tuvieron que apoyarse en las paredes para sostenerse en pié; por último, se arrojaron al suelo.

La sutil claridad que hasta entonces habia brillado en la galería, desapareció de pronto; el huracan silbaba, haciendo vibrar las delgadas aristas de los cristales, y los dos amigos tuvieron que arrastrarse por el fondo del agujero, que cada vez acentuaba más su oblicua direccion.

La temperatura bajaba por instantes, y como nuestros héroes vestian de riguroso verano, hubo momento en que el frio les hizo dar diente con diente.

—¿Por qué no inventas una teoría para demostrarme que debo tener calor? dijo Hermes queriendo afrontar con burlas la situacion; pero Oncos no tenia humor para invenciones, y sin la curiosidad científica y la impotencia en que estaba de retroceder, él solo, hubiera abandonado al metafísico.

—Al cabo termina esta maldita expedición, gritó Oncos al ver que la galería se bifurcaba.

—No en mis días.

—Pues escoje. ¿No dices que el camino de la ciencia es siempre recto? Traza la recta ahora.

—¡Eh, qué diablo! No se trata aquí de lucubraciones ideales, sino de prácticas resoluciones; veamos; por el conducto de la derecha sopla el viento, por el de la izquierda viene el estruendo del agua. Elegiremos el más cómodo y el más interesante; el de la izquierda.

—Vamos allá; dijo D. Juan, que se puso en pie no sin trabajo, porque el frío y el arrastre lo tenían entumecido; siento curiosidad por ver esa escondida catarata.

—¡Gracias á Dios que hablas como corresponde al inventor de los tumores!

—Inventor no; descubridor.

—Es igual.

—Como quieras, loco del diablo, mentira parece que seas hoy el formal catedrático de metafísica.

—En verdad que yo mismo me encuentro cambiado, y si he de serte franco, pienso que mi inteligencia está perturbada, á pesar de tu dictámen facultativo.

—Vente con melindres ahora; enterrados en vida á dos mil piés bajo el nivel del mar, no podemos hacer caso de constipadillos.

—Si no estuviéramos completamente á oscuras, juraría que cruzan por delante de nosotros murciélagos gigantes y monstruosos peces alados.

—Mejor sería que vieses algo de comer.

—¿Tienes hambre?

—Hambre y sed; deben ser lo ménos las doce: en cuanto veamos la causa del ruido nos volvemos, la condesa puede estar cuidadosa por nuestra tardanza. El incesante mugido de la catarata apagó por completo las voces del médico y Hermes: brilló en el fondo del corredor dudosa claridad, y el ambiente, saturado de partículas acuosas y salinas emanaciones, se hizo á poco irrespirable.

—Salgamos pronto de esta arteria del infierno.

—Salgamos.

Los dos amigos se marcharon apresuradamente hácia la boca de aquel inmenso túnel.

¡Qué espectáculo! La galería desembocaba en un espacio irregular, cuyos últimos confines se perdían en las tinieblas; desde altísimo peñasco se arrojaba á la profunda sima que servía de base á aquel antro, un verdadero Océano, elevando nubes de espuma. Cien cañones disparados á la vez no hubieran producido tan formidable estampido.

Tibia luz iluminaba tan terrible escena, y Hermes y Venidero, asomados á la boca de la galería, vieron con asombro que una roca caliza, cortada á pico, se extendía entre ellos y el lecho de la catarata. Aquel inexplicable talud debía tener más de 13.000 piés de altura.

El choque de las aguas había desgastado el granito en forma de embudo.

Los dos exploradores estaban en la base; desde allí el cono se estrechaba cada vez más hasta confundirse con el agua.

Multitud de grietas se abrían al mismo nivel, como recordando que antes, que el choque del líquido elemento perforase la peña, esta fué una incommensurable boca de regadera.

Las vaporosas nubes que la catarata producía se apiñaban en el techo formando un cielo blanquecino, cuyas extrañas agrupaciones parecían bancos de hielo y balas de algodón.

—¡Qué grandes bellezas encubre la tierra! balbuceó Hermes entusiasmado.

—¡Gloria á la material! gritó Oncos.

—¡Gloria á Dios! contestó Venidero por vía de protesta.

—¡Si pudiéramos bajar!

—Por aquí parece que el terreno es accesible.

—Si lográramos descender á aquel rellano.

Los picos y cresterías de las rocas formaban una escalera irregular, de muy difícil aprovechamiento.

La temperatura era agradabilísima; el frío que antes sintieron, desapareció; lo asombroso del hallazgo, la grandiosidad del suceso, las investigadoras aficiones de Oncos y Venidero, todo convidaba á llevar á cabo la exploración.

—Hagamos con nuestras ropas una cuerda que nos permita deslizarnos sin peligro.

El filósofo y el médico se desembarazaron de sus americanas y pantalones, y enlazándolas entre sí, bajaron el repecho en donde empezaba la escalera natural, por donde continuaron el descenso dando vueltas á las ásperas y oblicuas paredes del embudo.

—¡Qué calor! decía Hermes; parece que caminamos por el interior de un volcan.

—¡Alto! No avancemos; esto es un volcan, y por las trazas no apagado aún, insinuó Oncos; mira el denso humo que flota como guerrero penacho sobre ese montículo.

—Es cierto; ven, acerquémonos á ver si podemos distinguir esta lucha gigantesca del agua y del fuego.

Don Juan y Hermes se avalanzaron al cráter del montecillo, coronado á intervalos por tupida humareda, y asomáronse ansiosos, ébrios de curiosidad y entusiasmo.

Allá, en un límite lejano, donde apenas alcanzaban los ojos á distinguir los objetos, informes cantidades de materia incandescente se retorcián como culebras de fuego; láminas de agua inacabables caían sobre ellas, ennegreciéndolas y apagando sus fulgores: un momento despues sonaban crujidos semejantes á los del cristal cuando se rompe, y la oscura capa, al quebrarse en mil pedazos, dejaba ver de nuevo las encendidas olas.

—¡Qué horror! dijo Hermes apartándose del cráter, que parecía una ventana abierta al pasado.

—Asistimos á la formación del mundo, añadió Oncos. Hé aquí una copia de la edad primordial, cuyo parecido es exacto; la masa ígnea de la tierra evapora toda el agua terrestre, que liquidada en los espacios recorridos por este globículo caían en forma de lluvia torrencial sobre la refulgente brasa.

—¿Y quién enfriaba la tierra y la enorme atmósfera donde estaban en suspensión todas las aguas?

—El frío de los espacios interplanetarios, que es, en números redondos, de 40 grados.

—Entonces pronto se enfriaría, si esa temperatura es exacta, el período plutónico no está tan lejos.

—Más de lo que supones; según una Memoria

de Fourier sobre la edad del mundo, la velocidad y el calor de la tierra están en razón contraria de su volumen: es decir; más calor, más volumen; más volumen, menos celeridad; menos celeridad, más día. Teniendo en cuenta las diferencias seculares del movimiento de la luna en el cálculo de los eclipses, observados en las épocas más remotas, Fourier hace notar que desde el tiempo de Hiparco, hace dos mil años, el día no ha disminuido en su duración una centésima de segundo. Se puede, pues, afirmar que la temperatura media del globo no ha bajado 270 centésimas partes de grado desde Hiparco.

La temperatura hoy es casi constante; pero suponiendo que alcance en veinte siglos tres centésimas partes de grado, son necesarios seis mil siglos para que la tierra pierda un grado de calor.

—¿Qué tiempo habrá trascurrido entonces desde el período de incandescencia?

—Sentemos una hipótesis, que no es fácil averiguarlo con exactitud; supongamos que la diferencia entre el calor actual y el de aquel período sea de 2.000 grados. Se necesitarían, pues, doce millones de siglos para el enfriamiento, ó sea 438.300 millones de días, tomando por norma la duración de los actuales y añadiendo las fracciones acumuladas en los bisieculos.

—¿Qué infinitud de evoluciones!

—Cierto; por eso la idea de Dios, comparada con la eternidad de la creación, es mezquina. ¿Qué haría mientras el mundo se iba formando? ¿Aguardar, cruzado de brazos, como el muchacho que espera el enfriamiento de la tajada para comérsela? dijo sarcásticamente Oncos.

—¡Blasfemo! Para Dios no existen las mudanzas, exclamó Hermes con el tono de un inspirado.

—¡Ea! no te pongas serio; vámonos, ya es hora; las doce, y la condesa estará impaciente, dijo Oncos mirando al reloj.

—Vámonos; ¿pero por dónde?

—Es verdad; ¿por dónde? preguntó á su vez el médico.

Los agujeros que se abrían en las paredes del cono eran todos parecidos, y con las vueltas y revueltas que dieron al inmenso embudo, el doctor Hermes y D. Juan habían perdido el recuerdo de la entrada.

—Orientémonos, insinuó Oncos; nosotros bajamos por allí.

—No, por allí; repuso Hermes, señalando á opuesto lugar.

—Es por aquí.

—Te digo que no; pero subamos y te convenceras.

Comenzaron la ascension, llena de dificultades y de peligros: al llegar á la cúspide, Oncos lanzó un grito desesperado; el agujero estaba obstruido.

—No te lo decía yo, gritó Hermes; es aquí.

—No me cabe duda que era éste, repuso Oncos; acaso un desprendimiento reciente nos impide salir.

—Examinemos el obstáculo.

Era un bloque lo menos de doscientas toneladas.

—Bajemos, intentaremos salir por el otro lado.

¡Imposible! La boca estrecha y angostísima no dejaba paso á un niño.

—Tampoco es esta, exclamó Oncos; estamos perdidos.

—Aún no, recorramos todos los agujeros.

Y sacando fuerzas de flaquezas asaltaron el muro por todas partes inútilmente.

Después de seis horas de escalamientos infructuosos, D. Juan se dejó caer desfallecido sobre el granítico lecho de la cascada.

—¡No hay esperanza! murmuró abatido Oncos.

—Quién sabe; descansenos, dijo Hermes.

—¡Tengo sed! balbució casi desfallecido don Juan.

El metafísico llenó de agua la copa de su sombrero y la acercó á los descoloridos labios del médico, que se avalanzó á ella con avidez.

—¡Aparta! dijo haciendo un gesto de desagradado. ¡Maldito sea el reconocimiento de esta caverna!

—Bebe, añadió Hermes insistiendo.

—¡Quita, es salada!

Oncos se dejó caer desalentado. A los pocos instantes sus ojos se cerraron.

Hermes seguía despierto, y juraba y perjuraba como un condenado. Al fin el cansancio le rindió.

El formidable ruido de la cascada parecía arrullar el sueño de la ciencia.

CAPITULO V.

LOS MILAGROS DE LA CUEVA.

Cuando el doctor Hermes Venidero abrió los ojos, la gruta estaba iluminada con reflejos fosfóricos, y la inmensurable distancia de sus paredes pudo claramente apreciarse.

Dirigió la vista á todas partes sin encontrar fin; las cascadas se multiplicaban y las simas, embudos y agujeros se abrían innumerables en el accidentado lecho de la caverna. Parecía que las aguas se habían dado cita para hundirse en aquel antro infinito.

Los extraños ruidos y temblores dábanle aspecto lúgubre y terrible. Semejaba la agonía de un monstruo disforme.

El profesor de metafísica era de ánimo esforzado, y se juzgaba además sobrado entendido para que hiciesen mella en su corazón aquellos mugidos y sacudimientos; así es que, sin inmutarse, paseó su mirada por aquel mundo subterráneo examinándole cuidadosamente.

No estaba fuerte en ciencias naturales el buen Hermes, como sabemos, que á estarlo, hubiera podido observar la diferencia existente en la constitución de los lienzos que cerraban la caverna.

Mientras unos tenían los estratos calizos justapuestos en capas horizontales á la superficie de la tierra, otros ofrecían perpendicularmente sus crecimientos, como si la naturaleza hubiese querido presentar un muestrario de todas las variaciones geológicas. Allí estaba la historia de la creación clasificada y ordenada.

La edad arqueológica ó arqueozóica, edad de los bosques de algas ó de los animales acranios se extendía hasta 70.000 piés, repartidos de la manera

siguiente: 30.000 para el período Laurentino, entre cuyas rocas se encontraba el Eozoon canadiense; 18.000 para el cambriico, tan rico en variedades de vertebrados sin cabeza, y 22.000 para el silúrico, donde se veían los más numerosos vestigios de las algas y animales acuáticos, únicos existentes en aquellos remotos días. Las formaciones de Ludlow, Llandovery, Hancote, Postdam, Longmynd, Labrador y Ottawa, ofrecían en grupo las variadas impresiones de sus fósiles.

Seguía á ésta la edad paleolítica ó paleozóica, edad primaria de los bosques de helechos ó de los peces, ocupando un espacio de 42.000 piés, divididos entre los terrenos Devonio, ó de la arenisca roja antigua; Carbonífero ó de hulla, y Permio ó Permico, de la arenisca roja moderna, zechstein.

En las formaciones Pilton, Ilfracombe y Luiton, que así se llaman las del primer período, se apiñaban en gran número los peces primitivos y cartilaginosos; en los lechos de carbon mineral yacían los más antiguos animales terrestres; anfibios arcaicos ó insectos; en el sistema permico, los reptiles y los protosauros, de formas bastante parecidas á las de los lagartos actuales, y verdaderos bosques de helechos, cuyos restos se conservan en las capas carboníferas, llenaban por completo la escasa faz de la tierra que las aguas dejaban entrever.

Un geólogo hubiese podido reconocer los helechos, propiamente dichos, los arbóreos (filopteridos), los herbáceos (calamofitos) y los escamosos (lepidofitos).

La edad mesolítica ó mesozóica, edad secundaria ó de las coníferas y reptiles, medía 15.000 piés próximamente, que se dividían el sistema del Trias: sus formaciones eran parecidas á las de Kemper, Muschelkalk y Arenisca abigarrada; el Jurásico con las Porlándicas, Oxfórdica, Bathónica y Liásica; y el Cretáceo, formado por la creta blanca, Arenisca verde, Neocomica y Wealdica.

Las primeras aves, procedentes de los Tocornithes, formas intermediarias entre aquellas y los reptiles aparecían en esta edad. Se desarrollan los peces óseos, y los famosos halisaurios pueblan los mares de esta época. Tres grandes grupos comprenden los halisaurios, los simosaurios, los ichtiosaurios y los plesiosaurios. Los primeros son los más antiguos, pues sólo han vivido en el período Triásico; son casi idénticos á los plesiosaurios, por lo que los naturalistas los han reunido en un solo género, denominado Sauropterigia.

Estos gigantes animales llegaban á adquirir 30 y 40 piés de largo; aunque vivían en el agua, estaban organizados para la respiración aérea como los dipneustas. Los plesiosaurios estaban caracterizados por el larguísimo cuello, como los ichtiosaurios se distinguían por la dilatada cola. Allí estaban trabando formidable lucha en las entrañas de la Arenisca verde.

Pero los animales característicos de esta edad son los Pterosaurios ó lagartos voladores, y los dinosaurios ó dragones terrestres, que asomaban sus fauces de granito por los repliegues de la creta abigarrada.

Las plantas coníferas, gimnospermas, ó sea de semilla desnuda, que comprenden los cipreses, los enebros, las hayas, los tejos, los ginkgo, las araucarias, los cedros y los pinos con sus infinitas va-

riedades, las cicadeas ó zamias y demás helechos arborecentes, y los tres géneros de las gnetáceas Gnetum, Welwitschia y Ephedra llenaban por completo los bosques; pero como predominaban las coníferas, pues las cicadeas eran vestigios de la edad pasada, y las gnetáceas sólo constituyen un pequeño grupo intermedio entre las coníferas y angiospermas, se denomina á esta edad la de las gimnospermas.

La cenolítica, cenozóica ó terciaria de los árboles de hojas caducas ó de los mamíferos, no se extiende más que unos mil piés, en cuyas capas se distinguen los períodos eoceno ó terciario antiguo, que comprende la Arcilla, la Caliza vasta y la Arcilla de Londres; el mioceno, cuyas formaciones se han denominado Falmica y Limburgica, y el plioceno, cuyos componentes se distinguen con los nombres de formación Auvernia y Subapennina.

Aunque los mamíferos databan del Trias, hasta la cuarta época no dominaron el globo extendiéndose por todas partes, lo mismo que las plantas angiospermas ó de semilla contenida en el fruto, que, aunque de origen anterior, no alcanzaron preponderancia hasta la edad presente. Hermes, tendido bajo las ramas de árboles gigantes, miraba con asombro aquella flora petrificada.

Las primeras impresiones de vegetales que pueden reconocerse, están en la creta y son angiospermas. Estas plantas se dividen en monocotiledóneas ó de una sola hoja germinativa, y dicotiledónea ó de dos hojas germinativas. A la primera clase pertenecen las familias de las juncáceas, gramináceas, liliáceas, iridáceas, orquidáceas, dioscoráceas; y las familias acuáticas, como las limnaceas, tifáceas, potámicas y zosteras. También corresponde colocar entre las monocotiledóneas, á las aroidáceas, pandáceas y á los bananeros y palmeras.

Los fósiles daban á conocer que en el período triásico, las monocotiledóneas se habían separado de las plantas exogéneas ó dicotiledóneas, que comprende la mayor parte de los vegetales superiores de muchas hojas.

La edad antropolítica ó antropozóica, de los árboles cultivados ó de la humanidad, época cuaternaria ó de la civilización, no tenía lugar y representación en la caverna.

Hermes Venidero, cansado de recorrer aquel escarpate de los siglos, volvió á buscar á su amigo que yacía inanimado sobre una peña negruzca semejante á un murciélago, digno por lo inmenso de habitar el sol.

—¡Eh! Onceas, despierta.

—¿Quién va! gritó desfallecido el doctor.

—Yo, hombre; yo.

—Creí que me llamaba la muerte. Me abraso, este es el suplicio de Tántalo; estar dentro del agua y no poder beber.

—Ni falta que le hacía al pobre Tántalo, puesto que ya absorberían sus tejidos lo bastante para vivir.

—Ni aún eso es posible aquí; el agua se hunde sin formar el más ínfimo riachuelo.

—Es verdad; el embudo se traga la catarata sin desperdiciar una gota; pero allá, á lo lejos, existen nuevos derrumbamientos de agua.

—Vamos allá, esto es horrible; si no hay otro remedio tomaré un baño.

Don Juan, apoyado en el brazo de Hermes, se dirigió á una pequeña charca que las continuas filtraciones habian formado, y tomó un larguísimo baño. A medida que su organismo absorbía el líquido elemento, se reanimaba su abatido espíritu.

Hermes daba vueltas vertiginosas á aquel estanque natural, como si perseguido huyese de invisibles enemigos, mientras Oncos hacia planchas y evoluciones natatorias en el agua.

La alta bóveda se rasgaba sobre sus cabezas, dejando ver el cielo azul tachonado de estrellas.

—Ya es de noche en el mundo de los vivos, pensó Oncos; Dios sabe hasta cuándo permaneceremos en este sepulcro sin fin.

Y levantando la voz, dijo:

—Hermes, ¿has discurrido el medio de devolverme á la corteza del globo?

Pero Hermes no contestó; hallábase absorto, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplando una escarpada roca, cuya base lamia un arroyuelo.

Oncos cortó el agua con la habilidad de un nadador consumado y se dirigió en busca del profesor de metafísica. Venidero no se movió; de pie, inmóvil, con los ojos fijos en la roca, parecía la encarnación del saber escudriñando los misterios de la naturaleza.

—¿Qué haces? dijo D. Juan irguiéndose sobre la diminuta costa de la laguna.

El filósofo no pestañeó siquiera.

—Pero hombre, ¿estás muerto ó ves la cabeza de Medusa? añadió el médico sacudiéndole.

—¡Ah! ¿Eres tú? Déjame, no puedo mirar á todos lados, porque me marea la extravagante concurrencia de esta gruta.

—No digas disparates: si no hay nadie.

—¿Cómo nadie? Y estos seres que se agitan en todas direcciones, ¿no son nadie? Mira, ven acá, contempla la formación de estos liliputienses organismos, esas esferas transparentes que parecen contener clara de huevo.

—¡Ah, sí! Serán moneras; pero yo no las distinguo.

—Aquí, en este charco, lleno de detritus de algas, las hay de distintos colores; rojas, verdes, amarillas; pero predominan las incoloras. Son como una cabeza de alfiler las mayores.

—Ese es el tamaño.

—Oye, Juan: ¿cómo es que estás se dividen en dos partes iguales y las de este riachuelo en cuatro?

—¡Eh, demonio! Pues es verdad que advierten tus ojos el reducido cuerpo de las moneras; las que se reproducen dividiendo su cuerpo en cuatro partes son las vampirellas, moneras de agua dulce. ¿Dónde están, para humedecer mi garganta con el líquido que las produce? dijo rápidamente D. Juan Oncos Letale.

—Hélas aquí.

El médico se arrojó de bruces sobre el riachuelo. La historia natural no le engañaba: el agua era dulce.

—Gracias, hombre, por tu buena vista, dijo al levantarse.

Hermes seguía absorto contemplando la base de la roca.

—¡Oh, Dios mío! murmuró. Al cabo mis deseos

se han cumplido; para mí no existe el tiempo; oigo zumbiar á todos los seres á mi alrededor. El desvanecimiento de esta mañana fué como el preludio de lo que me iba á acontecer.

—¿Has perdido el juicio? dijo Oncos.

—No, pero temo perderle; siento que mi cabeza va á estallar; contemplo el interior de mi cerebro relleniéndose de ignotas ideas é impresiones; parece que todos los sucesos pasados quieren almacenarse en mi memoria é impresionar mi entendimiento. Toco y veo lo pasado y no distingo lo presente de lo porvenir; en tan íntima relación y enlace se presentan á mi vista.

—Pero, ¿qué ves?

—No sé explicarlo: ignoro el tecnicismo de esa lengua inventada por los sábios para oscurecer las más claras verdades. Pequeñísimos puntos de sustancia albuminoidea brotan sin cesar, como las aguas de una fuente; carecen de forma, porque cambian de ella al menor movimiento.

—Sí, hombre, entendido; son plastidas.

—Bien; llámense como se quieran, primero se distinguen glóbulos perfectamente claros, sin manchas de ninguna especie.

—Cítodas primitivos, partículas plasmáticas sin núcleo gimnocitoda, que decimos los sábios, añadió Oncos por vía de confirmación científica.

—Después, la capa exterior de estos grumos mucilaginosos se endurece y no son tan flexibles en sus movimientos.

—Lepocytodas partículas plasmáticas provistas de membrana, proceden de las primeras que adquieren la cubierta por condensación de las sustancias de que están formadas.

—A su lado bullen otras esferillas, en cuyo centro se distingue un punto, continuó Hermes tras del oportuno silencio para que D. Juan vertiese en técnicos nombres sus observaciones.

—Gimnocyta, acentuó Oncos, células desnudas, con núcleo formado por la expansión del plasma central.

—Dí más bien que una sustancia sólida se precipita en el interior de las primeras.

—Justo, proceden de las gimnocitodas.

—¿Y cómo se llaman estas otras provistas de corteza exterior y núcleo.

—Lepocyta; célula perfecta, origen de todos los organismos vegetales y animales.

—¿Pero existe la generación espontánea? Preguntó el doctor Hermes Venidero cerrando los ojos como si quisiese abstraerse á aquellas extrañas evoluciones de los más imperfectos organismos.

—Cuestión es esa que la ciencia no ha podido resolver aún, pero á cuyo conocimiento llegará antes de poco. Si por generación espontánea se entiende la producción de organismos en un líquido generador que contenga sustancias orgánicas, como compuestos carbonados, complejos, la solución del problema es indudable. La plasmagonía, que así se llama esta generación, existe. Pero puede obtenerse un organismo en un líquido que no contenga disueltas materias orgánicas; es decir, ¿existe la autogonía? La ciencia no ha podido responder á esta pregunta; mas hay que convenir en que algo se ha adelantado; por de pronto la antigua separación que parecía insuperable entre los cuerpos orgánicos y anorgánicos tiende á desaparecer, quizá

complicando las dificultades; pero al fin desaparece. Los fenómenos de la vida son para nosotros tan inexplicables como el desarrollo y crecimiento de las sustancias inorgánicas; que el oro y el cobre cristalicen en octaedros piramidales, el bismuto y el antimonio en exaedros, el iodo y el azufre en romboedros, es tan misterioso como la formación de las moneras y protamibas.

—Pero las diferencias son muy esenciales; la estructura de los organismos es complicadísima y la de los anorganismos no puede ser más simple.

—Acabas de ver animales sencillísimos, de estructura homogénea, como los cristales, amorfos, y no siendo en realidad más que un producto químico.

—Sin embargo, los cristales tienen siempre formas geométricas, y las líneas rectas que los cruzan dan origen á ángulos constantes y los animales están siempre terminados por líneas curvas.

—No todos; los radiolarios y algunos protistas extinguidos tienen formas perfectas dentro de la geometría. En todo crecimiento deben distinguirse dos fuerzas; una interna, que corresponde á la herencia en los organismos y al modo específico determinado en que las moléculas se juxtaponen en los anorganismos. Esta fuerza se encuentra en abierta lucha con otra tendencia externa, la adaptación. En el momento de crearse algo, debe adaptarse á las condiciones externas; el vaso en que la cristalización se efectúa, el calor, la presión atmosférica, las mezclas y adulteraciones, cambian las formas de los cristales como de los organismos.

—Entonces, ¿qué es la vida? ¿A qué deben atribuirse sus variados fenómenos?

—A las propiedades especiales físico químicas del carbono y á la semifluidéz é inestabilidad de los compuestos carbonados y albuminóideos, causa del movimiento, única diferencia entre los dos reinos, cuyas analogías y diferencias analizamos.

—¿Por qué no hacemos sustancias orgánicas como cristalizamos metales?

—Es más difícil, pero no imposible; no hace muchos años se tenía por seguro la incapacidad de los químicos para elaborar artificialmente un compuesto carbonado cualquiera; pero en 828, Wahler, hizo, en Göttinga, de combinaciones de cianógeno y amoniaco una materia orgánica, *urea*. Hoy día la química sintética nos va demostrando cuán fácilmente pueden obtenerse compuestos carbonados; ¿quién asegura que no podremos formar en nuestros laboratorios una sustancia plasmática ó albuminoidea?

—Cierto; mas, ¿a qué la duda? Si yo lo veo; la generación espontánea es un hecho; yo presencio con mis propios ojos la atracción de las materias carbonadas, cómo se confunden al choque y crean las moneras, como tú dices; ya se forma el núcleo y la corteza exterior provista de filamentos vibrátiles...

—Amibas, base de todo lo existente, dijo con convicción profunda D. Juan.

—Se divide la esfera en una serie variada de puntitos que se agrupan en pequeñas moras.

—¡Sinanmiba! gritó entusiasmado el médico; ¿pero es posible que tú distingas eso?

—¡Oh, indudable! La facultad heredada de mis antepasados se desenvuelve con vigor en mi cere-

bro; hace tiempo que yo había notado estas alucinaciones; pero llegaban á mis sentidos borradas y confusas, produciendo el mismo efecto que el disco de colores á quien se imprime un movimiento de rotación. Por verlo todo de prisa no veía nada; mas ahora, merced á tu tratamiento, todo lo distingo y advierto, dijo Hermes con los ojos cerrados para no distraerse.

—Sigue, pues, examinando la filogenia del reino orgánico.

—¡Si vieras qué grato placer me produce penetrar en estas curiosidades de la creación; la luz se ha hecho en mi espíritu de repente, y si la lengua no fuese tardo y pesado instrumento, yo explicaría en un instante la historia de los siglos!

—Habla, habla, y podré comparar tus fantasías con las realidades científicas.

—¿Qué fantasías? Dí mejor evidencias; este antro no está para mí desierto, todo se anima y mueve en él; voy á coordinar mis impresiones para que formes noción de la línea recta que la naturaleza ha trazado desde esos menudos perdigones al hombre.

—Te escucho, é iré confirmando tus revelaciones.

—Como quieras; pero maldita la falta que hace. La mora que te enseñé rechaza las esferas á la periferia y se deja arrastrar por las ondas del lago.

—Planea, formación de la capa blastodérmica.

—Pues bien, la planea se estira en forma de larva, y dos hojuelas superpuestas forman el aparato intestinal.

—Gastrea, ¡diablo! ¿Sabes que llegarás á convencerme?

—Ven, sígueme; lo que resta lo hemos de ver en otra parte.

Hermes llevó á su amigo á la pared cuyos sedimentos eran perpendiculares á la base de la cueva, y poniéndose al principio de las capas de la época primordial, le dijo:

—Hé aquí que las larvas se convierten en gusanos, desprovistos de sangre y de apéndices.

—Turbellaria, balbució Oncos.

—Los gusanos se colorean y adquieren cavidades.

—Scolecida, aparecen los primeros órganos sexuales y la sangre.

—La materia blanda de que están formados estos gusanos, se concentra en el dorso, formando una raya más dura que los diferencia notablemente de los anteriores.

—Cordonia, créase la médula dorsal, el sistema nervioso empieza á funcionar.

—Esto es curiosísimo, dijo Hermes, poniendo en la palma de la mano una especie de lanzadera de granito.

—Un fósil del amfioxus, también antepasado del hombre.

—Ya lo creo; ¿pero dónde tiene la cabeza?

—No la tiene: es acranio; carece también de cerebro, pero no es hermafrodita como los otros.

—¿Y la cuerda de la espalda se señala más?

—Sí, es el primer vertebrado.

—A derecha é izquierda se retuercen multitud de gusanos, esponjas y radiolarios, y los líquenes, algas y musgos, se burlan de nosotros, escondiéndose bajo los hongos que han abierto su quitasol

satisfechos de trocar el oxígeno de sus colegas por el carbono que ellos arrojan. Locos de alegría, bailan sobre las peñas abrazados con las algas, á cuyas espensas viven.

—¿Qué importa esa gente atrasada? Continúa la historia del origen del hombre.

—Aquí llegan ejércitos de lampreas é individuos parecidos luciendo orgullosos su cabeza.

—Monorhina carece de extremidades, nervio simpático, y vejiga natatoria: hasta ahora los sábios han adivinado la série.

—Los cuerpos animales van en aumento y crecen como los rios en tiempo de lluvia, los monorhinos se parten la nariz, adquieren huesos en la boca, vejiga natatoria, sistema nervioso simpático, y dos pares de miembros; aquí los tienes, nadando en el mar silúrico.

—No veo más que rádios de aletas y dientes de selacios.

—Como quieras; bien claro se distinguen.

—Los selacios quedan en tierra, la vejiga natatoria se trueca en pulmon, las fosas nasales se convierten en vías aéreas y se abren en la boca.

—Estamos en el principio de la edad paleolítica, y esos que describes son los Dipneustas, que deben estar en compañía de los Lozobanquios, que conservan los bronquios y los pulmones de por vida, como el proteo y axolot.

—Exactamente, y las extremidades se dividen en cinco dedos.

—Esto es, la pentidigitacion retenida á su vez por los sozuros, animales que en la edad adulta pierden los bronquios y adquieren los pulmones.

—Semejan salamandras y tienen larga cola como lo tritones: ¡horror! dragones incommensurables nos miran con ojos de fuego, enseñándonos mandíbulas que parecen sierras y lenguas bifurcadas: los hay como culebras, y los hay como aves y cerdos con hocico de pato provisto de dientes. Estos oyen mejor y se asustan á nuestra vista; ese que se estira al sol está cambiando sus escamas en apéndices pilosos, y esotro acerca sus pechos á los recién nacidos.

—Son los promammalias, antepasados comunes de todos los mamíferos.

—Avanzan los canguros: desde que los ví en el Retiro no se me han olvidado sus saltos atrevidos y sus medrosas caras de liebre.

—Los marsupiales, lazo de union entre los monotremos y los placentarios, la cloaca se convierte en conducto uro-vaginal y recto, las glándulas mamarias se desarrollan por completo y el sistema claviclar se reduce.

—¿Y cómo llamas á estos que arrojan lejos de sí sacos y huesos marsupiales, chillan que se las pelan en las copas de los pinos, tienen garras y feroz aspecto?

—Prosimios: y en verdad que estas estalactitas recuerdan al indri, al maki y al lori.

—Cuidado no te acerques, te van á morder.

Oncos colocó su mano sobre la cabeza de un hindri hecho piedra y la estátua prosimia arrugó el rostro, arqueó las cejas y las vacías órbitas lanzaron fúlgidos destellos. D. Juan retiró el brazo temblando y la negra cariátide volvió á su inmóvil aspecto.

Aquello traspasaba los límites de lo fantástico,

y á pesar de su innegable valor, el médico no quiso jugar con piedras que con tan mal gesto reciben las caricias que se les prodigan.

Habian recorrido muchas leguas, cuando se vieron obligados á retroceder porque los estratos perpendiculares se hundian de pronto en tierra. El doctor Hermes Venidero recogió algunas piedras, que él aseguró eran dátiles, aunque Don Juan aseguraba y perjuraba que no parecían más que pedadillas de arroyo, tan finas y duras como las que utilizó Ginés de Pasamonte contra D. Quijote por nombrarle en diminutivo, y desandando el camino encontraron de nuevo la fuente de agua dulce en donde el médico habia apagado su sed, confiadamente, gracias á la aparicion de las vampirellas.

Nuestro amigo Hermes engulló las guijas con la satisfaccion de un hambriento, y como D. Juan observase que se disolvian en el agua, no tuvo inconveniente en comerlas para entretener al estómago, que daba sérios gruñidos.

—Es lástima que no puedas haber proseguido tus averiguaciones; de ese modo podria yo haber confirmado las hipótesis de los sábios para reconstruir el árbol genealógico del reino animal, dijo Oncos, á quien los dátiles de Hermes devolvian el buen humor.

—Para mí no hay limitaciones, repuso el aludido; de los Prosimios proceden las dos familias de monos que se balancean en esas cañas: los plattirinos y catarininos.

Don Juan siguió con la vista la direccion marcada por Venidero y no pudo distinguir ni los monos ni las cañas.

La fosfórica luz de las apilotadas nubes que se cernian sobre las cabezas de los dos exploradores, se entibiaba por instantes; el choque del agua en las piedras tenia notas de flauta, y los ruidos subterráneos ahogaron la conversacion. Diríase que el Dios de las tempestades encadenaba sus huestes.

Los rayos de la luna mariposeaban en el boquete abierto en la alta bóveda, por cuya ventana desaparecian con lentitud las plomizas nubes que el día dejó colgadas en los accidentados picos de la cueva.

De pronto una forma humana, que debia tener alas, segun la ligereza con que entró y volvió á salir, dibujóse ante los soñolientos ojos del Sr. Letale.

—Hermes, dijo éste entre alegre y asombrado, ¿sabes que acabo de ver un animal rarísimo?

—Hace muchas horas que veo yo millones y no me quieres creer.

—Es que éste es muy parecido al hombre.

—Será algun mono superior.

—¿Crees tú que haya existido el pithecantropo, ese hombre-mono privado de la palabra?

—¡No he de creerlo, si los estoy mirando!

—Pero el pithecantropo no tiene alas.

—Claro está que no.

—Pues yo acabo de ver un pithecantropo con alas.

—¿Dónde?

—Allí, donde las nubes se retuercen formando un látigo de vapor.

—En aquel tragaluz que apenas se vislumbra?

—Sí.

La humana figura que antes se presentó, estaba en el borde mirando hacia el abismo.

—No veo las alas, dijo Hermes.

—Ni yo, contestó Oncos; ¡pero cómo puede sostenerse!

—Será un Perico ligero; mira, ya desciende con suavidad.

—Sí, pero carece por completo de membrana para caídas.

—Es cierto.

Aquel precioso ejemplar tenía un apéndice en el dorso de gran elasticidad.

—Se me figura que es una araña superior y se desliza por el hilo que ella va fabricando.

—Es en todo parecido al hombre: ¡lástima que los vapores nos impidan contemplarlo á nuestro gusto!

—Juraría que nos está mirando con unos gemelos de teatro.

—¡Qué disparate!

—Y nos hace señas; ¡eh! señor aracnido, compadécete de dos infelices enterrados en vida.

El extraño visitante comenzó á bajar con rapidez: cuando estuvo cerca, Hermes y D. Juan vieron que su fisonomía les era familiar.

—¡Mardito sea un dolor! Mi amo, ¡pues no me ha hecho Vd. pasar fatigas; ni ná! dijo.

La araña era Perico.

CAPÍTULO VI.

LO QUE HABIA SUCEDIDO.

Perico desató la cuerda que rodeaba su cintura y sujetó con ella á D. Juan Oncos, que empezó á elevarse por los aires hasta desaparecer en el boquete; repitió despues ¡la operacion consigo mismo, porque Venidero quiso subir el último, y ya en la cúspide, arrojó á la profunda sima en donde el profesor de Metafísica habia sorprendido los arcanos de las edades pasadas, la sogá que pareció á los ojos del sábio colosal hilo de un aracnido superior.

Pero pasaron los minutos y el doctor Hermes no daba señas de querer subir: dieron voces y no contestó.

La condesa, su hermana, el banquero Tsaquin que las acompañaba, Oncos, Perico y los campesinos que los izaron, todos estaban absortos y sin saber qué partido tomar.

—¿Por qué has subido tú primero? dijo con enfado Oncos á Perico.

—Señorito, yo por obedecer á mi amo.

—¿Pues no sabes que tu amo ha perdido la razón?

—Méenos mal, murmuró por lo bajo Perico; yo creí que no lo habia encontrado nunca.

—¿Pero está enfermo? insinuó la condesa.

—Un poco.

—¿De cuidado?

—No creo; pero tiene una afeccion nerviosa que le hace padecer mil alucinaciones.

—Eso no es nada, repuso el banquero con el rostro alegre como unas páscuas.

—Sin embargo, me causa temor el que no avise; ¡já ver, Perico! Llámale de nuevo.

Perico se inclinó sobre la cortada peña, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones: «¿Señorito! le podemos sacar á Vd?»

El eco repitió en los valles la pregunta, sin que el doctor Hermes Venidero diera señas de vida.

—¡Ea! dijo Tsaquin, no quiere volver á la tierra.

—¡Pues no ha de querer! añadió sonriendo confiadamente Julia de Villarmentero, como si quisiera demostrar que ella era el imán que habia de atraerle.

—¿Qué haces? saltó Oncos.

—Pus ná, contestó Perico; me vuelvo al sótano, y lo cojo y lo amarro como un cordero; ¡arriba la cuerda! añadió, dirigiéndose á los gañanes, que no las tenían todas consigo, viendo aquella pesca de hombres en las entrañas del monte. Al recojer la sogá, notóse que pesaba de un modo extraordinario; al subir á Oncos, que era corpulento, no habian advertido tan tremenda pesadumbre. ¿Habria engordado Hermes mientras don Juan faltaba de la cueva?

El médico temió que se hubiese atracado de dátiles nuevamente, convirtiendo en cantera su estómago.

Perico tuvo que ayudar á los forzudos campesinos, que á duras penas podian sacar al doctor.

Despues de media hora de continuos esfuerzos, Hermes salió á flote, estrechamente abrazado á dos enormes pedruscos. Parecian dos estatuas de jardín público, cubiertas de musgo y respetadas por el tiempo y los muchachos.

—¿Qué traes ahí? dijo Oncos al ver aquellos cantos rodados.

—Tubal y su mujer que, cansados de ver el mundo por un agujero, me han pedido por favor que los subiese á la corteza del globo para tomar el sol.

¡Mira el primer poblador qué risa de conejo pone! ¡Hola! Condesa, perdone usted si no habia reparado, dijo notando la presencia de Julia.

—¿Es esa la manera de corresponder á los que desenterramos á usted?

—¡Oh, mi bien! ¡Cuánto habrás sufrido! añadió en un tono dulce y meloso, y poniendo la cara más tierna y compungida del mundo Hermes.

Don Juan, al sorprender el cambio que la vista de la condesa operaba en su amigo, estuvo por declarar á ésta el mejor específico contra los ataques nerviosos que registra la farmacopea.

En la cueva tenía el doctor la pupila dilatada, la fisonomía inquieta, la respiracion fatigosa, los movimientos bruscos, fuera los ojos se dormian, el rostro se aquietó, la respiracion se hizo pausada y los ademanes adquirieron el tranquilo corte de ordinario.

—El Sr. Rubens, añadió Julia indicando al banquero israelita.

—¡Cómo! ¡El Sr. Tsaquin aquí!

—¡Calla! pues es verdad, saltó Oncos; con la inquietud de extraer á mi amigo no habia notado su presencia.

Los tres caballeros se abrazaron estrechamente.

—Bien pueden ustedes darle las gracias, porque sin sus indicaciones hubieran ustedes quedado para siempre en ese antro que acaban de dejar.



Parecía demasiado colosal.

—¡Oh! por Dios, condesa, usted sabe que la gloria de la jornada es para Perico, replicó el judío.

—El ha sido el brazo y usted la cabeza.

—De todos modos, muchas gracias, repuso Venidero.

—Señores, supongo que no vamos á pasar la vida en cumplimientos; ustedes querrán comer; saltó Julia.

—Hace dos días que no comemos, dijo Oncos lastimeramente.

—Pues vamos á bajar al camino donde nos aguarda el coche, insinuó Lolita.

—Vamos, dijo Perico dirigiéndose á los labradores que acababan de recoger la cuerda.

Todos se pusieron en marcha.

El banquero, al ver que Hermes olvidaba las estatuas subterráneas, le tocó en el hombro, y mostrándoselas con la vista pronunció con sorna estas palabras: ¿No recoge usted á Túbaly á su mujer?

—Y para qué quiero yo esos pedruscos, dijo Hermes.

—Venidero ya no reconoce á los primeros pobladores de España, pensó Oncos; decididamente la condesa es un gran específico. Julia tomó el brazo del doctor, Lola el del médico y el banquero cerró la marcha con Perico.

La luna plateaba las laderas del monte; la brisa columpiaba suavemente las copas de los pinos; la salvia, el tomillo y el romero envolvían sus hojas en nubes perfumadas; los murciélagos tejían el aire de sombras; los gusanos de luz retrataban las estrellas ocultos en las adelfas y lentiscos; los alacranes elevaban hasta el cielo su estridente chirrido desde la base de las peñas, ladraban los vigilantes perros, y el armonioso son de la esquila anunciaba la inquietud del cercano aprisco.

—Aquí está el coche, dijo Perico.

Nuestros amigos ocuparon los asientos, Perico empuñó las riendas, y haciendo con la voz una tralla de sonidos más terrible sin duda que el mis-

mo látigo, hizo salir á galope el tronco de briosas mulas.

La gran facultad de que tan evidentes muestras habia dado Hermes, cesó en sus efectos. Parecia que la condesa de Villarmentero era la realidad ante la cual todas las ilusiones del doctor se desvanecian.

El banquero estaba satisfecho y tranquilo, pero con esa satisfaccion que experimenta el envidioso que ve perder el tiempo á sus compañeros.

—¡Dios mio, ¡qué disgusto me han dado ustedes! exclamó la condesa. ¿Qué diablos fueron ustedes á ver en esa cueva?

—¡Phs! nada, dijo Oncos; gusto de visitarla; pero es inmensa, y nos perdimos.

—Cuando ayer dieron las doce, mandé á Perico, al casero, á los criados todos que buscasen á ustedes. Por la tarde organizamos una verdadera batida, pero los sábios no parecian.

—Un pastor nos dijo que habia visto entrar á ustedes en la cueva de los milagros, sitio que, segun la tradicion, es donde se guarecen los males que afligen la comarca. Nadie queria acompañar á Perico, que al fin tuvo que entrar con los pinches.

—¿Qué hicisteis en la cueva, Perico? preguntó D. Juan.

—Casi ná; dijo éste sin volverse, porque el estado del camino no permitia distracciones: entramos por seis ú cinco agujeros más oscuros que garganta de lobo y nos salimos sin ver un alma: pero un pinche que estaba borracho como una cepa, se empeñó en que habia oido decir. ¡Viva la naturaleza! ¿Hacia dónde? le pregunté yo, y el me dijo, dice, hacia allí. Y dónde es allí, y me dijo dice, al rigolver el túnel donde hacia tanto aire. Y fuimos allí y no se oia una mosca; entonces concebí el proyecto de volar el monte como ví yo que hicieron con San Telmo en Málaga. ¡Riandaaá! ¡Coronela! ¡saché! ¡saché! ¡Liberala! dijo, alegrando las mulas como fin y remate de aquel discurso.

—No has de tener formalidad nunca, murmuró Hermes.

—Aguarde Vd., mi amo, que si no pongo los cinco sentidos ahora, vamos á reventar aquí todos como pimientos en el fuego.

—Yo puedo continuar el relato, dijo la condesa: á las ocho de la noche llegó el Sr. Ruben, á quien no aguardaba; contéle triste y llorosa lo que sucedia; Lola lloraba tambien, y el Sr. Tsaquin nos calmó diciendo que sabia dónde estaban Vds. Nos llevó al monte, é hizo deslizarse á Perico por la abertura de la peña que ya conocien.

—Como el humo de la locomotora aquella, dijo Perico, no me dejaba ver, tuve que bucear media hora hasta que con los anteojos de la señorita distinguí á Vds. tumbados junto á un charco. Al principio me dije: Perico, no seas bruto y vayas á equivocar á tu amo con un conejo, porque desde donde yo estaba no tenia Vd. el tamaño de una liebre.

—¡Ea! déjate de comparaciones, saltó Oncos y cuida de que no volquemos.

—Pus lo que es eso, es difícil, porque ya hemos llegado.

Hermes y D. Juan devoraron los manjares que les sirvieron momentos despues.

En la mente del metafísico bullia una duda, que la vista de Tsaquin acentuaba: ¿cómo habia sabido el banquero que ellos estaban en la cueva?

La condesa y Oncos no se fijaron en que el israelita evitaba cuidadosamente tratar este punto, pero Hermes era demasiado polemista para no advertir esta habilidad; así es, que cuando apagó el hambre y se retiraron las señoras, hizo al Sr. Ruben la siguiente pregunta á boca de jarro: ¿Quién le habia revelado á Vd. que estábamos en la cueva?

Tsaquin palideció, pero reponiéndose al instante, dijo: ¡Oh! revelar: ¿no sostiene usted que la revelacion no existe?

—Y sostiene bien, replicó Oncos.

—Soy de la misma opinion, añadió el banquero: por eso no hice más que suponer que ustedes, gente estudiosa, buscarían la ocasion de aprovechar sus aficiones científicas.

—A estudiar entramos en la caverna, insinuó el metafísico: ¿pero quién es usted, dijo tras breve pausa, que de esa manera sondea las entrañas de la tierra y el pensamiento humano?

Al pronunciar estas palabras Hermes, se trasfiguró, sus ojos echaban chispas y la sangre toda se le subió á la cabeza por los hinchados vasos, como si el cerebro tuviese necesidad, para sus funciones, de mayores cantidades de este líquido vital.

—Sosiéguese usted, dijo Ruben. Mi existencia es un secreto que no puedo revelar.

—¡Miserable impostor! ¿Quieres burlarte de nosotros?... Y Venidero cogió un vaso para arrojarlo á la cabeza de Tsaquin: iba Oncos á interponerse, cuando de súbito la fisonomía de Hermes trocóse de iracunda en apacible. D. Juan reconoció enseguida los síntomas de la alucinacion que habia sufrido en la caverna.

—No mientes, decia el filósofo dirigiéndose al banquero: leo tu historia y dices verdad; decir lo que tú eres es un secreto que no te pertenece, porque como Dios, tu historia no tiene principio ni fin, se esconde á mis miradas que pasean los tiempos, como en los surcos la alondra á los ojos del cazador inesperto; pero en medio de estas nieblas conozco que no mientes, que debiera profesarte una verdadera amistad, y sin embargo, te odio á pesar mio. ¿Quién es aquél que se oculta entre las sillas? ¡Ah! Sí, es Ashavero, sois iguales, sois amigos, pareceis hechos para un mismo fin; y no os conozco, no sé nada.

Y Venidero se tapaba el rostro con las manos con desesperacion.

—¡Por Dios, cálmate! murmuró Oncos.

—Estoy tranquilo, pero es el primer desengaño que sufro desde que se agita en mí esta nueva vida. Es triste, muy triste, llegar á estas alturas del saber, confiar en que nada puede ocultarse á nuestra investigacion, y de repente, cuando ménos se esperaba, encontrarse con algo que resiste todo análisis, y cuyos extremos se ofrecen á nuestro conocimiento horrados y confusos, como los picos de los montes que las nieblas rodean con un turbante de gasas, en las mañanas de invierno.

—Vaya. ¿Qué diablo te importa á tí conocer ó no á ese maldito viejo?

Oncos se volvió para afrontar las consecuencias de aquél insulto hacia donde estaba el banquero, pero éste habia desaparecido; ¿por dónde? Las

puertas estaban cerradas. ¿Era Ruben Tsaquin un duende ó un espíritu puro no sujeto á las condiciones de espacio?

Para D. Juan lo maravilloso no existía; así que no paró mientes en ello, antes bien creyó lógico y natural que el israelita, al huir, hubiera procurado hacer el ménos ruido posible.

Desde aquel día, la facultad de prescindir del tiempo no volvió á presentarse en la inteligencia de Hermes y la vida se hizo monótona y apacible; Oncos cazaba tordos, Perico disponía lazos para cojer vivos los ánades y cercetas que surcaban el lago, y Lolita seguía, encantada, todas aquellas evoluciones cinagógicas.

La condesa estaba furiosa; Hermes no había vuelto á suspirar bajo los sauces ni á hablarla de amor. Aquello era insoportable; ya no acudía por las mañanas á tenderse junto á ella en la alfombra de ray-gras que tapizaba el bosque de pinos, encinas y nogales, en cuyas ramas, las vides y madreselvas columpiaban sus verdes hojas; ya no seguía con la vista sus deseos ni bebía en sus ojos la felicidad.

El filósofo parecía abstraído de cuanto le rodeaba; en cambio, el banquero sitiaba en regla á la condesa, ofreciéndola un porvenir brillante ó de brillantes, que para muchas mujeres es lo mismo.

Huía Julia de los disparos amorosos de aquel sátiro archimillonario, y justo es decirlo en gracia de su buen nombre; ni por un momento tuvo en cuenta las magníficas proposiciones del judío.

La condesa de Villarmentero era viuda bastante tiempo hacia, para no desear de nuevo el matrimonio, y seguro estoy que Ruben Tsaquin, á pesar de sus grises patillas, hubiese vencido en buena lid al profesor de Metafísica, teniendo en cuenta sus conyugales intenciones, si el corazón de la linda viuda no hubiera pertenecido por completo á Hermes.

No hay que creer por eso que Julia desengañase al Sr. Ruben; ¿qué mujer no gusta de tener víctimas de amor encadenadas á sus plantas?

La condesa, sin alentar las esperanzas del banquero, coqueteaba con él y le concedía esos favores que las damas otorgan á todos los enamorados indiferentes y que ningún amante discreto toma como concesión de importancia y de valor; pero el Sr. Tsaquin se volvía loco de contento cuando Julia le mandaba atar la cinta de sus zapatos, calzarse los guantes, ó ponerle un brazalete.

Era de ver cómo temblaba el bueno del judío al aproximarse á aquella hermosa mujer, cuyas formas se ajustaban estrictamente á los preceptos de la estética, y cuyo espíritu sensible á todas las creencias y fábulas, inclinábase unas veces á la austeridad de Minerva y otras á la alegre y retzona conducta de la Vénus afrodita.

Mil veces había notado ella el temblor en los dedos de Ruben al abrocharla una pulsera; y otras mil habíase complacido en escitar la exquisita sensibilidad del viejo, para reírse á sus anchas de aquellas locuras amorosas.

En honor de la verdad, el banquero estaba bien conservado, y si el natural comedimiento y el casto pudor no lo hubieran impedido, la condesa habría hecho algún ensayo puramente mitológico para poner á prueba sus ardorosos afanes.

Las persecuciones de las ninfas por los sátiros tenían á sus ojos poético encanto, y discurriendo disparatadas fantasías en las horas de la siesta, cuando la cigarra entona un himno al calor y el campo lo oye silencioso, veíase cubierta por el manto griego correr á la sombra de los granados para encontrar refugio contra las asechanzas y eróticos arranques del Sr. Ruben, á quien imaginaba desnudo, con piés de cabra y tañendo una flauta pastoril, cuyo grato sonido atraía todos los animales. Otras veces, más á menudo éstas que las otras, veíase solicitada por Hermes Venidero, que corría tras ella llevando la apolónica lira á la espalda, y al sentirse falta de fuerzas para resistir, pedía á los dioses que la convirtiesen en laurel, único medio de esquivar sus propios instintos é inclinaciones y de concluir por siempre con el rebelde amor que tan en su daño abrigó un día. Pero ni el profesor de metafísica la perseguía, ni los dioses la trocaban en laurel, con lo cual el amor y el orgullo, más que nada, no se daban punto de reposo para envenenar su corazón.

El médico Oncos no advirtió los paganos sueños de Julia, las casamenteras aspiraciones de Ruben, ni las distracciones filosóficas de su amigo; veía algo más grato: una mañana sorprendió que Lola tenía un lunar en la barba, negro y brillante como el azabache, y aunque la agrupación del pigmento era explicable bajo el punto de vista científico, él no recurrió á sus estudios médicos en busca de datos y conclusiones, sino que le pareció el enigma más hermoso, más negro y más indescifrable que esfige alguna pudiera proponer á un galeno que, á la verdad, no se consideraba Edipo ni con mucho; al conocimiento del lunar correspondió el de los hoyuelos que nacían al reírse en las mejillas de su dueña, cuyo descubrimiento juzgó mucho más notable y abrumador que el del lunar: otro día admiró las manos de la niña, en que se mezclaban las azucenas con las rosas; otro, la frente en que un velo de jazmines dejaba entrever redes de sutiles zafiros; por fin comprendió que las moléculas y las células no pueden engendrar por sí solas esos ángeles de ojos de fuego que conspiran descaradamente contra el delito de soltería, y pidió con respeto permiso á Lola para estudiar aquellas maravillas, y ésta, que por su parte había hecho no ménos asombrosas observaciones sobre Oncos, se lo concedió completo y sin más límite que las dilaciones que el contrato matrimonial exigiere.

Desde aquel entonces los tordos estuvieron de enhorabuena: habían perdido dos enemigos.

Así estaban las cosas, cuando una tarde del mes calurosísimo de Agosto, sucedió un caso que, á fuer de cronistas fieles, no podemos dejar en olvido, ya que, según hemos de ver, no fué escasa su influencia en el porvenir de nuestros conocidos.

En un cenador oculto á las miradas indiscretas, por apretados aromos, pasionarias y rosales trepadores, tomaba el baño la condesa. Su exquisito gusto había convertido el campestre recinto en un lugar ameno; un toldo de lona rayado de azul lo sombreaba y arriates llenos de flores prestábanle singular atractivo y belleza.

Luisa guardaba la entrada de aquella gruta, cuando la condesa humedecía su piel de alabastro

en las aguas de la pequeña laguna que en su interior había; pero en la tarde á que nos referimos, la puerta estaba sólo defendida por un lienzo que de vez en cuando rizaba el aire.

Penetremos en su interior: Julia, la hermosa Julia, sentada en una mecedora de mimbres, mira la inquietud del agua corriente, que el movimiento descompone en mallas, y las junta y trenza en su superficie para volver á empezar de nuevo. Diríase que la laguna trata de copiar el trabajo de Penélope.

La condesa, cansada de mirar el agua, comienza á dibujar mariposas en la tierra de los arriates con el regatón de la sombrilla, hasta llenar por entero el espacio que las matas de amarantos, geráneos, claveles y violetas dejan libres; sacó entonces de entre la revuelta bata un pié tan chico, que sería la desesperación de cualquier mecánico que tratase de demostrar con él la posibilidad del equilibrio, y sirviéndose de él como de nivelador, borró las huellas que su *antucas* había abierto en la tierra, y púsose á delinear una cabeza varonil.

No se necesitaba ser un gran fisonomista para conocer que trataba de pintar al doctor Hermes Venidero.

Julia escribió encima del busto estas palabras: «¡Te amo!» Y quedóse perpleja mirando su obra un momento, hasta que, movida por ignota fuerza, añadió al letrero: «¡Imbécil!» Y hundiendo la sombrilla en las narices de Venidero, volvióse de espaldas al retrato.

Sus manos comenzaron con rapidez á desabrochar botones, descomponer lazadas y aflojar cintas; quitóse los zapatos é hizo un lío con las medias y las ligas.

El viento cálido que soplaba del Oeste, ceñía á su cuerpo el fino camison ó lo elevaba en rápidos giros, como si haciéndose cómplice de nuestra curiosidad tratase de adelantar el momento de la desnudez.

Julia buscó entre la inmensa balumba de sus ropas la bata de baño, la colocó estendida sobre la mecedora, y sujetando con la mano derecha el delicadísimo encaje de su camisa, que ocultaba á medias su hombro izquierdo, retiró el brazo con presteza por la abertura de la manga, repitió la operación con el brazo derecho, y la tela, obedeciendo la ley de gravedad, cayó á sus piés. El mármol péntico no produjo, ayudado por el cincel de Fidias, más acabada escultura.

Friné no apareció más hermosa ante los jueces cuando, desesperado su defensor de salvarla con razones, rasgó el velo que la cubría para que la línea recta de la justicia se torciese siguiendo las sensuales curvas de la cortesana.

El blanco lienzo, arremolinado á sus piés, semajaba la espuma que dió origen á aquella Vénus, el cenador templo, digno de tal diosa. ¿Quién no se hubiese postrado ante aquella divinidad?

El raso y el nácar habían entrado en su formación; las carnes parecían de apretada seda, tales eran su tersura y brillantez; y los irisados colores de la perla tenían su piel, combinados con las fresas.

Desatóse el anudado cabello la condesa y éste cayó en desórden sobre sus espaldas, deslizándose por ellas hasta besar el suelo como inmensa cas-

cada de oscura sombra. Era la noche que tomaba posesión del día.

Recogióle en rizos sobre su frente, de ese modo natural y sin estudio con que los artistas griegos peinan las deidades mitológicas, y concluido que hubo su trabajo, adelantóse hácia el rústico pilón, en cuya corriente metió un pié para probar la temperatura del líquido elemento. Ligeras ondas enturbiaron su cristal.

Al andar, las fuentes de la vida temblaban y sus pequeños piés se hundían levemente en la fina y húmeda arena.

Las ondulaciones del agua cesaron y Julia se miró en ella; su imagen confusa apareció en el fondo, al propio tiempo que leve sonrisa se desataba en sus rojos lábios. ¡Nunca se había visto tan hermosa!

En este momento el lienzo que cubría la puerta fué recogido por una mano varonil y la severa figura de Hermes Venidero apareció en el dintel.

La condesa dió un grito y se cubrió la cara con las manos, como si fuera lo único de su cuerpo que debía ocultar.

El doctor, en pié, con los ojos extraviados y el pelo erizado, la miraba con la exaltación que un artista contempla una obra maestra.

Julia se le presentó radiante de juventud y de belleza; niña retozona y pizpireta coronada de flores y rodeada de juguetes; adolescente, llena de puro candor, ilusiones y castas promesas; vieja, horrible, apagada y marchita las purpúreas rosas de sus lábios, hundidas las frescas y amorosas mejillas, rugoso el trasparante y fino cutis, la niebla pálida y fría de la vejez ocultando el brillo de sus ojos, las curvas trocadas en ángulos, imposible para amar y ser amada; con las convulsiones de la agonía, haciendo horrorosas muecas á la muerte; exánime, montón de podredumbre, puñado de ceniza.

Fué un relámpago fugaz que empezó en una cuna y terminó en un ataúd.

Pero si todo se presentaba ante su vista confuso y borroso, la vejez, hedionda, cargada de enfermedades, achaques y arrugas, tenía mayor fijeza y estabilidad.

Diríase que la ilusión tenía interés en disfrazarse con las ropas del desengaño.

En aquellas vueltas vertiginosas que las fases de la vida de Julia daban en la mente de Hermes, su espíritu saltaba de una en otra imagen, mudando al propio tiempo de gesto y de expresión; mas como la vejez era lo más persistente, el horror se dibujaba tan amenudo en sus facciones que casi no desaparecía.

Julia temblaba viendo por el enrejado de sus dedos la movilidad del rostro de Venidero, bien ajena de que sus esculturales formas produjesen tan mala impresión en el metafísico.

Tal era su confianza en la estética de sus líneas que ¿por qué no decirlo? se alegró de que el acaso la hubiese mostrado tan desnudamente á los ojos de Venidero. Este, sin adelantar un sólo paso, dijo con reposado continente:

—¿Cómo cambian los días en miserables despojos las galas de la juventud! ¡Cuán triste es la edad caduca! El amor huye cuando la muerte reclama el don cruel de la hermosura. ¿Es esto tal vez un



El filósofo y la astrónoma remontaron el vuelo.

aviso del cielo? Debo despreciar á esta mujer, y para ello trueca sus encantos en ceniza. ¡Qué asco! dijo mirándola fijamente: yo no puedo amar á un cadáver.

Hermes hizo un gesto de desagrado, dejó caer la cortina suavemente, y alejóse murmurando palabras ininteligibles.

Describir el asombro, la ira y la cólera que se apoderó de Julia Villarmentero, sería empresa difícilísima.

No se bañó, y con rapidez extraordinaria comenzó á vestirse; á trechos retoreábase los brazos con rabia, arrancaba flores é iba y venia por el cenador como fiera herida.

—El necio, decía, insultarme de ese modo, ¡ah! no quedará esto así...

E interrogaba al tolo de lona como si esperase de allí la solución acerca de lo que debía hacer.

—Pero, ¿es un santo este hombre? añadía luego; y contestando á esta pregunta decía: la época de los ascetas ha pasado. ¡Oh! yo no hubiese que-

rído que adelantase demasiado, pero lo que ha hecho es una ofensa: ¡llamarme feal! ¡Recordarme la muertel... Y luego dicen que los metafísicos lo saben todo... Son unos solemnnes bestias.

Loca, desesperada, recorrió la huerta en todas direcciones, hasta que casualmente encontró al señor Ruben Tsaquin, que al verla la ofreció el brazo; ella aceptó, y los dos juntos pasearon alrededor del lago.

El doctor Hermes fué encerrado en un gabinete por Perico al notar el extravío de sus facultades; el profesor, al verse preso, se tendió en el sofá y encendió un cigarro, y siguió con curiosidad las sinuosidades que la columna de humo describía en el aire. Los sucesos de la tarde vinieron á pintarse en su mente con negros colores.

—Sí, pensaba; yo estuve en el cenador donde se baña la condesa; esto es indudable...

Venidero volvióse del otro lado, como si quisiera ayudar á la memoria á que con el movimiento vaciase mejor su contenido.

—Allí he visto una niña: ¿una niña? ¿Una joven? No; una anciana súcia y asquerosa que se parecía á Julia...

Hermes se incorporó en el sofá.

—Era Julia, que mi potencia intelectual distinguía en el ocaso de su vida decrepita y arrugada... añadió cruzando las piernas al estilo turco...

—Yo la insulté, no ví su belleza, no me deshice en suspiros ni en deseos; ¡soy un bárbaro! exclamó en el tono del más puro convencimiento.

El doctor tiró colérico el cigarrillo que, despues de describir una parábola de fuego en el aire, estalló formando, al chocar contra el piso de la habitación, una polvareda de chispas.

—¡Perico! ¡Perico! gritó con el ánsia del que sueña cosas horribles.

—¿Qué quiere el señorito? voceó éste desde fuera.

—Abre.

—Voy á buscar la llave, la tiene don Juan.

—Abre enseguida: y murmuró por lo bajo; es necesario que yo dé una satisfaccion cumplida á la condesa; que sepa cuán en contra de mi voluntad hablé esta tarde...

La cerradura rechinó.

—¿Se encuentra mejor el señorito? dijo Perico al entrar.

—¿He estado enfermo?

—Muy malo.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—Pregunta á la señora condesa si puede recibirme.

—¿Pero el señorito, no sabe lo que hay?

—¿Qué hay?

—Pues que la señora condesa hace media hora que marchó á Madrid, acompañada de la señorita Lola y del señor Ruben. Don Juan ha ido á la estación á despedirlos.

—Mientes, dijo Venidero, llevándose las manos al corazon.

—Digo la verdad, señorito.

—¿Y no te ha dado ningun recado? añadió, reponiéndose para no mostrar su dolor delante de Perico.

—Me dió esta carta.

Hermes arrebató el papel y leyó estas intencionadas frases escritas de puño y letra de Julia.

«La condesa de Villarmentero se despide del místico profesor de Metafísica, y le ruega que, en su ausencia, use de esta casa con completa libertad, como débil muestra de gratitud por sus lecciones de virtuosa filosofía.»

Venidero cayó desplomado en un sillón.

CAPÍTULO VII.

CÉFIRO.

Los primeros airecillos de la sierra habian hecho volver á los madrileños á sus hogares desde las remotas playas y establecimientos balnearios donde el lujo ó las enfermedades les tenian presos, y la villa y córte adquirió una animacion extraordinaria, como esos palomares campestres que se

llenan de repente cuando suena un disparo de arma de fuego en la campiña.

El frio es la voz de alarma para que la gente de arraigo haga sus maletas y venga á darse tono entre los pobres con el rostro tostado y modas extravagantes.

Hermes, como catedrático, habia vuelto en los primeros dias de Setiembre.

Cansado hoy de las fatigas que los exámenes llevan consigo, duerme la siesta con la tranquilidad del canónigo que ha comido bien.

Perico lustra las botas de su amo en la galería, tarareando la marcha de *Pan y Toros*.

Los ronquidos del amo sirven de contrapunto á la marcha del sirviente, y el canto del doméstico de arrullo para el benéfico sueño del señor. Los dos se complementan.

El doctor Hermes Venidero habia viajado durante el verano por el extranjero buscando á la condesa, sin poder encontrarla. Su viaje fué la odisea del amor; Francia, Alemania, Italia, todo lo paseó y escrudiñó el profesor de Metafísica sin adquirir noticias de Julia Villarmentero. Su mismo afán la ocultaba á sus ojos, porque en Florencia vivieron en el mismo hotel por espacio de cuatro dias sin que Hermes lo advirtiese. ¡Bien dicen, que el amor es ciego!

Por fin tuvo que regresar, llamado por sus obligaciones universitarias.

Decíamos, pues, que el señor dormia profundamente y el criado cantaba con toda la fuerza de sus pulmones.

Sonó el timbre, abrió Perico la puerta y el cartero le entregó una carta que, por el perfume que exhalaba, merecia pertenecer á una señora distinguida.

Perico, presumiendo que su contenido pudiera ser interesante para el doctor, despertóle y le entregó la carta.

Hermes leyó las siguientes palabras en una blanca cartulina que, soñoliento, á duras penas, pudo sacar del sobre: «Julia de Villarmentero y Ruben Tsaquin participan su efectuado enlace y ofrecen á usted su casa, calle de Fernando el Santo, 22, hotel.»

Aquel que haya amado alguna vez podrá comprender el agudísimo dolor que sintió nuestro filósofo. Las desdichas de amor son muy antiguas, pero al que por primera vez las sufre le parecen siempre nuevas.

Sin embargo, Hermes tenia un alma grande, de esas cuyo temple resiste las más duras pruebas, y pensando que el variar continuamente los objetos de la memoria engendra olvido, arrojóse en brazos del estudio buscando en las profundidades de los pensamientos ajenos remedio y paliativo para los suyos propios.

Entonces volvió á emplear el sillón ascendente y los encierros voluntarios; pero aleccionado por los experimentos anteriores, no quiso usar la dieta absoluta como medio de activar su inteligencia; antes bien, se atiborraba el cuerpo de toda clase de manjares y bebidas.

Pasaron los dias sin que la imagen de su adorado tormento se borrara de su imaginacion: ¡cuántas veces, queriendo descifrar un enigma científico, absorto, con el puño en la barba, el codo en el bu-

fete y los ojos clavados en la pared, Julia y el banquero se dibujaban en su memoria, enlazadas las manos, ébrios de dicha y felicidad!

Una tarde estaba Hermes en lo alto del sillón haciendo visages al techo, y pensando de qué modo las sensaciones pueden convertirse en ideas á causa de las reacciones orgánicas, cuando de pronto cerúleo resplandor le iluminó, su vista hundióse en los cielos sin que las opacas paredes de su cuarto fueran bastante á impedirlo; y allá en las nubes que el sol poniente tenía de matices rojos como si se ruborizaran de su postrer beso, figuras humanas se columpiaban en la luz, y danzaban coronadas de flores y mal cubiertas las sensuales formas. Poco á poco la claridad se extinguió, y Hermes vió con asombro que aún en las tinieblas distinguía aquellos seres ideales que bailaban en el éter.

—Juraría que hablan de mí, murmuró el doctor.

De la celeste bóveda comenzó á descender con el suave vuelo de las golondrinas, una forma ideal, esbelta y ligera como las sílfides que nuestros poetas vislumbran entre las verdosas aguas del Océano. Su contorno recordaba la época del Renacimiento, en que el arte volvió á inspirarse en las antiguas fuentes de la naturaleza, y dos álas que se movían libremente en su espalda, dábanle cierto parecido con los ángeles cristianos. ¿Era un sér inmortal ó ave paradisiaca que tomó á la mujer su belleza? ¿Cómo saberlo?

Hermes la vió revolotear y posarse en el vecino alero. Era una mujer, una mujer hermosísima; ceñía su cuerpo apretada malla de tupida seda, y cubría su cabeza un gorro cónico sin adornar, anudado bajo la barba; sujetas por un fuerte corsé llevaba larguísimas y flexibles álas, calzaba sus piés con los más diminutos zapatitos que soñara enamorado andalúz, y un ancho cinturón de gasa se retorcia alrededor de sus caderas.

Con el traje azul y la banda de color de rosa, semejaba la alegoría de la aurora.

La mirada de Hermes recorrió uno por uno los detalles de aquella belleza celeste, que le mandaba besos con un descaro impropio de cualquier mujer, aunque venga de las nubes, y no pudiendo resistir el deseo de contemplarla más á su sabor, dió vuelta al manubrio, descendiendo rápidamente, abrió las vidrieras y se asomó al balcón.

Como si el ave maravillosa hubiese aguardado aquel acontecimiento, colóse de un salto dentro del gabinete, pronunciando al entrar unas palabras que Venidero no entendió, aunque tenía sus sombras y sus dejos de políglota.

El pájaro era una mujer, como ya antes habíamos sospechado; y una mujer de cabellos negros, blanquísima y de ojos oscuros, en cuyas pupilas se columpiaba la luz de la dicha.

¡Jamás místico asceta contempló vision tan encantadora; su sonrisa llenaba el espíritu del sábio de un goce inefable; su cuerpo ágil y flexible se deslizaba en el ambiente sin apoyarse en sitio alguno, y las voces armoniosas que salían de sus labios hallábanse impregnadas de celestiales armonías!

Todos los recuerdos religiosos de la niñez acudieron á la mente del doctor atropellados, y no pu-

diendo explicar lo que veía, dió por seguro que el Dios Todopoderoso mandaba á la tierra un nuevo emisario para detener la ingratitud y los vicios de los hombres.

¡Anunciaria un nuevo Mesías! A tener distinto sexo, el filósofo hubiera caído en tierra murmurando como la hija de Sion: *Ecce ancilla domine*.

Pero Hermes no podía concebir más que ideas, y á la verdad, que el arcángel no se cuidaba de manifestar la voluntad del Señor, sino de revolver la biblioteca del metafísico.

—¡Hola! Lenguas muertas, dijo en perfecto castellano la dama llovida del cielo.

—Español y francés, contestó con asombro Hermes.

—¿Cómo tienes libros en estos dos idiomas tan antiguos?

—Porque los hablo y los entiendo.

—Eso es otra cosa. ¿Y por qué vives en esta caverna?

—¿Cómo caverna? Vivo en Madrid.

—Madrid, ¿y qué es eso?

—La capital de España.

—Tienes razón, soy muy poco fuerte en historia.

—¿Historia? Dí más bien actualidad.

—Sí, fresquita: España desapareció el 20 de Noviembre del año 2715 de la Era Cristiana, quedando reducida á una pequeña isla; pues han pasado la friolera de dos trillones de siglos desde entónces.

—¿De verás?

—Y tan de veras.

—Entonces; ¿en qué año vivimos?

—En el vigésimo de la fundación de Areópolis; ó para que lo entiendas mejor, el

2.000,000,000,000,002,715

del imperio de Augusto.

—¡Qué barbaridad! ¿Y existe el mundo todavía?

—¡Ya lo creo! Pero, ¿estás loco? ¡No vives en él!

—Sí; pero en el año 1881 de la Era Cristiana.

—Entonces eres un fósil: ¡qué lástima; yo que creía haber encontrado un novio!

—¿Cómo fósil, señora!

—Sí, un fósil que habla, merced al descubrimiento de mi amigo el doctor Ignotus.

¡Queda en paz! No estoy para perder el tiempo hablando con cadáveres.

Hirió el suelo con el diminuto pié la maravillosa niña, y salió disparada por el hueco del balcón.

Hermes se arrodilló, y poniendo los brazos en cruz, como estudiante de primeras letras castigado, dijo en voz lastimera:

—¡Diosa ó sombra! ¡Mujer ó ave! Quien quiera que seas, detente; aquí hay un misterio que yo no puedo descubrir sin tu ayuda; yo no soy un muerto que habla, sino un vivo para el cual no existe el tiempo. ¡Compadécete de mí!

Llegaron estas tristes exclamaciones hasta donde estaba la vecina de Areópolis, que, suspendiendo su vuelo, quedó estática en los aires, sin saber qué partido tomar.

—¿Cómo te llamas? preguntó á Hermes.

—Hermes Venidero.

—¿Dices que para tí no existe el tiempo?

—No, puesto que vivo simultáneamente en un

ideal remoto, de que hace poco me hablabas, y en 1881.

—Eres una máquina curiosa, dijo: y plegando las alas como una mariposa, la celeste viajera descendió hasta sentarse al lado del filósofo.

—¿No buscas un novio? dijo éste.

—Sí, hijo; supongo que no te extrañarás que las ciudadanas del aire seamos un poco ligeras.

—Es muy natural. Mal haya quien á los suyos no asemeja, como decimos nosotros.

—Sí, es la fórmula que ha servido á nuestros juriconsultos para crear la teoría de la legitimidad.

—¿Teneis juriconsultos?

—Todavía: el mundo progresa poco.

—¿Y en qué te ocupas en tu país?

—Soy metafísico.

—Mala profesion.

—Tan mala; no se gana un cuarto: cuando cambien los tiempos será otra cosa...

—Lo mismo; en el mio se mueren de hambre.

—Y tú, ¿quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Me llaman la señorita Céfiro, y soy Directora por oposicion del Observatorio astronómico de Areópolis.

—¿Y observas los astros en los ojos de tus adoradores?

—No seas insolente; nosotros creemos que los hombres pasados eran muy galantes: no vayas tú á deshacer esa tradicion honrosa.

—¿Cómo, siendo tan bella, tienes que ir en busca de novio?

—Has de saber, filósofo mio, dijo la señorita Céfiro poniéndose colorada, que en nuestra ciudad, como en las demás que constituyen la confederacion del oxígeno, se practica muy latamente la seleccion, y el alcalde es el que indica los matrimonios que deben verificarse; yo, aunque no soy fea...

—Linda y muy linda, añadió Hermes con los ojos brillantes.

—Bueno, aunque soy bastante bonita, soy más sábia que hermosa, y el alcalde y el consejo provincial quieren casarme con un hombre de mucha ciencia astronómica para propagar la raza de directoras de Observatorios: pero, amigo mio, todos los de la federacion están casados, y es preciso que ocurra una vacante...

—Un fallecimiento querrás decir.

—Es igual, porque como las mujeres son directoras, á su vez, al morir dejan una vacante.

—De manera que beberás los vientos.

—Eso quisiera yo, porque Vientos se llaman todos los hijos de Areópolis: los pobres tienen tal respeto á la ley, que bajan los ojos al verme. Pero ahora que pienso, todo está arreglado con que tú me quieras.

—Por eso no ha de quedar, contestó Hermes, que, olvidado por completo de la condesa, encontraba singular encanto en aquel amor anacrónico.

—Pues mira, vamos á la ciudad: te presentas al alcalde, declaras que eres director astronómico de cualquier Observatorio...

—Bueno.

—Sufres un exámen...

—Malo.

—¿Por qué malo?

—Porque conozco muy poco la astronomía de mi tiempo, y de la del tuyo, como comprendes, no sé una jota.

—Yo te aleccionaré en brevisimos dias.

—De modo que ya no me tienes por un fósil.

—¡Quíá! Los fósiles no se casan y tú estás dispuesto á ello, además, que la facultad que posees no es ajena á mis estudios, ni tampoco es la primera vez que los habitantes de Areópolis vemos un caso de esta especie.

—Pues, señorita Céfiro, cuando usted quiera.

—Háblame de tú, como antes; es mucho más cariñoso.

—Así lo haré. Pero oye, ¿cómo se puede subir á la ciudad? Porque yo no vuelo.

—¡Dejarás tú de ser como los demás hombres! además, que yo he de ayudarte.

La señorita Céfiro cogió á Hermes Venidero por la cintura, aleteó con suavidad, y los dos, estrechamente abrazados, volaron por los aires.

¡Qué impresion para el metafísico remontarse en la atmósfera en brazos de una mujer bellísima!

La brisa de la noche le azotaba el rostro dulcemente; jugaban las estrellas al escondite en las ignotas alturas, y el murmullo del pueblo subía como un himno que las criaturas dedicasen al Señor.

Hermes veía hundirse lentamente la tierra á sus piés, su casa, la calle, Madrid entero, con sus torres, iglesias, hoteles y jardines, bajaba, bajaba como si se lo tragase gigantesca sima.

Pronto la villa no fué más que un monton de casas por cuyas ventanas se veían brillar ténues lucecitas que hacían el efecto de mil luciérnagas hacinadas bajo un arbusto.

Pequeños pueblos se cobijaban alrededor de la gran villa, como los polluelos bajo las alas de su madre en tardes de tempestad; pasaron ciudades que parecían puntos, campos á que el verde esmeralda de sus sembrados daban aspecto de diminutos lagos; laderas bordadas por plateados olivares y retorcidas vides, llanuras yermas, aldeas bañándose en la corriente de los rios, montañas coronadas de bosques, abruptas peñas, pedestales de los siglos; blancas alquerías, pintorescos paisajes, arroyos como hilos de plata y charcas cenagosas.

Hermes se sentía feliz sin saber por qué, como si el elevarse por encima del ordinario nivel de los mortales fuese causa de que el hombre se considerase más cerca de la divinidad, eterna dicha. Pensaba y discurría que aquello era un sueño, ajeno, como estaba, de que hubiese tanta felicidad en la vida.

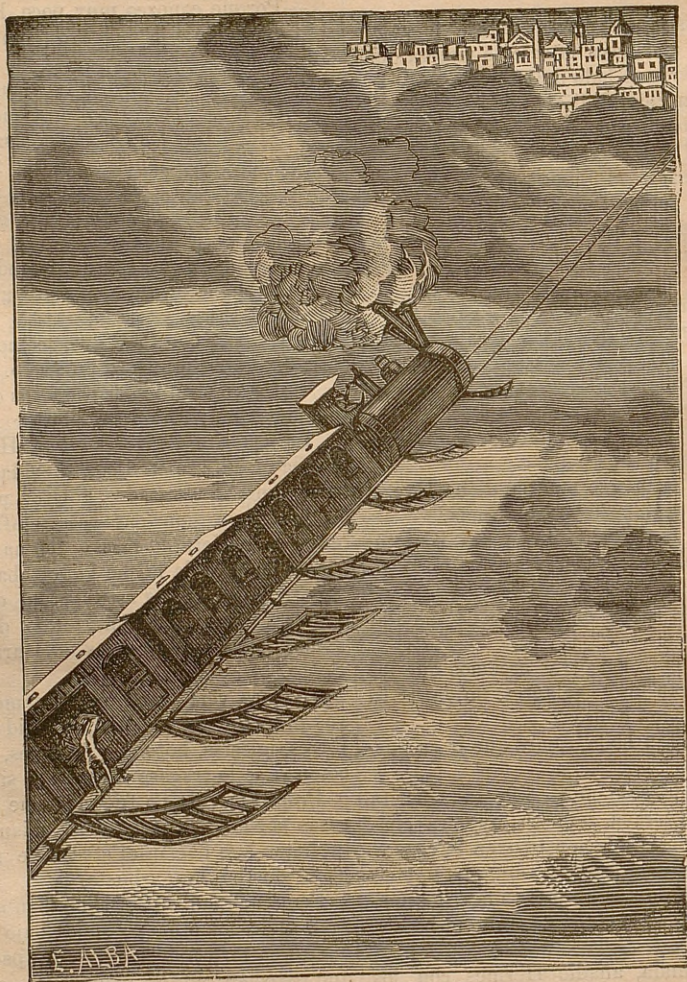
—¿En qué piensas? dijo la señorita Céfiro.

—En la causa que nos permite atravesar este océano aéreo.

—La explicacion es difícil, pero voy á intentarla; perdónamela en gracia á que constituye la primer leccion de astronomía que pienso darte, ciencia que en bien de los dos debes estudiar.

—Sea en buen hora; mas adoptemos el método socrático: ¿qué es aquella gigantesca bola oscura que parece inmóvil en la bóveda azul del firmamento?

—Es vuestro antiguo sol que ha entrado en el



Es el tren que viene de Acido.

período de madurez, ha cesado su luz y su calor no llega hasta nosotros.

—Pero este cielo es distinto del que veo en mi hermosa España.

—Y tan distinto: conozco los anuarios del Observatorio de Madrid; por eso puedo apreciarlo; eran hombres listos los astrónomos de entonces, pero, como ellos dicen, tenían malos aparatos. Has de saber, mi querido Hermes, que el sol no estaba quieto en el espacio, aunque á tí te lo pareciese; se dirigia rodeado de la pequeña corte de sus planetas, que iban contentos, cabezeando y haciendo saludos, cortesías y bailoteos hácia la constelacion llamada Columna de Hércules con una velocidad de 175.000 leguas al día: figúrate dónde estarán tu cielo y tus estrellas despues de los años que hace que pasamos por allí.

—¿Y qué sol os alumbra?

—Mañana lo verás: es mayor que el vuestro; ahora lo impide ese inmenso anillo que al ocul-
tarlo tiñe de pálidos reflejos el horizonte. Le lla-

mamos Pan, y en época lejana se le consideró como el principio y fin de todas las cosas, y muchos, alabando el nombre del dios, apenas si podían comer, con lo que se destruyó la nueva religion.

—Era lógico; al ménos para los que con ese fin la tomaban. ¿Y como sucedió que llegáramos aquí? porque esto no es la constelacion de Hércules.

—Parece que vuestro sistema planetario caia eternamente en el vacío, y la tal columna de Hércules huía siempre, como si quisiese demostrar el infinito por sí sola. Hácia el año

943.000.000.000.000°

un tremendo cometa, que nosotros denominamos Atlas, le dió un codazo al sol que le hizo detenerse en su camino, y la gigantesca cola que pasó rozando por la tierra aumentó el oxígeno de nuestra atmósfera en cuatro veces la cantidad que habia; es decir, que vino á añadir unos cinco billones de kilogramos. La vida se aceleró, los hombres profundizaron en todas las ciencias, y los problemas

insolubles hasta entonces, se trocaron en verdades de Pero Grullo.

—¿También se conoce aquí ese personaje?

—Según las crónicas, fué el último rey de Europa.

Hermes soltó la carcajada.

—No te rías; lo ha demostrado así en una larga Memoria el académico Huracán.

—Entonces no hay más que hablar, académico y equivocarse son dos cosas que no podemos admitir juntas los pensadores, dijo seriamente Hermes.

—¡Ea! señor discípulo, atienda usted y basta de digresiones; pues como decía, la vida se aceleró, y aquellas condiciones normales que á nuestros abuelos, á tí, por ejemplo, parecerían ineludibles, cambiaron en un todo. Ahora volamos.

—¿Pero por qué me sostengo á mi vez en la atmósfera?

—Sencillamente porque las fuerzas centrífugas y de gravedad están equilibradas, y los cuerpos no pesan. La fuerza centrífuga era antes en el ecuador $\frac{1}{289}$, de la gravedad; pero en virtud del coletazo del cometa, la tierra gira hoy con una velocidad 17 veces mayor, y como $17 \times 17 = 289$, la gravedad es nula.

Queda nuestro impulso muscular, para dirigirnos por el aire, y por si esto no bastara, un ingeniero de la confederación del Hidrógeno, ha inventado un aparato sencillísimo, en virtud del cual los que no estamos en el ecuador podemos con facilidad atravesar el aire.

—¿De qué modo?

—Por medio de estas alas que la respiración pone en movimiento.

—Es cierto: ¡qué ingenioso!

—Esto es como el timón de los buques; nos permite cambiar de dirección á placer, y como aprendemos su manejo desde niños, nos servimos de él como un pájaro de su cola.

—Verdaderamente es admirable. ¿Y por qué habéis construido vuestras ciudades á estas alturas? Hace rato que salimos y aun no hemos llegado.

—Veinte minutos hace que volamos.

—Pues, según los pueblos, aldeas y paisajes que he visto desfilan, hemos atravesado media España.

—¿Qué disparates estás diciendo: ¿dónde están esas ciudades y villorrios?

—Los acabo de ver.

—¡Quiá! A ti te ha sucedido lo que acontece á los amputados; que después de cortada la pierna, se quejan de dolores en el pié. No digo España, que es una pequeña isla, sino la tierra toda, no contiene la más pequeña casa, porque no queremos desperdiciar el terreno destinado á la producción. Las viviendas se construyen en el aire y la superficie del globo convertida en jardín inmenso, en que ni un sólo metro hay inculto, sostiene con sus productos la fabulosa población del planeta.

—Entonces lo que yo ví...

—Eran ilusiones forradas por el cerebro de un hombre á quien le es imposible dejar de ver su siglo de repente.

—Puede ser, pero creí distinguir la realidad. ¿Tardaremos mucho en llegar á Areópolis?

—Como á estas horas no hay tranvías ni ferro-

carriles ascendentes, tenemos que ir á pié, y eso es siempre fatigoso; sin embargo, yo espero alcanzar la salida del expreso en Ácido.

—Algun refresco nuevo.

—No, una ciudad, cuyos palacios no tardarán en aparecer, porque oigo ladrar los perros: debemos estar á una distancia de 1.800 metros. A haber sabido yo esto, hubiese sacado mi coche de doble compresión y hace rato que estaríamos allí.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media, porque ya asoma en el Oriente su violada faz Diana.

—¿Quién es Diana?

—La luna de servicio: tenemos ocho, cada una de diverso color.

—Son bastantes.

—Tantas como partidos políticos.

—¿Entonces la vida pública en Areópolis será una continua lucha?

—No lo creas: aunque son ocho no resulta siempre más que uno, el de la luna dominante. Como lo único que separa un credo político de otro es el color de sus partidarios y éste se trueca con la luna, el poder no cambia de manos; es una combinación curiosa inventada por el presidente Veleta.

El primer día de la semana el honorable Veleta se exhibe al pueblo á las nueve y media de la noche en punto, hora en que la luna de servicio baña con sus fulgores el balcón del palacio, porque la Constitución permite cambiar el jefe del Estado cuando por trueco milagroso su color no esté de acuerdo con el del satélite dominante.

—Pero mostrándose á las gentes á esa hora no hay cuidado que mudeis de presidente sino por la muerte.

—Eso es lo que se busca, y no me negarás que es un método magnífico para dar estabilidad á las instituciones y libertad al pueblo. Al reunirse éste en la plaza pública cada siete días, nota el cambio de color del presidente y todos le aclaman. Por eso te dije que sólo había un partido.

—¡Dios mío, aun en esta edad remotísima siguen el engaño y las ficciones gobernando el mundo! exclamó Venidero por vía de comentario á aquellas revelaciones de la política del porvenir.

Los dos viajeros quedaron en silencio. Atravesaban entonces velozmente tupida nube de cenicientas gasas que oscureció por un momento la bóveda azul tachonada de estrellas Céfiro, perdida en aquel laberinto de vapor, cuyos espesos crepones taladraba con la aguda punta de su sombrero, hacia esfuerzos sobrehumanos para salir de él y arrastrar á Hermes, que, pálido, sin alientos, arrojando sangre por narices y oídos apenas podía dar un paso.

—¡Animo! le gritó Céfiro.

—¡Me muero! balbuceó el doctor llevándose una mano á las carótidas, cuyos fuertes latidos le causaban dolorosísimas impresiones.

—Bajaremos en busca de un aire menos enraecido.

Céfiro plegó las alas llevando en brazos al doctor, que, medio atolondrado, no se daba cuenta de nada. Pocos instantes necesitaron para descender unos dos mil metros, donde Hermes recobró la calma y el bienestar.

—¡Ay, hijo! eres como los gatos; no puedes vivir á cuatro mil metros de altura; afortunadamente Areópolis está á mil metros escasos de elevación: yo habia querido remontarme un poco para que vieses el panorama que presenta nuestra república...

—Gracias, le veré otro día cuando me acostumbre á respirar en estas altitudes.

—¿Te sientes mejor?

—Sí; estoy bien.

—Mira el cielo si quieres evitar el mareo, porque ahora, aprovechando esta brisa, caminaremos velozmente.

Hermes levantó los ojos y quedó asombrado: la luna violada á que antes se habia referido Céfiro, estaba en el cielo describiendo una inmensa estela; á su alrededor se agrupaban estrellas de todas magnitudes y colores, formando cuerpos moriformes, canastillos, árboles de luz, casas, elefantes, ejércitos y otros caprichos no ménos raros: habia estrellas dobles que semejaban naranjas partidas por la mitad y sujetas por un resto de corteza; otras que parecían flores de granado por sus encendidos reflejos; algunas se apiñaban como los bombones en los cristalinos frascos de los confiteros; otras recordaban el desfile de nuestras procesiones por su paralela disposición; estas semejaban arcos triunfales, aquellas dormidas fortalezas; las de allá, ciudades y pueblos; las de acá, libros, trajes é instrumentos, muchos desconocidos, pocos iguales á los que vemos en nuestros días, ó se usaron en las pasadas épocas, como si Dios hubiese querido escribir en el firmamento con signos de fuego la historia del mundo.

Hermes se aturdió ante aquellas maravillas del espacio infinito, y dirigió la vista al grandioso mar donde flotaba á merced del viento.

Sombras blancas yacían á los lados del camino; eran la vanguardia de hoteles y palacios que precedía al núcleo de la población, cuyas soberbias cúpulas y atrevidas azoteas se dibujaban entre las nubes confusamente como las ideas en el cerebro de un enfermo. Pronto los contornos se señalaron, y Hermes pudo distinguir en conjunto la ciudad de Acido; líneas de acero tegian extrañas combinaciones en el plano por donde caminaban, oíase el silbido de la locomotora y las voces de los impacientes viajeros que aguardan la llegada del tren. Aunque el doctor no entendía el idioma que hablaban, parecióle encontrar similitudes y afinidades con los sonidos que la impaciencia arranca á los hombres de nuestra época. Según lo expresivo de las interjecciones y el ruido que armaban golpeando las puertas de la estación con los nudosos bastones, podría pensarse que eran españoles presenciando una corrida de toros.

—¿Por qué meten esa bulla? preguntó Hermes á la señorita Céfiro.

—Es que el tren viene con retraso.

Este nuevo detalle estuvo á punto de desvanecer todas las ilusiones que sobre aquella soñada vida futura se habia forjado el doctor; y aunque no cierto de su afirmación, dió por seguro que viajaba por la ibérica península, á la ventura, tomando aquellas voces y ruidos del porvenir por gritos y alborotos contemporáneos.

En esto, se encendió á lo lejos un punto rojizo

como desmesurado ojo de cíclope gigantesco; trepidó el eter y la rauda locomotora, con la magestuosa marcha de una reina se deslizó suavemente por los rails, haciendo sonar con estrépito las giratorias planchas de la estación.

—¡Acido, cinco minutos! Parada y fonda, dijo Céfiro al oído de Hermes. ¿No es verdad que es así como se decía en tu tierra?..

—Como se dice.

—¡Bueno hombre! No disputes, ya que para tí es igual. Aquí no tenemos necesidad de decirlo, porque cada wagon encierra cuanto el viajero más exigente puede desear; no nos andamos con chiquitas; cuarto de baño, tocador, restaurant, café, villar, guías y planos...

—¿Y no tienen juego de pelota?

—No, porque ya no se usa; pero en cambio hay un wagon teatro donde se dan conciertos y se representan esmeradamente las piezas más aplaudidas del repertorio.

Pero refiriendo esta conversacion se me habia olvidado decir que la pareja de tortolos anacrónicos habia subido al tren, y que éste, tras el conveniente aviso, salió con estruendo y rapidez de la estación de Acido.

—¡Qué ventaja tan grande es ir por los aires! No hay rios que salvar, bosques que deshacer, ni montañas que horadar, dijo sentenciosamente Hermes. Los inconvenientes y peligros disminuyen; en estas condiciones los puentes no vacilan, no se hunden los túneles, ni peligran los desmontes, ni se descarnan los terraplenes.

—Es verdad.

—¡Qué importa un descarrilamiento, si aunque el tren salga de los rails flota en las nubes! Dime, ¿por qué habeis gastado tanto hierro en vías, si no son necesarias?

—Para evitar choques durante la noche y los días de niebla. Por lo demás, el aire es libre y todos los hombres pueden surcarle según se les antoje: fíjate y verás pasar por las ventanillas récuas de globos que conducen granos y vidriado á los pueblos vecinos.

Hermes vió desfilar hinchadas telas de figuras extravagantes, unas negras y redondas, parecían puntos, otras de forma prolongada, como monumentales; éstas, en que el cesto cargado de géneros era igual en volumen á la inflada esfera, semejaba dos puntos; el otro un interrogante; el de más allá una admiración, diríase que aquellos vehículos eran los signos ortográficos del espacio.

—¿Es que los globos caminan con ménos velocidad que el ferro-carril?

—Ya lo creo; esta máquina de que nos servimos tiene una marcha media de siete leguas por segundo, la décima parte de la luz próximamente.

—¡Qué atrocidad! Entonces, suponiendo que estamos á la misma distancia del sol y que en su dirección caminamos, ¿cuánto tardaríamos en llegar?

—Hora y media.

Sonó un trueno y flamígero resplandor atravesó el ambiente.

—¡Socorro! ¡Socorro! gritaron en aquella algarabía incomprensible de sonidos, cuyo significado pedía Hermes constantemente á la señorita Céfiro.

—¿Qué pasa? preguntó Venidero.

—Nada; un rayo que ha incendiado el wagon próximo al nuestro.

—¿Y habrá gente dentro?

—Es probable; vámonos al hospital de sangre á saber el suceso.

La directora del Observatorio astronómico de Areópolis y el profesor de Metafísica en Madrid se dirigieron á la cola del tren, donde se hallaba situado el hospital de sangre.

En el centro de un salon rectangular, donde habia una docena de camas, se apiñaba un grupo de gente alrededor de un moribundo á quien curaba el médico de la compañía.

—¡Pronto recogieron los heridos! dijo Hermes á su compañera.

—No, contestó Céfiro despues de enterarse; éste ha sido lesionado por un areolito: en el coche á que prendió fuego el rayo, no habia nadie.

—¡Cáspita! ¿Sabes que es peligroso viajar por este piélago gaseoso.

Mientras tanto el herido no daba señales de vida; y el médico, despues de practicar inútilmente la respiracion artificial, se levantó diciendo.

—¡Todo es inútil! Mi ciencia nada puede; está muerto: y dirigiéndose á un anciano, cuyos ribeteados ojos desaparecian tras de unos vidrios azules, añadió: Sr. Balduque, tenga Vd. la bondad de extender la partida de defuncion.

Cuando Hermes contempló al médico de la compañía lanzó en grito de asombro: habia reconocido á Ashavero, el zahorí parisiense.

Balduque sentó la filiacion del muerto en el libro de registro, y dos forzudos mozos cogieron el

cadáver y lo arrojaron por la ventanilla á la atmósfera.

—Dentro de media hora, dijo Céfiro, no quedará más que los huesos: los buitres de Aerópolis tienen carne fresca.

Pero á Hermes nada le asombraba como la presencia de Ashavero.

—¿Quién es ese? preguntó.

—Un médico muy afamado.

—¿Sabes tú la edad que tiene?

—¡Que sé yo! Dicen que ha descubierto un elixir que prolonga indefinidamente la vida.

—¡Pero quién será este hombre! pensaba el metafísico, y su cerebro reventaba en análisis inútiles é inducciones huera.

El médico ni siquiera le miró.

—Areópolis, dijo la astrónoma: abajo compañero, no podemos perder un instante.

El filósofo se arrojó por la portezuela cayendo suavemente en el próximo andén.

La ciudad se extendía á lo largo de la vía alumbrada por millares de luces que fabricaban un nimbo misterioso á su alrededor: un abismo de niebla se abría á su piés, y un infinito de brillantes chispeaba en las alturas. La ciudad se coronaba de joyas y se vestía de sombras.

Venidero se restregó los ojos para cerciorarse de que no dormia, y viendo cerca de sí á Céfiro que le miraba con amoroso desvario, cogióle la hermosa cabeza, y la besó en la frente.

Oyóse en el tren una carcajada mefistofélica, y el doctor pudo distinguir en una de las ventanas del wagon-hospital á Ashavero, que reia maliciosamente y le saludaba con las manos.

FIN

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

SAL NEUTRA

	Páginas.
CAPÍTULO I.—Presentacion.....	5
II.—Revelaciones y descubrimientos.....	9
III.—Dudas y ensayo.....	11
IV.—Prueba plena.....	14
V.—Erre que erre.....	17
VI.—Diógenes.....	20

EL DR. HERMES VENIDERO

CAPÍTULO I.—Los lunes de la condesa.....	23
II.—Ashavero.....	27
III.—Un poco de ciencia.....	32
IV.—La Cueva de los Milagros.....	37
V.—Los milagros de la Cueva.....	42
VI.—Lo que habia sucedido.....	47
VII.—Céffiro.....	53

CUENTOS ESCOGIDOS
DE LOS
HERMANOS GRIMM.

NUEVA EDICION

TRADUCIDA DEL ALEMAN POR DON JOSE S. VIEDMA.

Un tomo en 4.º, de 304 páginas, ilustrado con abundantes grabados, 3 pesetas.

EL DRAMA DE 1793

POR A. DUMAS.

Un tomo en 4.º, de 540 páginas, edicion ilustrada, 9 pesetas 50 céntimos.

CONQUISTA DEL PERÚ,

POR PRESCOTT.

Un tomo en 4.º mayor, de 256 páginas, edicion ilustrada, 2 pesetas 75 céntimos.

EL GRAN CAPITAN

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE DON TORCUATO TÁRRAGO Y MATEOS.

EDICION ILUSTRADA.

Un tomo en 4.º, de 720 páginas, 9 pesetas.

LA CASA BLANCA

NOVELA,

POR PAUL DE KOCK.

Un tomo en 4.º mayor, de 108 páginas, edicion ilustrada, 1 peseta.

BERNARDO DEL CARPIO

POEMA DE BALBUENA.

Un tomo en 4.º mayor, de 316 páginas, edicion ilustrada, 3 pesetas.

NOVENTA Y TRES

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL POR VÍCTOR HUGO.

TRADUCCION

DE DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

Tres tomos en 8.º mayor, de 506 páginas el primero, 288 el segundo y 304 el tercero, 9 pesetas.

ALBUM-ORTEGO

COLECCION DE CARICATURAS,
CON LA BIOGRAFIA Y RETRATO DEL MALGRADO ARTISTA.

UNA PESETA EN TODA ESPAÑA.

La cuarta parte del producto de las ventas se destina á socorrer la familia del malgrado artista.

DISERTACIONES Y JUICIOS LITERARIOS

POR

DON JUAN VALERA.

Un tomo en 8.º mayor, de 380 páginas, 6 pesetas.

UNA EMPRESA MISTERIOSA

EN EL MAR DE LAS ANTILLAS,

POR

DON JOSE MORENO FUENTES.

EDICION ILUSTRADA.

Dos partes, á 1 peseta.

CUENTOS INVEROSÍMILES

POR

DON CARLOS COELLO.

Un tomo en 8.º, de 568 páginas, 5 pesetas.

AUSTRALIA

POR

EL CONDE DE BEAUVOIR.

TRADUCCION DE

DON JAVIER GALVETE.

Un tomo en 8.º, de 310 páginas, 3 pesetas.

TENTATIVAS DRAMATICAS

POR

DON JUAN VALERA.

Un tomo en 8.º, de 194 páginas, 2 pesetas 50 céntimos.

Est. Tip. de M. P. Montoya y C.ª Caños, 1.